

GRUPO GALÁCTICO

JAMES BLISH



GALAXIA
Ciencia-Ficción

Grupo galáctico es una de las últimas obras publicadas de este prestigioso autor.



James Blish

Grupo galáctico

Galaxia - 15

ePub r1.0

Titivillus 19.05.16

Título original: *Galactic Cluster*
James Blish, 1959
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL SONDEADOR DE TUMBAR

El lejano fulgor de la explosión atómica se había ya desvanecido del cielo cuando el coche de McDonough chirrió al salir de la oscura ciudad de Port Jervis y embocar la dirección norte. Marchaba a ochenta kilómetros por hora en la carretera Nacional 209, sin otras luces que las de situación y si un ciervo hubiera irrumpido en la calzada por delante de él no habría podido verlo hasta después del impacto. Resultaba bastante difícil poder ver la cinta asfaltada de la carretera.

Pero pensaba y no por primera vez, en el viejo chiste del hombre que hacía sonar las ruedas de los trenes.

Lo había estado haciendo, según la historia, durante treinta años. Cada día de trabajo iba arriba y abajo a ambos lados de las locomotoras detenidas en los muelles y golpeaba las ruedas con un martillo; primero las ruedas motrices y luego las demás. Cada vez inclinaba la cabeza, como para escuchar algo especial en el sonido. El día de su retirada, se hallaba dando una magnífica comida a sus amigos —como correspondía a un miembro tan antiguo como él en el Montepío Ferroviario—, cuando alguien le preguntó qué es lo que había estado sondeando con aquellos martillazos durante tantos años.

El hombrecillo de nuestra historia, inclinó la cabeza como si escuchara algo, pero con toda evidencia nada pudo captar.

—Pues no lo sé —dijo con sinceridad. «Así soy yo», pensó McDonough. «Sondeo y ausculto tumbas, no trenes. ¿Pero qué es lo que escucho?».

El cuentakilómetros le dijo que estaba cerca del desvío que conducía al aeropuerto y encendió las luces antideslumbrantes. Allí estaba. Al principio nada digno de verse cuando los faros barrieron

toda la extensión de la polvorienta calzada, nada excepto un muro de oscuridad tan profundo como la noche, que vagamente rebordeaba al Este por las bajas y mansas colinas del valle de Neversink. Luego otro par de luces brilló tras él, en la carretera principal, traqueteando detrás del coche de McDonough, entre las nubes de polvo alzadas por su vehículo.

Hizo girar el coche para detenerlo junto a la cerca del aeropuerto y apagó las luces; el otro automóvil le imitó. En la renovada negrura fueron barridas las débiles trazas del alba sobre las colinas, como si todo el universo hubiese retrocedido una hora. Luego el amarillento ojo de una linterna asomó por la ventanilla del otro coche y se posó con fijeza en su cara. Abrió la portezuela.

—¿Martinson? —preguntó tentativamente.

—Aquí mismo —dijo la otra voz. El rayo de la linterna trazó un óvalo en el suelo—. ¿Te acompaña alguien?

—No. ¿Y a ti?

—No. Adelante y saca tu equipo. Yo abriré la cámara. El óvalo de luz recorrió la zona de aparcamiento y se detuvo intranquilo en el candado que cerraba la trampilla del cobertizo de operaciones. McDonough encendió la luz interior de su coche, sólo lo suficiente para localizar el bulto envuelto en lona que contenía los componentes de su electroencefalógrafo. Una vez lo tuvo en sus manos lo dejó con cuidado sobre el suelo.

Acababa de cerrar la portezuela de golpe y de recoger de nuevo la carga, cuando retazos de luz comenzaron a cobrar vida dentro de la pequeña choza o cobertizo, atravesando las persianas bajas. Al mismo tiempo, cuatro coches vinieron hacia el campo desde lugar opuesto, cada uno con sus luces de aparcamiento encendidas y enfilándose a cada lado de la pista de aterrizaje. No tardaría en amanecer, pero si los aviones estaban preparados para despegar antes del alba, los coches podrían iluminar la pista de despegue con sus faros delanteros.

«Somos rápidos», pensó McDonough, con orgullo. Aún cuando las Fuerzas Aéreas piensen que la Patrulla Civil Aérea es sólo un grupo de aficionados, podemos realizar una misión en el aire muy por delante de cualquier otro escuadrón de la

P. C. A.

de este país. «Somos muy rápidos».

Estaba recobrando ya su misión nocturna y con una rápida mirada descubrió que la manga de aire se agitaba recta por encima del negro y silencioso hangar, destacándose en el alba perlada. Las estrellas palidecían sin casi parpadear, El viento era de componente norte, procedente del valle; era ideal para el vuelo.

Pequeñas figuras cojeando corrían a través del campo desde los coches aparcados, hacia la cabaña. El escuadrón se estaba reuniendo.

—¡Mac! —gritó Martinson desde dentro del cobertizo—. ¿Dónde estás? ¡Mete tus trastos aquí y empecemos!

McDonough cruzó la puerta y colocó sobre la mesa-mapa

los componentes de su aparato para electroencefalogramas. La luz se derramaba por la pequeña habitación desde la diminuta oficina, con una timidez que parecía propia de quien se ha visto derrotada por la larga oscuridad. En la sala de reuniones la radio parpadeaba con un ojillo diminuto y rojo, pero el oficial encargado de las comunicaciones del pelotón todavía no había llegado a responder. En el despacho, la voz de Martinson sonó suave y apremiante y el teléfono le devolvió ruidos minúsculos e ininteligibles, como procedentes de un periquito que sólo supiese gritar sus parloteos indescifrables.

Luego, de pronto, apareció un ayudante en la puerta de la oficina y miró a McDonough.

—¿A qué estáis esperando? —dijo—. Mete en el Cub (*), de prisa, tu lector de mentes.

—¿Qué tiene de malo el Aeronca? Es más rápido.

—Agua en la gasolina; se ha helado. Tendremos que vaciar el tanque. No es tiempo apropiado para discutir —Martinson empujó, para abrir, la chirriante puerta que daba al hangar, su mano tanteó en busca del conmutador de la luz.

McDonough le siguió, sujetando con ambas manos la correa que servía para portar sus aparatos, con los codos juntos. Nada es tan condenadamente pesado como un aparato electrónico que tiene en el chasis montado un transformador, así que si esto se cuadruplicaba, puesto que son cuatro los chasis y los transformadores, la carga resulta más que pesada.

El ayudante estaba ya conduciendo la vagoneta eléctrica de

servicio hacia la pista de cemento en dirección al Piper Cub.

—Instala tu aparato —dijo—. Yo lo llenaré de combustible y revisaré el aceite.

—Está bien. No creo que necesite mucha gasolina.

—¿Es que no vas a dejar de hablar? Vámonos. McDonough bajó su carga hasta el frío suelo junto a la cabina del avión, con un breve chispazo de indignación. En la vida diaria, Martinson era impresor y no hacía otra cosa más que obedecer, no daba órdenes a nadie, ni siquiera a su esposa. Bueno, esos eran de ordinario los muchachos que dejaban que los galones se les subieran a la cabeza, aún en un grupo voluntario. Se puso a trabajar.

Llegaron voces del cobertizo y luego Andy Persons, el oficial comandante, vino saltando por el alféizar, seguido por dos cadetes de ojos soñolientos.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Eres tú, Martinson?

—Soy yo. Uno de vosotros, cadetes, traedme ese bidón. Andy abre las puertas, ¿eh? Hay un bombardero ruso al norte de nosotros, en algún lugar cerca de Howells. Parte de una expedición cuyo objetivo era Shenectady.

—¿Lo derribaron?

—No, tiraron demasiado alto, por encima..., alcanzaron, sin embargo, a un Kingston. En el campo Stewart les dieron, mientras volvían para reagruparse, derribando a ese aparato en su primera pasada. Se supone que nosotros...

El resto de la respuesta del ayudante se perdió a causa de un creciente y atronador rugido, como si todos estuviesen de pie bajo un enorme puente de hierro por el que cruzasen a la vez los trenes del mundo. Las boquillas de diecinueve metros de los reactores soplaban en la noche por encima del campo, otro escuadrón venido del campo Stewart para vengar la agonía de hidrógeno nuclear que quedó de lo que fue Kingston.

Con la cabeza aún dentro de la cabina del avión, McDonough escuchó como transpuesto. Al igual que la mayoría de los oficiales de la

P. C. A.

no era demasiado viejo para ser un piloto de reactores, tenía lentos los reflejos, su vista no sobrepasaba el mínimo, los músculos del vientre eran demasiado suaves para soportar las vueltas a cinco

veces la gravedad; por esto, de vez en cuando pensaba en lo que sería tripular uno de esos cohetes voladores, cruzando el firmamento a casi cuatro mil kilómetros por hora dejando una estela de vapores de querosén o verse seguido a lo largo del campo a toda velocidad por la doble ola del frente supersónico, en donde estallaba el estampido que se produce al cruzar la barrera del sonido. Era una doble acción casi tan bonita como el pilotar aquella catarata unipersonal de energía que constituía un avión cohete de combate.

El ruido creció hasta que parecía seguro que los invisibles reactores fueran a estrellarse directamente a través del hangar, disminuyendo luego de manera natural.

—¿Las órdenes de siempre? —gritó Persons, por debajo del rugido decreciente—. ¿Encontrar el avión, sondear a los supervivientes, recoger los cerebros de los cadáveres? ¿Qué otra cosa más? ¿Va a venir otro?

—Nadie —contestó Martinson, bajando por la escalerilla y apartándolo del aparato—. El escuadrón de Middletown no ha sido desmovilizado; Montgomery no tiene ni un aparato; Newburgh carece ahora de campo.

—Walter tiene el Grupo L-16...

—Les quitaron el tren de aterrizaje la semana pasada —dijo Martinson, con sombría satisfacción—. Como siempre, es cosa nuestra. Mac, ¿tienes ya tus herramientas instaladas dentro?

—Aguarda un momento —dijo MacDonough—. Walter ya se habrá colocado las gafas, encasquetados el casco y el detector amplificador, mientras que la fuente de energía de electroencefalógrafo estaba asegurada en sus soportes de la plataforma de detrás del asiento posterior del Cub. La «redcilla del pelo» —la red flexible de electrodos que se encasquetaría en la cabeza de cualquier hombre muerto cuyo cráneo hubiese resistido el choque del bombardeo— iba conectada a ellos y colgaba por debajo del asiento de sus pinzas especiales, los cables unidos para impedir que se enredasen con los cables también de control del aparato. Nada quedaba por hacer ahora, sino asegurar el analizador de frecuencias, que era la más pesada de las unidades y que tenía que ser dejada caer delante del patín de cola trasero de manera que su peso no enfilase el vuelo. Si el aparato no tuviese que ser

revisado después de cada despegue, podía haber sido dejado en el avión... pero el caso era opuesto por completo.

—Está bien —dijo, sacando la cabeza de la cabina. Temblaba ligeramente. Aquellas expediciones para sondear tumbas destrozaban los nervios. No importaba cuanto adiestramiento en el arte de leer la mente de un muerto pudiese tener el operante, cada experiencia era distinta y no se podía repetir comparándola con la de los cadáveres almacenados largo tiempo en el laboratorio. El cerebro recién muerto es un infierno, casi por definición.

—Bien —dijo Persons—. Martinson, pilotarás tú. Mac, mantente a la escucha; vamos a aprovisionar el Airoknocker y despegar sobre las diez si nos es posible. En cualquier caso os comunicaremos las marcaciones que consigamos de las fuerzas Aéreas tan de prisa como nos lleguen. Martinson, reaprovisiónate en Montgomery si es preciso; no pierdas tiempo viniendo aquí. ¿Entendido?

—Roger —dijo Martinson, instalándose en el asiento delantero y ajustándose el cinturón de seguridad. McDonough colocó su pie apresuradamente en el estribo y saltó al asiento posterior.

—¡Cadetes! —ordenó Persons—. ¡Fuera calzos! ¡Rodando! Por regla general Persons en persona hacía el peor trabajo de alzar y oscilar la cola. El Cub saltó de la antepista y se metió en la hierba bajo la brillante mañana.

—¡Corten! —gritó el cadete del morro—. ¡Gas! ¡Frenos!

—Corto, frenos —repitió Martinson—. ¿Mas a dónde? ¿Tienes alguna idea? Mientras McDonough pensaba en ello, el cadete echó la hélice hacia atrás cuatro vueltas.

—¡Frenos! ¡Contacto!

—Probemos en torno al túnel Otisville. Si han sido derribados por encima de los Howells, han tenido muchas posibilidades de caer en el lado de aquella montaña.

Martinson asintió y alzó la mano enguantada por encima de la cabeza. —¡Contacto!— gritó y dio al interruptor. El cadete impulsó la hélice y el motor rugió; a la izquierda de McDonough, la válvula de mariposa duplicada se deslizó hacia delante un poco mientras el piloto retenía el motor. McDonough cerró la cabina y luego el avión comenzó a rodar hacia el borde lejano e impreciso del campo de hierba.

El firmamento se hizo más brillante. Habían partido de nuevo, a

sondear en la tumba de otro hombre y a preguntar a la apagada voz interior pidiéndole que legase cuantos recuerdos le habían quedado sin decir, en el momento de su muerte.

La Patrulla Civil Aérea es y ha sido desde 1941 auxiliar de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, su actividad ha sido la patrulla costera y el trabajo de rescate marino. Para 1954 —cuando sus efectivos se componían de más de ochenta mil hombres y mujeres, quince mil de ellos con título de piloto— la Fuerza Aérea tuvo el valor suficiente como para designar a la

P. C. A.

como su arma de Inteligencia Aérea, con la misión de localizar a los derribados aviones enemigos y enviar por radio información de importancia militar.

Búsqueda Aérea, es primariamente, caída de aviones que pueden volar bajos y despacio. La inteligencia Aérea requiere velocidad, puesto que la clase de información que puede ofrecer un siniestro enemigo quizá no sirva ya dentro de pocas horas. Los aviones de la

P. C. A.,

en su mayoría de un solo motor, modelos de aparatos particulares, ya habían demostrado ser ideales instrumentos aéreos para la búsqueda; la red de radio de la

P. C. A.,

con sus seis mil quinientas estaciones móviles y fijas, era más que suficientemente rápida para conseguir información y conducirla a donde fuese necesario, mientras aún esta información tenía actualidad.

Pero el enemigo esperado, después de todo, era Rusia; ¿y cuántos civiles, incluso aquellos que sabían volar, navegar y operar un rayo transmisor, podían preguntar algo inteligente y sagaz en ruso, y es más, comprender la respuesta?

Fue el rápido y asombroso desarrollo de los métodos eléctricos para sondear el cerebro, lo que proporcionó la solución en particular el perfeccionamiento, durante la década del cincuenta al sesenta, de rápidos estímulos encaminados a refrescar la memoria visual. Bruscamente, los técnicos de electroencefalogramas ya no necesitaron utilizar el lenguaje para sondear el cerebro en busca de

imágenes visuales y leerlas; ni siquiera era preciso que supiesen que no funcionaban sus aparatos, permitiendo con eso dejar tranquilo su cerebro. Unos cuantos momentos de parpadeo en los ojos del sujeto, en una frecuencia elegida según una tabla y las imágenes vendrían en oleadas hasta las gafas fotoscópicas del operador, la frecuencia escogida sin el más ligero conocimiento básico de electrofisiología, como una mujer escogiendo ingredientes de cocina, aún ignorando exactamente el por qué hacía eso, bastaba; la química no tenía nada que ver con la elección.

Fue aquel descubrimiento de ingeniería lo que hizo que se instalasen sondeadores de tumbas en los asientos posteriores de los aviones de la

P. C. A.

cuando comenzó la guerra... porque las imágenes que se producían en las gafas fotoscópicas no paraban ni cuando el cerebro se hubiese muerto.

El mundo al alba, como vio McDonough desde una altura de novecientos metros, era un universo de largas formas esculpidas, casi tan móviles y tridimensionales como un panorama lunar cerca del fin de la luz del día. El aire estaba muy quieto y el Cub ronroneaba tan gentil a través de la bruma azulada como una abeja, ganando altura sobre el suelo en una serie de amplios círculos. En la última vuelta, el avión giró hacia el sur por encima de una granja propiedad de alguien a quien conoció Martinson, un hombre que estaba labrando su terreno desde el asiento de su tractor, y Martinson osciló las alas del aparato para saludarle recibiendo un ademán parecido al agitarse la antena de un insecto. Todo era engañosamente normal.

Entonces el horizonte subió por debajo del morro del Cub y Martinson se vio saliendo del valle. Un lago pasaba por debajo de ellos, moteado de islas y con pardas barracas de Camp Cejwin, una vez campamento veraniego para niños, pero ahora lleno de soldados durmiendo. Martinson continuó hacia el sur faldeando por Jervis, hasta que McDonough fue capaz de captar la línea principal del ferrocarril Erie, yendo hacia el noreste en dirección a Otisville y Howells. La montaña a través de la que el río Otisville corría, era ya visible como una masa humeante a lo lejos, a la izquierda del amanecer.

McDonough puso la radio, que respondió con un balbuceo rítmico; el motor del Cub no estaba adecuadamente protegido por dispositivos antiparasitarios. Al fondo, la voz del oficial les llamaba:

—Hugonote a L-4. Hugonote a L-4.

—Aquí L-4. Te oímos, Andy, nos dirigimos hacia Otisville. Aquí arriba está tan liso como el vidrio. Todavía nada que informar.

—Te oímos débil pero claro. Estamos aprovisionando gasolina al Airoknocker. Lo seguiremos tan de prisa como sea posible. Todavía no hay marcaciones nuevas de las Fuerzas Aéreas. Si vienen, o si captáis algo, llamadnos en seguida. Corto.

—L-4 Hugonote. Nos perdimos la última frase Andy. Parásitos del motor. Nos perdimos la última frase. Por favor, repítela.

—Está bien, Mac. Si veis al bombardero, avisarnos en seguida. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido, Andy. L-4 Hugonote, cambio y corto.

—Cambio y corto.

La trinchera del ferrocarril por debajo de ellos describía un amplio arco y se separaba en dos, engañosamente. Una de las líneas había sido abandonada años atrás, pero aún quedaban las vías instaladas y hubiera sido imposible a un forastero, saber desde el aire si estaba o no en explotación; el terreno desde un avión resulta engañoso al menos que conozcas perfectamente sus características. Martinson, sin embargo, conocía tan bien como McDonough cual de los dos ramales estaba fuera de uso así condujo al Cub en un giro ascendente hacia la montaña.

Las franjas rectangulares de terreno cultivado quedaron atrás, salpicadas de puntitos minúsculos que eran vacas. Aparentemente tan inmóviles como juguetes.

Al cabo de un rato la engañosa línea de ferrocarril giró bruscamente hacia el este, entrando en unos bosques enteramente verdes y no volviendo a salir jamás. La montaña se hizo mayor, con la bruma matinal alzándose en la ladera más próxima, como si todo el bosque estuviese hirviendo violentamente.

Martinson volvió la cabeza para mirar por el rabillo del ojo el asiento trasero, pero McDonough denegó con un gesto. No había posibilidad alguna de que el bombardero que se estrelló estuviese en aquella ladera cubierta por un farallón rocoso e imponente.

Martinson se encogió de hombros y echó hacia atrás la palanca

de mando. El avión ascendió hacia el firmamento, pasó los mil doscientos metros y llegó a los mil quinientos.

El lago Hawthorne pareció circular por debajo de las gruesas gomas de los neumáticos del Cub, como un zafiro irregular incrustado en el color verde pomelo de la montaña. El altímetro siguió ascendiendo despacio en su esfera; Martinson no corría ningún riesgo de ser arrollado por la corriente de succión del otro lado de la colina. A mil ochocientos metros echó hacia atrás la palanca y liberó el avión, luego descorrió el techo de la cabina y se asomó para mirar abajo.

Pero no se veía signo de ningún avión derribado en aquel lado de la montaña. Turbado, McDonough alzó la aleta superior de la cabina del lado derecho, se ajustó al asiento sujetándose con el cinturón de seguridad para resistir mejor la corriente de aire y sacó la cabeza recibiendo el chorro de viento producido por la velocidad y la altura. No había nada que ver en el suelo. Directamente debajo, el borde cortado a cuchillo del acantilado del que salían las vías del ferrocarril que de nuevo derivaba despacio, alejándose de la cueva del Cub; justo a menos de dos dedos, había la caja de fósforos que era el apeadero de Otisville. Una especie de salero cerca de la caja de cerillas, representaba el depósito del agua y, después unos granitos parecidos a los de pimienta, venían a ser una pequeña multitud de personas esperando, aunque el próximo tren que se detendría en Otisville tendría que ser el Erie núm. 6.

Tocó el hombro de Martinson. El ayudante echó la cabeza atrás y gritó:

—¿Qué?

—Ribera derecha. Algo ocurre en torno a la estación de Otisville. Baja un poco. El ayudante disminuyó la abertura de la mariposa del carburador y echó hacia delante la palanca. El avión, planeando, comenzó a resbalar despacio a lo largo de la zona que quedaba a la derecha del ferrocarril.

—No puedo bajar demasiado aquí —dijo—. Si nos pilla la corriente de succión, nos estrellaremos contra la montaña.

—Lo sé. Sigue unos cuatro o cinco kilómetros y vuelve como si fuésemos a aterrizar. Entonces podrás trepar gracias a esa corriente de succión. Quiero ver lo que ocurre ahí abajo.

Martinson se encogió de hombros y abrió de nuevo la mariposa

de aire. El Cub trepó en busca de mayor altura, luego dio media vuelta sobre Howells en busca de un hipotético campo de aterrizaje.

El avión entró en vuelo normal y McDonough asomó el cuello. A los pocos momentos fue capaz de ver lo que ocurría abajo. La montaña desde este lado era aguda y escarpada; un bombardero averiado no hubiera podido sobrepasarla. De noche, por otra parte, la boca del túnel del ferrocarril estaba señalada por tres lados, por las luces de la estación a la izquierda, el letrero de neón de la taberna que se alzaba en el borde del acantilado de Otisville (población, tres mil habitantes... Ciudad con mínima de altura y saludable) y a la derecha por la propia señal ordinaria del Erie. El radar hubiese mostrado el resto: el sendero verde e irregular de la zanja que conducía directamente a aquel fondo de saco de las luces, la más imprecisa de contornos que hay en la montaña. Todos estos signos significarían siempre en cualquier idioma «túnel».

El piloto del bombardero había corrido el mayor de todos los riesgos posibles: se le vio deslizándose a lo largo del camino derecho, con la esperanza de meter su fuselaje limpiamente dentro del túnel, dejando atrás sus alas, con sus motores peligrosos y sus tanques de combustible. Era una locura absoluta, pero eso es lo que había hecho.

Y, milagro de los milagros, lo logró. McDonough podía ver ahora las alas, empujadas en dos perfiles bidimensionales por encima de las pilastras del túnel. Habían golpeado con tanta fuerza que su combustible debió evaporarse al instante; por lo menos, no había allí rastro de fuego. Ni tampoco de ningún fuselaje.

El cuerpo del bombardero estaría dentro de la montaña, probablemente a mitad de camino o más allá del túnel de casi dos kilómetros de longitud. Era inconcebible que pudiese quedar algo de él; pero si tuvo lugar un milagro, también eran posible dos.

No era de extrañar que la pequeña estación de Otisville se viese salpicada de gente curiosa.

—L-4 Hugonote. L-4 Hugonote. Andy. ¿Estás ahí?

—Te oímos, Mac. Adelante.

—Hemos encontrado tu bombardero. Está dentro del túnel de Otisville. Cambio.

—Llamamos a L-4. Has perdido el juicio.

—Da igual, el caso es que está ahí dentro. Vamos a tratar de

aterrizar. Envíanos el equipo en cuanto puedas. Corto.

—Hugonote L-4 No seas idiota de remate, Mac, ahí no puedes aterrizar.

—Corto —dijo McDonough. Tocó al hombro de Martinson y apremiante gesticuló hacia abajo.

—¿Quieres aterrizar? —dijo Martinson—. ¿Por qué no lo dijiste? Nunca lograremos bajar en una pasada como la que estarnos haciendo —aclaró el ruido del motor con un breve giro de la mariposa e hizo que el Cub ascendiese bruscamente. Se dejó resbalar sobre una de sus alas y todo el universo empezó a girar de manera alocada.

Martinson estaba perdiendo altura. McDonough cerró los ojos y apretó las mandíbulas. El drástico pilotaje de Martinson les condujo a un áspero aterrizaje, en la carretera que conducía a la estación de Otisville, a poco menos de dos kilómetros de la montaña. La gente dejó la boca del túnel para apiñarse en torno al aeroplano en el momento en que se detuvo, pero unas cuantas preguntas convencieron a McDonough que los de Otisville sabían muy poco. Algunos oyeron un «terrible ruido» a primeras horas de la madrugada y con el alba descubrieron el brillante metal que formaba una especie de capa a ambos lados del túnel. No, no hubo humo, ni nadie dio señal alguna dentro del túnel. No se podía ver ahora el otro extremo, pues algo estaba bloqueándolo.

—La señal es roja a este lado —dijo McDonough, pensativo, mientras ayudaba a su compañero a sujetar y trabar el aparato—. Tú solías dirigir los semáforos del Eire en Port, ¿verdad, Marty? Si pudieses llamar a la estación principal, quizá podíamos conseguir que iniciases la exploración desde el otro extremo del túnel.

—Si hay los restos de una catástrofe, el túnel queda bloqueado automáticamente. —Claro. Pero es que tenemos que entrar. No quiero que el núm. 6 se nos venga encima.

Martinson asintió y se metieron en la estación de ferrocarril. McDonough curioseó. Había, como siempre, una vagoneta motorizada, aparcada fuera de las vías, al otro lado de los muelles. Muchos voluntarios se ofrecieron para ponerla en funcionamiento y varios tipos corpulentos cogieron las palancas mecánicas del motor y las hicieron funcionar. Sacando sus propios aparatos del avión y poniéndolos en la vagoneta, trabajo delicado para el que rechazó

toda ayuda, McDonough perdió algo de tiempo. El material era tan delicado, que no quiso dejarlo en manos inexpertas y no importaba que el propio McDonough fuese en neurofisiología tan paleta como los demás habitantes de Otisville; por lo menos sabía interpretar las tablas de colonización.

—Está bien —dijo Martinson, uniéndoseles—. El túnel está bloqueado por ambos extremos. Hablé con Ralph en la central; estaba que hervía... dice que ha perdido ya cuatro trenes y que otro debe llegar de Buffalo dentro de cuarenta y cuatro minutos. Chillamos un poco. ¿Vamos ahora?

—En seguida.

Martinson sacó su automática y se instaló en cuclillas delante de la vagoneta. El cochecillo brincó y empezó a deslizarse hacia el túnel. Los espectadores murmuraron y sacudieron sus cabezas, con entendimiento.

Dentro, el túnel estaba completamente oscuro, sin una luz, con una humedad que se filtraba a través de la chaqueta de McDonough y de sus gruesos pantalones. El aire estaba en calma, emanando un olor rancio y metálico. Hasta allí, sin embargo, no se percibía nada del penetrante aroma combustible cosa que McDonough esperaba.

Descubrió, de pronto, que de nuevo volvía a temblar, aunque no sabía realmente para que necesitaría el equipo de electroencefalográfico.

—¡Te fijaste en esas alas! —dijo Martinson, de pronto y lo bastante alto para ser oído por encima del zumbido del motor. Los ecos distorsionaron su voz hasta hacerla casi irreconocible.

—¿Fijarme? ¿Qué tenían?

—Demasiado cortas para ser alas de bombardero. Además, carecían de motores McDonough juró en silencio. No haberse fijado en un detalle tan evidente como aquel era un signo seguro de que estaba más asustado de lo que pensaba.

—¿Algo más?

—Bueno, no creo que fuesen de aluminio; demasiado duras. Quizá titanio, o acero inoxidable. ¿De todas maneras, que tenemos aquí? «Sabes» que los rusos no pueden enviar tan lejos a un avión de combate.

Aquello era indiscutible. Y tampoco había respuesta a la cuestión que entrañaba... es decir, todavía no.

McDonough sacó la linterna de su cinturón. Tras ellos, la blanca apertura de la boca del túnel no parecía mayor que una moneda de níquel y las dos líneas brillantes mellizas de los raíles no parecían tener cincuenta kilómetros de longitud. Delante, la linterna no revelaba nada, excepto las recortadas paredes del túnel, ahumadas y cubiertas de polvo.

Luego hubo allí un resplandor fugitivo y azulado. McDonough ajustó el motor para que marchase lo más aprisa posible. La vagoneta, trepó con dificultad a través de la densa negrura. El batir de su motor parecía penoso.

El resplandor se hizo más próximo. Nada se movía en su torno. Era metal, reflejando la luz de su linterna. Martinson encendió la suya y enfocó al conjunto extraño.

La vagoneta se detuvo y un profundo silencio abarcó todo, excepto el leve gotear de agua en el piso del túnel.

—Es un cohete —susurró Martinson. Su linterna recorrió la ridícula e inadecuada cola que tenían delante. Estaba relativamente averiada—. Considerando la velocidad en que iba debió golpear con una furia inconcebible, mayor que una bala de cañón. Se explicaría que estuviera más destrozada aún.

Con precaución bajaron de la vagoneta y se acercaron al cuerpo malamente dentado del aparato. Había claras señales en forma de costurón donde estuvieron las alas, pero los tocones en donde se sujetaron aún estaban como si el metal mismo hubiese cedido del impacto, antes que cediesen las juntas. Eso significaba una construcción sólida y concienzuda, recordó McDonough vagamente. El navío descansaba ahora ásperamente en el centro del túnel y las vías del ferrocarril habían cedido bajo su peso. En el fuselaje no habían marcas ni identificación, excepto una estrella roja en el morro; o mejor dicho, un asterisco rojo.

La luz de Martinson recorrió la estrella durante un momento, pero el ayudante no hizo el menor comentario. Siguió examinando el morro, con McDonough siguiéndole.

En el otro lado del navío estaba la herida de muerte; una pequeña rasgadura irregular en el metal, no lejos de la cola. Algunas de las barras metálicas estaban parcialmente fundidas. Martinson tocó una.

—Defensa antiaérea —murmuró—. Cortó sus tuberías de

combustible. Por fortuna no estalló.

—¿Cómo vamos a entrar? —dijo McDonough, nervioso—. La cabina ni siquiera se rajó. Y no podemos deslizarnos a través de ese agujero.

Martinson meditó en ello. Luego se inclinó para examinar la lesión del pellejo del navío, aspiró profundamente y gritó con voz de trueno:

—¡Eh, ahí dentro! ¡Abran!

Costó largo tiempo que murieran los ecos. McDonough estaba paralizado de puro miedo. Alguna de aquellas voces distorsionadas por el chocar contra las piedras del túnel podía haber sido una respuesta. Finalmente, sin embargo, volvió a aposentarse el silencio.

—Así que está muerto —dijo Martinson con sentido práctico—. Apostaría a que incluso todos los huesos de los pies se le han roto. Mac, mete tu redecilla para el pelo ahí dentro y mira si puedes captar algo.

—Ni... ni por asomo. No puedo pescar nada a menos que los electrodos toquen su... cráneo.

—Pruébalo de todas formas y luego salgamos de aquí y dejemos que se hagan cargo los expertos.

De todas maneras ya me he formado la idea de que se trata de un misil. Tiene tan poco daño que aún podría ponerse en marcha.

McDonough había estado reprimiendo aquella noción desde que vio por primera vez el cohete. El intento por conservar intacto el fuselaje, con la pericia en el pilotar que entrañaba y el evidente parabrisas de la cabina, todo argüía en contra; pero incluso la mera posibilidad era en cierto modo doblemente terrible, aquí bajo la montaña, que si se hubiera hallado al descubierto. Con tan enorme masa de rocas gravitando sobre él y las calcinadoras energías solares, esperando quizá ser liberadas por las toberas de aquel lado.

No, no; era un avión de combate y el piloto podría estar vivo aún quién sabe por qué milagro. Casi echó a correr en busca de la redecilla electrónica que estaba en la vagoneta. La metió con sus cables por el desgarrón del costado, producido por el proyectil antiaéreo y con el pulgar accionó el interruptor.

Las gafas Walter no hicieron al mundo interior del túnel más

oscuro de lo que era en realidad, pero el saber que ahora no podría ver ningún rayo de luz, aunque apareciera por alguna parte — digamos el fulgor infinito de la fisión del hidrógeno— incrementó la presión de la negrura en su cerebro, allá en la vagoneta, el analizador de frecuencia comenzó a emitir sus pitidos regulares y sin significado alguno, escrutando las posibles bandas corticales de emisión en orden de la mayor o menor probabilidad: Primero, la banda de 0,5 a 3,5 ciclos por segundo, la onda delta, la última actividad detectable del cerebro antes de la muerte; luego la banda de 4 a 7 c. p. s., el canal theta, las ondas emisoras del placer que seguían funcionando incluso durante el sueño; el ritmo alfa, emisor visual, de 8 a 13 c. p. s.; el ritmo beta de 14 a 30 c. p. s. con el espejo de las tensiones del cálculo consciente, no muy por debajo del nivel del verdadero pensamiento; la banda gamma, donde...

Las gafas se iluminaron. «... Y aún los corderitos color azul cielo están pastando en el campo rojo bajo los irisados picachos y bajo el vuelo de los pájaros color verde guisante...».

McDonough se levantó las gafas con un movimiento rápido y un respingo y miró frenético a la negrura, ahora inundada de imágenes residuales en colores contrastantes, fundiéndose de manera gradual, mientras los bastoncillos y conos de su retina cedían la energía que absorbieron de la escena de las gafas. Curiosamente, supo en seguida de dónde había venido la voz: era su madre leyéndole, el día de Nochebuena, un cuento titulado «Las Navidades de un niño en Gales». No había pensado en aquello desde hacía más de veinticinco años, pero la escena en las gafas toposcópicas, lo evocó de manera irresistible.

—¿Qué pasa? —preguntó Martinson—. ¿Conseguiste algo? ¿Estás enfermo?

—No —murmuró McDonough—. No es nada.

—Entonces, déjalo. ¿Haces cada día tanto ruido por nada? Mi tío Crosby lo hacía; pero es que él padecía de asma.

Poco a poco, McDonough volvió a bajar las gafas. La escena volvió, aún con los mismos colores imposibles y casi inmóvil por completo. Ahora que era capaz de volverla a mirar, sin embargo, vio que los animales azulados no eran corderos; tenían mayor tamaño y caras

como las de los gatitos. Tampoco los enormemente grandes pájaros de tan lentos movimientos, eran en realidad verdaderos pájaros, excepto que todos parecían estar volando... en improbables rumbos rectos, con lentos y matemáticos aleteos de sus alas tan poco semejantes a las alas corrientes; en torno a ellos había algo con calidad vegetal. El campo rojo era sólo un confuso manchón, oscureciéndose bajo las patas de los azulados animales de rostros enormes y gatunos.

En cuanto al cielo, apenas parecía haberlo en absoluto; estaba todo blanco, como si fuera de papel.

—Vamos —murmuró Martinson, su voz destilando irritación y fastidio—. ¿Qué sentido tiene quedarnos más tiempo en este agujero? ¿Acaso estás buscando pescar unapulmonía? Con toda esta humedad...

McDonough no se dio prisa en responder.

—Hay... hay algo vivo ahí dentro —dijo al cabo de unos segundos.

—Ni pensarlo —contestó Martinson. Su voz era perceptiblemente más rasgada—. Estás soñando. Tú mismo dijiste que no podías captar nada sin que...

—Sé lo que me hago —insistió McDonough, contemplando la escena de las gafas—. Hay un cerebro vivo ahí dentro. Algo que nadie tocó jamás. Es potente... ningún cerebro de los que describen los libros habría podido emitir así. No es humano.

—Con más motivos pues, debemos llamar a las Fuerzas Aéreas y marcharnos. De todas maneras no podemos entrar ahí dentro. ¿Qué has querido decir con que no es humano? Es un rojo, eso es todo.

—No, no lo es —dijo sencillamente McDonough. Ahora que pensaba saber lo que habían encontrado, dejó de temblar. Aún estaba aterrorizado, pero era una clase distinta de terror: el miedo de un hombre que por último ha obtenido una idea clara de lo que se le enfrenta—. Los seres humanos simplemente no emiten de este modo. En especial cuando están muriéndose. Y no se acuerdan de enormes corderos azules con cabeza de gato, ni de hierba roja o cielo blanco. Ni aún cuando vengan de la U.R.S.S. Sea lo que fuere, lo que hay ahí dentro viene de cualquier otro lugar.

—Has leído demasiado. ¿Qué me dices de la estrella del morro? McDonough aspiró una profunda bocanada de aire.

—¿Qué hay en ella? —preguntó calmoso—. No es la insignia de la Fuerza Aérea Roja. Ya vi que te había llamado la atención. Ninguna aviación del mundo tiene por emblema, que yo sepa, un asterisco. No es ninguna estrella. Es simplemente lo que es.

—¿Un asterisco? —repuso Martinson colérico.

—No, Marty. Pienso que es una estrella. Un símbolo de una verdadera estrella. Las fuerzas aéreas nos han derribado una nave espacial —se alzó las gafas y con cuidado retiró la redcilla de electrodos del agujero abierto en el fuselaje.

—Y —dijo con cuidado—, el piloto, cualquier cosa que sea, sigue con vida... y pensando en su patria, esté donde esté esa patria.

Aunque las Fuerzas Aéreas habían sido debidamente advertidas por la red de radio del sorprendente descubrimiento de McDonough, iba a necesitarse tiempo para llevar a un equipo técnico a Otisville. Era preciso, aún teniendo en cuenta el material que se necesitaba teóricamente para ello. La fuente más próxima de adelantado equipo electroencefalográfico de las Fuerzas Aéreas, estaba precisamente en los alrededores de Newburgh, en Stewart Field, y tendría que ser llevado hasta Otisville en camión; ningún aparato de las Fuerzas Aéreas era lo bastante lento como para repetir el aterrizaje de Martinson sobre la carretera.

Durante varias horas, por tanto, McDonough pudo hacer lo que quiso con su presa. Después de unos cuantos apremios, Martinson logró que el factor de Erie enviase un soplete oxiacetilénico a Port Jervis, a su lado del túnel, a bordo de una locomotora Diésel. Persons, que había llegado subsiguientemente en el Aeronca, era partidario de probar el soplete inmediatamente, pero McDonough se veía restringido por un débil recuerdo de experimentos con magnesio en la Universidad, un metal muy parecido a aquel. Convenció al oficial de que primero probase el soplete en los restos de las alas.

Las alas no se quemaron. Llevaron el soplete al interior del túnel y Persons se puso a trabajar con él, engrandeciendo el agujero del obús.

—¿Aún está vivo eso? —preguntó Persons, cortando

afanosamente.

—Eso creo —dijo McDonough, apartando los ojos del fulgor de la llama del soplete—. He estado aplicando ahí los electrodos una vez cada cinco minutos. Esencialmente conseguí la misma imagen. Pero se debilita cada vez con mayor rapidez.

—¿Crees que llegaremos hasta él antes de que muera?

—No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de desearlo. Persons meditó en aquello, alzando el soplete del metal. Entonces dijo:

—Creo que has conseguido algo con eso. Quizá sea mejor probar el mecanismo y ver qué es lo que yo pienso.

—No —contestó McDonough—. No está sintonizado a ti.

—Ordenes, Mac. Déjame probarlo. Pásamelo.

—No es eso, Andy. Sabes bien que no me opondría a ti; tú creaste este pelotón. Pero es peligroso. ¿Quieres tener un ataque epiléptico? Las probabilidades son nueve a cinco de que lo sufrirías.

—Oh —exclamó Persons—. Está bien. El espectáculo es tuyo —y prosiguió con el soplete.

Al cabo de un rato, McDonough dijo con tono remoto e inexpresivo:

—Basta ya. Creo que en cuanto se enfríe podré pasar por ahí.

—Probablemente —dijo Martison—. ¿Suponte que no hay pasillo entre la cola y el morro? Lo más probable es que haya una mampara refractaria y eso sí que no nos sería posible cortar con el soplete.

—Lo más seguro —asintió McDonough—. De todas maneras tampoco se podría acercar la llama a los depósitos de combustible.

—Entonces de que va...

—Si esas gentes piensan de manera parecida a nosotros, habrá alguna clase de mecanismo de escape... algo que dispare la cápsula del piloto lejos del navío. Quizá pueda llegar hasta ahí.

—¿Y dispararla aquí dentro? —dijo Persons—. Harías que la cabina se estrellara contra el techo del túnel. Eso mataría al piloto con toda seguridad.

—No si la desarmo. Podría quitar la carga del mecanismo, entonces al dispararla lo único que haría sería abrirse; entonces nos sería fácil quitar el parabrisas y entrar. Os pasaré la carga a vosotros aquí afuera; manejadla con cuidado. Dame tu linterna, Marty, la mía está casi agotada.

Silenciosamente, Martinson le entregó la linterna. Dudó un momento, escuchando el gotear del agua como fondo. Luego, aspirando una bocanada profunda de aire, dijo:

—Bueno. Allá va.

Trepó introduciéndose por la estrecha abertura. El bosque de tuberías, cables y bombas ante él era profundamente desconocido encada detalle, pero familiar en su principio general. Los seres humanos, dedicados a la tarea de ajustar un motor cohete, lo hubiesen montado de esta forma general. McDonough hurgó con el rayo de luz, buscando un pasaje lo bastante grande para que pudiese deslizarse.

No parecía haber tal pasillo, pero sin embargo, siguió adelante, forzándose por cruzar cada abertura que se le presentaba, sin importarle lo pequeña o angosta que fuere. El sentimiento de encontrarse atrapado era terrible. Si llegaba a un callejón sin salida, nunca sería capaz de arrastrarse y volver a salir de aquella selva de tuberías...

Se dio en la cabeza contra un saliente agudo de una especie de tejadillo metálico y el material resonó huecamente. Montado en alguna especie, vacío, o casi vacío. ¿Oxígeno? No, a menos que el material se hubiese evaporado hacía tiempo; la parte exterior del tanque no estaba más fría que cualquiera de las otras superficies que había tocado. Quizá un propulsor a nitrógeno comprimido... algo así.

Entre el tanque y lo que tomó por el interior del casco, había un camino libre y bajo, lo bastante alto para que él se deslizase a su través si volvía la cabeza a los lados. Había soportes ocasionales y viguetas de cable que se retorcían en su torno, pero el nuevo camino resultaba algo mejor del recorrido, allá atrás en el compartimiento de las máquinas. Luego, su cabeza se alzó en un espacio ligeramente mayor, hecho de paredes que se curvaban suavemente una contra otra: la parte delantera del tanque, se imaginó, opuesta al suelo de la cápsula del piloto y al vientre del casco. Entre cápsula y casco, arriba, bastante alto, se veía la curvatura exterior de un tubo, grande en diámetro, pero muy corto; estaba incrustado de motores, bombas pequeñas y cables.

¿Una escotilla de aire? Con certeza eso parecía. De ser así, el dispositivo del mecanismo de escape podía haber funcionado en absoluto, si es que existía, alguna vez.

Encontrando que podía alzar los hombros lo bastante para descansar sobre los codos, estudió el cableado. El mayor de los conductores, el más grueso, salía de la cápsula del piloto; eso debería ser la conducción de energía, preparada para activar todo el dispositivo cuando el piloto diese el conmutador. De ser así, podría ser cortocircuitada... siempre y cuando las baterías conservasen algo de electricidad aún.

Logró sacar del cinturón las grandes mordazas y se arrastró hacia delante hasta una posición en la que podía utilizarlas, con considerable esfuerzo.

Cerró sus afiladas mandíbulas de acero en torno al cable y apretó con todas sus fuerzas. Las mordazas se cerraron despacio y sus dientes mordieron el material.

Hubo un profundo zumbido creciente como si todas las bombas y los motores comenzasen a rechinar y funcionar. Desde allá de donde había venido oyó un apagado y lejano asombro.

Volvió a guardarse las mordazas en el cinturón y avanzó hacia delante, alzando la espalda hasta casi convertirse en una pelota. Mediante pequeños movimientos cuidadosos, como los producidos por un niño al nacer, logró darse la vuelta en aquel espacio angosto, atestado y curvo y conseguir que su cabeza y hombros estuviesen de nuevo en dirección al tanque, esta vez boca arriba. Tuvo que seguir la luz de la linterna, de modo que su progreso de vuelta a través de la profunda oscuridad fue tan ciego como el de un topo; pero por fin lo logró.

El túnel, una vez estuvo en él de nuevo, parecía milagrosamente espacioso... casi como el volar.

—Esa maldita puerta se abrió hacia arriba, sola —estaba diciendo Martinson—. Me dejó verde de miedo. ¿Qué hiciste... dijiste «ábrete sésamo» o algo por el estilo?

—Sí —dijo McDonough. Volvió a coger su red de electrodos de la vagoneta y se dirigió hacia la entreabierta escotilla de aire. La puerta había bloqueado la mayor parte del resto del túnel, pero la abertura era lo suficientemente amplia.

No se parecía mucho a ninguna escotilla hermética de aire.

Como él había visto desde el interior, era demasiado pequeña para albergar a un hombre; probablemente había sido diseñada para moderar la presión de caída entre el interior y el exterior, sin prevenir absolutamente tal caída. Sólo la puerta externa tenía la adecuada pesadez de arca de aire. La interior, abierta, no era sino un estrecho anillo de aferradas hojas, maquinadas para formar un acabado estilo Johansson, tan fino que simplemente por la cohesión molecular resultaba todo hermético... un diafragma estilo fotográfico altamente perfeccionado. McDonough se preguntó vagamente, cómo el agujerito del tamaño de la punta de un alfiler en el centro del diafragma, se cerraba cuando el iris estuviese también cerrado por completo, pero su conocimiento de ingeniería fracasó por entero allí; pudo salir con nada mejor que una misión del piloto, tapando aquel agujero con una porción de goma de mascar.

Olisqueó el aire húmedo y frío. Nada. Si el piloto había respirado algún aire extraño anormal de la tierra, ya se había disipado sin rastro en el tubo del túnel. Apuntó con su luz al interior de la cabina.

Los instrumentos estaban destrozados más allá de toda esperanza, excepto unos cuantos de los lados de la cápsula. El piloto los había destrozado... o mejor, sus alrededores fueron los que hicieron el trabajo.

Ante él, a la luz de la linterna, había un tanque pesado y transparente de un fluido erizado, dominando el verde y el castaño, con una figura flotando dentro. Había sido el tanque lo que se soltó de sus sujeciones, destrozando el resto del compartimiento. El piloto quedaba perfectamente encerrado en lo que parecía como un traje ordinario antigraavedad, dentro del aceite; mangueras flexibles conectadas a botellas en el techo, le proporcionaban su atmósfera, cualquiera que esta fuese. Las mangueras no estaban rotas, pero algo dentro del traje gravitacional sí; una línea de suaves burbujas se alzaba en las proximidades del cuello del piloto.

Apretó el electrodo de electroencefalógrafo, de la red del aparato contra el tanque y miró por las gafas Walter. El cordero con rostro de gatito estaba aún allí, aunque había cambiado de posición; pero casi todo el color se había desvanecido de la escena. McDonough gruñó involuntariamente. Había ahora una atmósfera

en torno a la imagen que le golpeó con un mazazo, de sentimiento intenso de opresión, de infinita pena...

—Marty —dijo con aspereza—. Veremos si podemos sacar ese tanque del fondo sea como sea —volvió a retroceder al túnel.

—¿Por qué? Si tiene heridas internas...

—El traje tiene una abertura. Está llenándose de ese aceite del fondo. Si no sacamos el tanque se ahogará.

—De acuerdo. ¿Sigues aún pensando que es un hombre de Marte, Mac? —No lo sé. Es demasiado pequeño para ser un hombre, eso lo puedes ver tú mismo. Y los recuerdos no son recuerdos humanos. Eso es cuanto sé. ¿Podremos vaciar el tanque en algún lugar?

—No es necesario —dijo la voz de Persons, distorsionada por los ecos, desde el interior de la escotilla de aire. Los reflejos de su linterna aparecieron por la abertura como fantasmas—. Acabo de encontrar una especie de dispositivo de engranaje. Caballeros, arremánguense los pantalones.

Pero el aceite no salió del navío. Evidentemente se almacenó en algún lugar dentro del casco, para ser bombeado de nuevo al recinto del piloto cuando se necesitase de él otra vez.

Costó largo rato. El silencio vino con una inundación al ocupar el interior del túnel.

—Ese truco de la suspensión en aceite es estupendo —susurró Martinson—. Le sirve de amortiguador como el agua a los peces. Aún recibe descargas de energía, pero sin masas... como un hombre en caída libre.

McDonough pensó, pero sin decir palabra. Estaba tratando de imaginarse lo que podía significar la misión multicolorista del piloto. Algo en ella le acuciaba. Era errónea. ¿Porqué un piloto gravemente herido y aún inconsciente, se preocupaba únicamente de recordar los campos de su patria? ¿Por qué no trataba de salvarse a sí mismo en vez de pensar en eso..., tan ingeniosamente como trató de salvar a un navío? Aún poseía energía eléctrica y en aquel amasijo de destrozados aparatos que sólo él era capaz de recordar, debía haber dispositivos que aún esperaban que los hiciese funcionar.

Pero ya había renunciado, aunque sabía que se moría. ¿Lo sabía? El aura emocional sugería un conocimiento de las cosas desesperadamente equívoco, sin embargo, había verdadera desesperación, no había frenesí, apenas nada de miedo... casi como si el piloto no supiese lo que era una muerte, o, sabiéndolo, estaba seguro de que a él no podría ocurrirle. La mente inmensamente poderosa y moribunda dentro del traje antigравital, parecía curiosamente despreocupada y pasiva, como si aguardase el rescate con una confianza suprema... tan suprema, que incluso podía permitirse el lujo de soñar nostálgica y desgraciadamente en su propio hogar, suspendido en el aceite, pero sin tener verdadero miedo.

¡Y sin embargo se estaba muriendo!

Apretando los dientes, McDonough entró por la escotilla de aire y trató de sondear los desvanecidos pensamientos en una frecuencia mayor. Pero no había simplemente nada que oír o ver, aunque con un cerebro tan fuerte, era lógico que lo viese a tan escasa distancia. Y era peculiar, también, que el sueño visual nunca cambiase. La corriente de pensamientos, la mente poderosa humana es desconcertantemente rápida; cuesta semanas de análisis realizados por especialistas, antes de que salga a luz su sistema especial. Este cerebro, por otra parte, había estado aferrándose tenaz a este único pensamiento —complicado de por sí— por un mínimo de dos horas. Una creación verdaderamente del tipo semiidiotita... siendo emitida con toda la potencia de un súpergenio.

En los libros, nada suministró a McDonough detalles de algún precedente de aquello. La figura vestida estaba ahora derrumbada contra un lado del tanque vacío y las sombras dentro de las gafas toposcópicas, de pronto, comenzaron a verse distorsionadas con regulares nubarrones retorcidos: hondas de dolor. Una prueba a nivel theta de hondas, lo confirmó; el cerebro desconocido respondía al dolor con terribles espasmos de rabia, verdaderas explosiones, tan fuertes e incontroladas que McDonough no pudo soportarlas más que un segundo. Su mano temblaba tan fuerte que apenas pudo volver a sintonizar la frecuencia gamma.

—Deberíamos haber dejado ahí el aceite —susurró—. Le hemos movido demasiado. Las heridas internas van a matarle dentro de pocos minutos.

—Tú mismo dijiste que no pedíamos evitar que se ahogara — contestó Persons con su sentido práctico—. Mira, hay una costura en ese tanque que parece como un sello detorsión. Si la rompemos, se abrirá como una ostra. Entonces podremos sacarle.

Mientras hablaba, el vacío tanque se partió en dos mitades como un molusco. El piloto yacía retorcido y derrumbado en el fondo, como un muñeco, su traje reluciendo a la luz de la linterna del suboficial.

—Ayúdame. Por los hombros, es bastante fácil. Así; levanta. Despacio, ahora. Con torpeza, McDonough ayudó. Era verdad que el aceite podía haber ahogado a la frágil y lastimera figura, pero eso tampoco era de ninguna ayuda. La cosa salió de la cabina como una marioneta a la que han cortado todos los hilos. Martinson fue quien cortó el último de ellos: Los tubos flexibles que le mantenían conectado al navío. Los tres lo colocaron en el suelo, desparramado, como si no tuviese huesos.

... Y AUN EL CORDERO PASTANDO EN EL CAMPO ROJO, CON SU COLOR AZULCIELO... precisamente igual que McDonough lo había visto.

¡Un libro en colores!

Eso es lo que era la escena. Por eso estaban los colores equivocados así como las referencias de tamaño. Claro que los animales como el carnero no se parecen mucho a los corderos, que el piloto no pudo haber visto jamás a no ser en dibujos. Claro que las cabezas de los corderos parecían como cabezas de gatitos; todo el mundo ha visto gatitos. Claro que el cerebro era potente fuera de toda proporción a esta supervivencia y a su conocimiento de la muerte; era el cerebro de un genio, pero un genio sin experiencia. Y claro, así la URSS podía enviar un cohete hasta los Estados Unidos en un viaje únicamente de ida.

El casco de aquel ser cayó rodando hasta la cuneta en la que discurría el agua condensada en las paredes del túnel. Martinson carraspeó y comenzó a jurar en voz baja, rechinante y monótona. Andy Persons no dijo nada, pero su luz, mientras la enfocó a la cabeza del piloto, tembló de furia.

McDonough, su fantasía de espacionaves destruida, volvió a la vagoneta y a patadas convirtió su sondeador de tumbas en piezas pequeñas y dobladas. Todo su corazón era una caldera humeante de

compasión y pena.

Jamás volvería a sondear otra tumba.

La ruda cabeza, en el suelo del túnel, estaba soñando su último sueño sacado de un libro de papel de colores, y correspondía a una niña pequeña, de apenas ocho años de edad.

REY DE LA COLINA

Al coronel Hal Gascoigne no le hizo absolutamente ningún bien saber que era el único hombre a bordo del vehículo satélite núm. 1. Ningún bien. Hacía ya algún tiempo que había dejado de recordarse a sí mismo tal detalle.

Y ahora, mientras sudaba sentado en el perfectamente equilibrado aire ante el tablero del bombardero, uno de los hombres le volvió a hablar:

—Coronel, señor...

Gascoigne giró en redondo en su asiento y el sargento — Gascoigne casi pudo recordar el nombre de aquel tipo— le dirigió un brioso saludo del más rancio estilo de las Fuerzas Aéreas.

—¿Bien? —La bomba uno está lista, señor. ¿Cuáles son sus órdenes?

—¿Mis órdenes? —repitió Gascoigne extrañado. Pero el hombre ya se había ido. Gascoigne no pudo en realidad, ver cómo salía el sargento de la cabina de control, pero el caso es que ya no estaba allí.

Mientras trataba de recordar, otra voz sonó en la cabina, tan llana e importuna como suelen sonar todas las voces por el intercomunicador.

—Sala de radar. Sobre el objetivo.

Un piar uniforme y sin significado alguno. El circuito de cronometraje se había puesto en marcha.

¿Se había puesto? No había nadie en la sala de radar. Tampoco había nadie en el depósito de bombas. No había habido nunca nadie a bordo del

VS-1,

excepto Gascoigne por lo menos desde que relevó a Grinnell... y fue

Grinnell quien hizo ascender hasta allí ala estación entera, por primera vez desde su construcción.

¿Entonces, quién fue el sargento? Su nombre era... Era...

El martilleo del teletipo se lo borró de la mente. El ruido sonaba tan alto como una serie de rápidos mazazos en la resonante cueva metálica. Se levantó y orilló del escritorio a la máquina, volando y deslizándose por la cabina sin gravedad con la soltura de un hombre para quien la caída libre es casi una segunda naturaleza.

El teletipo estaba en silencio cuando llegó a él, al principio la cinta le pareció en blanco. Se limpió el sudor de sus ojos. Allí estaba el mensaje.

MNBVCXZ LKJ HGFDS PYTR AOIU EUIO QPALZM.

Sacó su ejemplar del libro «Blancanieves y los siete enanitos» y repasó los parlamentos del enano refunfuñón hasta hallar la letra clave de la secuencia que permitiría descifrar el mensaje en clave. No tardó mucho tiempo. Lo puso en claro en menos de diez minutos.

BOMBA UNO EN WASHINGTON 17-00 HORAS CENTRO POLÍTICO DEMÓCRATA. Eso era. Aquel era el objetivo de la bomba. Pero debería haber habido órdenes anteriores, dándole el visto bueno para la preparación y ajuste de las bombas. Comenzó a rebobinar la cinta de papel.

Estaba toda en blanco. ¿Y... Washington? ¿Por qué le ordenaba la Junta de Jefes del Estado Mayor que...?

—Coronel Gascoigne, señor. Gascoigne giró en redondo sobresaltado y devolvió el saludo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Sweeney, señor —dijo el cabo. En verdad no sonó muy parecido a Sweeney o a algo semejante; fue sólo un ruido. Sin embargo, el rostro del hombre parecía familiar—. Preparada la bomba dos, señor.

El cabo saludó, se volvió, dio dos pasos y se desvaneció. Bueno, no se esfumó, pero tampoco salió por la puerta. Simplemente se oscureció y se hizo cada vez más difícil de distinguir hasta perderse por completo. Era como si él y Gascoigne estuvieran en desacuerdo con los efectos de la perspectiva a la luz del resplandor de la Tierra y que fuera Gascoigne quien andaba equivocado.

Con torpeza finalizó de rebobinar la cinta de papel. No había la

menor duda. Allí estaba la orden, negro sobre amarillo, con toda claridad. Bombardee la capital de su propio país a las 17-00

horas. Incidentalmente bombardee su propio hogar, pero no se lo piense dos veces. Sea concienzudo, deje caer dos bombas; no se preocupe si falla por unos pocos segundos y alcanza a Baltimore en su lugar, o a Silver Spring o a Milford, Delaware. El GCI le dará las coordenadas, pero sea como sea arrase la zona. Es una orden de máxima prioridad.

Con dedos desmañados Gascoigne comenzó a pulsar las teclas del teletipo. Emitiendo en la frecuencia del Grupo Civil de Inteligencia, escribió:

AYUDA CON URGENCIA REPITO DIFICULTADES PERSONALES AQUÍ MUY GRAVES PUNTO NO SE CUANTO TIEMPO PODRE MANTENERME PUNTO URGENTE GASCOIGNE VS UNO PUNTO.

Tras él, el oscilador emitía pitidos rítmicamente, cronometrando el momento de impulsión de las bombas en sus respectivas cámaras de lanzamiento.

—Sala de radar. Sobre el objetivo.

Gascoigne no se volvió. Siguió sentado ante el tablero de control de mandos de bombardeo, sudando aún en el aire ambiente perfectamente equilibrado. Dentro de su cráneo, su propia voz le gritaba:

—ALTO... ALTO... ALTO...

Eso, como lo reconstruiremos después, fue el principio del asunto VS-1.

Fue pura suerte, supongo, que Gascoigne nos enviara directamente a nosotros su mensaje. En rarísimas ocasiones se llama al Grupo Civil de Inteligencia cuando en una emergencia esta acaba de producirse. De ordinario Washington trata de intervenir primero. Luego, cuando Washington descubre que pese a sus disposiciones el barco sigue hundiéndose, nos traslada a nosotros el encargo, solándonos exigir que nuestra intervención sea rápida, decisiva y satisfactoria.

No nos importa. El fracaso de Washington en desarrollar un departamento gubernamental similar en funciones al GCI es la

razón de que sigamos haciendo negocio. Los beneficios, claro, van a Empresas Afiliadas, S. A., la relajada comunidad de universidades e industrias que invirtieron dinero en la construcción del ULTIMAC... y el ULTIMAC es, a su vez, el motivo de que Washington recurra tan a menudo al GCI.

Esta vez, sin embargo, no parecía que el gran cerebro electrónico fuese a sernos de mucha utilidad. Así se lo dije a Joan Hadamard, nuestra jefe de sección de ciencias sociales, cuando le entregué el mensaje.

—Hum —dijo ella—. ¿Dificultades personales? ¿Con el personal? ¿Qué significa eso? No hay más tripulante que él en esa estación.

Eso no era nuevo para mí. El GCI suministró las cifras que sirvieron para poner en órbita al VS-1

por primera vez y nuestro consejo fue que llevase un único tripulante. La dotación de un navío espacial o ha de ser numerosa o de un solo hombre; no hay término medio. Y el

VS-1

no era lo suficientemente grande como para albergar una extensa tripulación... es decir, no para alojarlos con la separación e intimidad superficiales, que impidieran que tarde o temprano se agrediesen unos a otros presos de ataques de nervios.

—Se refiere a sí mismo —dijo—. Por eso no crea que sea un trabajo adecuado al cerebro electrónico. Tiene que resolverse de persona a persona. Apuesto a que se trata del psicopatismo llamado «satisfacción feliz de la responsabilidad de un hombre»; ese peligro iba implícito en la recomendación de tripulación unipersonal.

—La única solución decente es un complemento total —asintió Joan—. Cuando el Pentágono pueda obtener del Congreso bastante dinero como para construir una estación grande.

—Lo que me asombra es ¿por qué nos llamó a nosotros en vez de a sus superiores?

—Eso es fácil. Nosotros elaboramos sus cifras. Se fía de nosotros. El Pentágono cree que somos infalibles y él se ha contagiado de la misma creencia.

—Malo —dije.

Nunca dije lo contrario.

—No, lo que yo quiero decir es que mala cosa es que nos haya llamado a nosotros en lugar de seguir el conducto reglamentario. Eso significa que el problema de emergencia es cuanto menos tan grave como él dice.

Pensé en aquello durante otro precioso momento mientras Joan efectuaba unas cuantas y rápidas maniobras de ajuste. Como todo el mundo sabía ya en la Tierra —a excepción quizá de unos cuantos tibetanos— el hombre que viajaba en el

VS-1

llevaba consigo bajo el suelo de la estación tres bombas de hidrógeno... bombas que podían caer con enorme precisión sobre cualquier lugar del planeta. Gascoigne era en efecto la suma total de la política extranjera americana; del mismo modo podía haber llevado estampado en su frente el letrero: «Supremacía espacial».

—¿Qué dice la Fuerza Aérea? —pregunté a Joan cuando ella colgó el teléfono.

—Que están un poco preocupados por Gascoigne. Es un hombre muy estable, pero le han dejado de servicio un mes más del tiempo estipulado para su relevo... el por qué no me lo han explicado. Últimamente, la semana pasada, comenzó a mandar informes deslavazados. Piensan darle una buena regañina.

—¡Piensan! Será mejor que tengan mucho cuidado con ese material o se harán daño ellos mismos. Joan, alguien va a tener que subir hasta allí. Dispondré un medio rápido de transporte y diré a Gascoigne que la ayuda está en camino. ¿Quién deberá ir?

—No me han recomendado nada —dijo Joan—. Será mejor que se lo pregunte al computador. Así lo hizo... con urgencia. ULTIMAC dijo «Harris».

—Buena... suerte, Peter —me deseó Joan, tranquila. Demasiado tranquila.

—Sí —repuse—. O buenas noches...

No recuerdo ahora qué es exactamente lo que esperaba que ocurriera mientras el cohete trasbordador se acercaba al
VS-1.

Decidí no llevar conmigo ningún destacamento de hombres. Si Gascoigne estaba chiflado de remate, no permitiría que

desembarcara un grupo de militares; un hombre solo, por otra parte, podría pasar. Pero supongo que yo confiaba en que él accediese primero a discutir.

No pasó nada. No desafió al trasbordador ni respondió a los saludos protocolarios. El contacto con la estación se efectuó mediante el radar automático y yo entré a bordo tan rutinariamente como si entrase en un cine... pero con una pizca más de rapidez.

La sala de control estaba a oscuras y en desorden, y al principio no pude ver a Gascoigne por ninguna parte. La luz terrestre penetrando por el ventanal de observación era brillante, pero fuera de su camino la oscuridad era casi absoluta, rota sólo por las estrellitas de los lentes indicadores del panel de instrumentos.

Un débil sonido como de sorber, hizo que mis ojos se volvieran en la dirección adecuada. Allí estaba Gascoigne. Inclinado sobre el tablero de mandos del dispositivo de bombardeo, dándome la espalda. En una mano tenía una pequeña herramienta parecida a las tenacillas que emplean los revisores ferroviarios para perforar los billetes. La empleaba para agujerear la tensa superficie de una cinta que estaba enrollada por cada uno de sus extremos en un correspondiente córrete; ese fue el sonido que me había llamado la atención. Reconocí el dispositivo sin dificultad; era la cinta de un programador automático.

¿Por qué Gascoigne no me había oído entrar? Yo no traté de subir a bordo furtivamente, aunque de todas formas no hay manera de penetrar en silencio por una escotilla doble de aire, hermética. Pero siguió perforando rápida y concienzudamente.

—Coronel Gascoigne —dije. No hubo respuesta. Di un paso adelante—. Coronel Gascoigne, soy Harris, del GCI. ¿Qué está usted haciendo?

El paso adicional dio resultado.

—No se acerque —gruñó Gascoigne con voz salida de algún lugar hacia el centro de su pecho—. Estoy programando la bomba. Perforo las órdenes yo mismo. No puedo fiarme de mi tripulación. No se me acerque.

—Concédame un minuto. Deseo hablarle.

—Eso es una novedad —dijo Gascoigne, sin moverse—. La mayor parte de ustedes se precipita a preparar lanzamientos antes siquiera de informarme a mí. De todas maneras, ¿quién diablos es

usted? No hay nadie a bordo, lo sé perfectamente.

—Soy Peter Harris —contesté—. Del GCI, usted nos llamó, ¿recuerda? Nos pidió que le enviáramos ayuda.

—Eso no prueba nada. Dígame algo que yo no sepa. Entonces puede que crea en su existencia. De otro modo, lárguese.

—Ni hablar de irme. Suelte ese perforador. Gascoigne se incorporó despacio y se volvió para mirarme.

—Bueno, por lo menos usted no se desvanece, es un mérito a su favor que le reconozco —dijo—. ¿Cómo se llama? Repítalo, por favor.

—Harris. Aquí tiene mi tarjeta de identidad.

Gascoigne tomó el documento plastificado con aire de duda y luego se quitó las gafas y las limpió. El gesto en sí era perfectamente normal y no me habría sorprendido... a no darse el caso de que Gascoigne no llevaba gafas.

—Hay mala visibilidad aquí dentro —se quejó—. Todo se empaña. Humm. Está bien, usted es un ser real. ¿Qué es lo que quiere?

Su dedo rozó un botón. En silencio la cinta comenzó a pasar de un carrete a otro.

—Gascoigne, pare ese chisme. Si deja caer alguna bomba, ahí abajo se producirá un infierno. Ya está bastante tensa la situación en el mundo. Y no hay motivo para bombardear a nadie.

—Hay motivos de sobras —murmuró Gascoigne. Se volvió hacia el teletipo, mostrándome por primera vez la enfundada forma de una automática negra pendiendo de una cadera. No dudé de que fuera capaz de desenfundarla con rapidez fabulosa y de colocar las balas donde se lo propusiera—. Tengo órdenes. Aquí están. Véalas usted mismo.

Con precaución me acerqué al teletipo y miré. Excepto el propio mensaje de Gascoigne al GCI, y otro de Joan anunciando que yo estaba en camino, la cinta se hallaba totalmente en blanco. No se habían recibido otros mensajes aquel día, a menos que Gascoigne hubiera cambiado el rollo de cinta y no había razón para que lo hubiese hecho. Aquellos rollos tenían prácticamente una duración eterna.

—¿Cuándo recibió esa orden?

—A alguna hora de esta mañana, no recuerdo exactamente

cuando. ¡Sweeney! —bramó de repente, tan alto que el papel se rompió en mis manos—. ¿A qué hora nos llegó la orden?

Nadie contestó. Pero Gascoigne dijo casi inmediatamente:

—¿Ves? Ya lo ha oído.

—No he oído a nadie excepto a usted —dijo—, y voy a parar esa cinta. Apártese.

—Ni pensarlo, caballero —contestó ceñudo Gascoigne—. La cinta seguirá funcionando.

—¿Cuál es el objetivo?

—Washington —fue la respuesta de Gascoigne, y se pasó la mano por la cara. Pareció como si hubiese olvidado sus imaginarias gafas.

—Ahí es donde está su casa, ¿verdad?

—Verdad —dijo Gascoigne—. Por todos los diablos, allí está, caballero. Gracioso, ¿no?

Sí, de acuerdo, era gracioso. Los chicos de las Fuerzas Aéreas del Pentágono iban atener diez milésimas de segundo para arrepentirse por no haber enviado conmigo el relevo de Gascoigne. ¿Relevarlo con quién? No podemos enviarle su segundo relevo hasta por lo menos una semana. Ese hombre necesita completar su adiestramiento y el primer experto a quien relevó Gascoigne se halla en el hospital con una crisis de hipocondría. Además, Gascoigne es el mejor hombre para esa tarea; tiene que ser vuelto a la normalidad sea como sea y permanecer en su puesto.

Claro. Con la celeridad posible de una bomba centrífuga, sin duda. Mientras tanto, la cinta seguía funcionando.

—Podía usted dejar de secarse el sudor de la cara y en su lugar accionar el reductor de humedad —dije.

—Ya se le han vuelto a empañar las gafas.

—¿Gafas? —murmuró Gascoigne. Cruzó lentamente la cabina, flotando rígido como un caballito de mar, hasta el vidrio blanquinoso de uno de los ventanales. Dudé que pudiera ver en él su imagen reflejada, pero quizá no quería verla—. Sí, me las volví a ensuciar. Gracias. —Y se dedicó a la rutina de limpiarlas de nuevo.

Un hombre que cree que lleva gafas también piensa que sin ellas no puede ver. Me deslicé hasta el programador y corté el

movimiento de la cinta. Me hallaba ahora entre los carretes y Gascoigne... pero no podía quedarme siempre allí.

—Hablemos un minuto, coronel —dije—. Seguramente que eso no podrá causar ningún daño.

Gascoigne sonrió con una especie de malicia infantil.

—Hablaré —accedió—. Tan pronto como ponga usted en marcha de nuevo esa cinta. Le vi pararla por el espejo, antes de quitarme las gafas.

El muy embustero. Yo no me había movido en lo más mínimo mientras él estuvo mirando al ventanal. Sus pobres, lastimeros y viejos y cegatos ojos habían captado cada movimiento que realicé mientras él se limpiaba las «gafas». Me encogí de hombros y me separé del programador.

—Usted lo puso en marcha —dije—. No quiero cargar con la responsabilidad.

—Son órdenes —repuso Gascoigne con rigidez. Volvió a poner en marcha la cinta—. La responsabilidad es de ellos. De todas maneras, ¿de qué quiere usted hablarme?

—Coronel Gascoigne, ¿ha matado usted a alguien alguna vez? Pareció asombrarse.

—Sí, en una ocasión —dijo, casi con ansiedad—. Me estrellé con mi avión contra una casa. Maté a toda una familia. Yo salí sólo con quemaduras en una pierna... quedé como nuevo con un par de estabilizaciones musculares. Eso es lo que me hizo que me trasladaran del servicio de pilotaje al de armas suspendidas; mi pierna no me quedó en condiciones de seguir pilotando aviones.

—Malo.

Respondió de súbito, casi explosivamente.

—Y míreme ahora —dijo—. Voy a matar a mi propia familia dentro de un rato. Y a millones de otras personas. Quizá al mundo entero.

¿Cuánto tiempo sería «dentro de un rato»?

—¿Qué tiene usted contra ellos? —dije.

—¿Contra qué... contra el mundo? Nada. Ni pizca. Míreme; aquí arriba soy el rey de la colina. No puedo quejarme.

Hizo una pausa para pasarse la lengua por los labios.

—Era diferente en mi niñez —prosiguió—. No tan aburrido, entonces. En aquellos días uno podía conseguir un verdadero

periódico para desplegarlo por primera vez antes que nadie y elegir lo que uno quería leer. No como ahora, cuando las noticias te vienen predigeridas al sacar de la radio tu pedazo de papel impreso electrónicamente. Si usted me lo pregunta, esa es la cuestión.

—¿Qué es la cuestión y con qué?

—Con las noticias... por eso las cosas siempre fueron malas estos días. Todo, absolutamente todo, ha sufrido alguna intervención. La leche es homogeneizada, el pan cortado en rebanadas, los coches poseen autodirección, los fonógrafos producen sonidos que ningún instrumento musical podría producir. Demasiada manipulación, demasiada gente incapaz de abstenerse de meter sus manazas en las cosas. ¿Ha encendido usted una mufla alguna vez?

—¿Yo? —exclamé sorprendido—. No, me parece que no. Nadie hace cerámica en esta época. Por lo menos artesanalmente. Y si la hicieran, ¿quién la compraría? La gente no quiere nada fabricado manualmente. Desea cualquier cosa preparada científicamente y esterilizadamente.

La cinta seguía circulando. Allá abajo había un pesado murmullo, difícil de identificar específicamente: algo había sido trasladado por sus carriles, o quizá una escotilla del depósito de bombas que se había abierto.

—Así que usted va a hacer una manipulación también a la Tierra... va a «esterilizarla» —dije despacio.

—Yo no. Son órdenes.

—Órdenes del interior, coronel Gascoigne. No hay nada en los carretes. ¿Qué otra cosa podía yo hacer? No tenía tiempo de conducirlo a través de un par de años de psicoanálisis y hacerle ver su propio interior. Además, no tengo licencia para practicar la medicina... por lo menos no en la Tierra. No quería decir eso, pero ahora no me queda más remedio.

—¿Decir qué? —preguntó receloso Gascoigne—. ¿Que estoy loco o algo por el estilo?

—No. Yo no lo dije. Lo dijo usted —aclaré—. Pero sí le diré que toda esa monserga de no gustarle el mundo actual es pura tontería. O racionalización, si prefiere una palabra más suave. Está usted sobrellevando una estridente carga de culpa, coronel, dese usted cuenta o no.

—No sé de qué me habla. ¿Por qué no lo deja estar ya?

—No. Y usted lo sabe muy bien. Hace unos momentos se derrumbó ante mí para contarme lo de la familia que mató en su accidente aéreo —le dejé diez segundos de silencio y luego le disparé la pregunta con tanta dureza como pude—. ¿Cómo se llamaban?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Sweeney o algo parecido. Algo así. No me acuerdo.

—Claro que se acuerda. ¿Piensa usted que matando a su propia familia podrá devolverla vida a los Sweeney?

La boca de Gascoigne se retorció, pero no pareció darse cuenta de la mueca.

—Paparruchas —dijo—. Nunca tuve fe en esa clase de trampas psicológicas. Es usted quien habla tonterías, no yo.

—¿Entonces por qué se muestra tan vituperativo con respecto a ello? Paparruchas, monsergas, tonterías... está usted luchando con ahínco para derrumbar con razonamientos unos conceptos tan simples... con demasiado ahínco para un hombre que no cree en ellos.

—Márchese —replicó malhumorado—. Tengo mis órdenes. Voy a obedecerlas. Tablas por rey ahogado. Pero allí no había tablas por ahogamiento. Derrota era la palabra más adecuada.

La cinta viajaba. Yo no sabía qué hacer. El último problema de bombas que abordó el GCI fue puesto por nosotros mismos; habíamos preparado un falso proyectil para dejarlo caer en la bahía de Nueva York, para probar nuestras facilidades y velocidad en determinar la naturaleza del misil. La situación a bordo del VS-1

era completamente diferente...

¡Uf! ¿Lo era? Quizá ahí había dado con algo.

—Coronel Gascoigne —dije despacio—, debe saber ahora muy bien que eso no funcionará. Ni siquiera aún cuando usted deje caer esas bombas.

—Sí, puedo. ¿Qué va a impedírmelo? —Enganchó un pulgar en su cinturón, un poco más arriba de la funda de la pistola, de manera que las yernas de los dedos descansaran en la empuñadura de la automática.

—Sus bombas. Están descargadas. Gascoigne soltó una áspera carcajada y señaló los controles con un ademán.

—Dígale eso al calculador electrónico del depósito de las bombas. Adelante. Ahí mismo en el tablero de instrumentos hay un manómetro que usted puede leer.

—Seguro —dije—. Las bombas son radioactivas, de acuerdo. ¿Ha comprobado usted su vida media?

Fue un disparo a ciegas. Gascoigne era un experto en armas; si era posible revisar la vida media de las bombas a bordo de VS-1,

lo habría hecho ya. Pero no creí que fuera posible.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Es que no lo haría, siendo un aviador leal. Usted cree en lo que le dicen sus superiores. Pero yo soy un paisano, coronel. En esas bombas no hay elementos fisionables o fusibles. La vida media es demasiado larga para el tritio o el litio 6 y demasiado corta para el uranio 235 o el radio-torio. El material probablemente es estroncio 90..., en resumen, nada excepto un bluff.

—Para cuando termine yo de comprobar —dijo Gascoigne—, la bomba, de todas maneras, habrá sido lanzada. Y usted tampoco lo ha podido revisar. Pruebe con otro truquito, ande.

—Yo no necesito hacerlo. No es preciso que usted me crea. Nos sentaremos aquí y esperaremos que caigan las bombas y entonces ese punto quedará suficientemente probado. Después, claro, usted comparecerá ante un Consejo de Guerra por disparar sin órdenes. Claro que si usted está preparado para borrar a su propia familia, no le importará ni lo más mínimo que le condenen a veinte años de prisión.

—Seguro —dijo—. De todas maneras, tengo órdenes. Lo mismo me ocurrirá si no las obedeciese. Mucho mejor si nadie sufre el menor daño.

Gascoigne miró la cinta en movimiento.

Un súbito espasmo de emoción —yo lo tomé por pesar, pero puedo equivocarme— sacudió momentáneamente todo su cuerpo. Una vez más no pareció advertirlo.

—Es verdad —dije—. Ni siquiera su familia sufrirá daño alguno. Claro que después, todo el mundo sabrá que la estación es un engaño, una fanfarronada, pero si tiene esas órdenes...

—No sé —murmuró Gascoigne, con aspereza—. No sé siquiera si recibí las órdenes. No me acuerdo dónde las puse. Quizá no sean reales —me miró confuso y su expresión era impresionante, igual a la de una criatura que hace una confesión de culpa.

—¿Sabe usted algo? —dijo—. Me veo incapaz de distinguir lo real de lo irreal. Desde ayer no me ha sido posible asegurarme en un sentido u otro. No soy capaz ni aún de saber si es usted real, ni si es auténtica su tarjeta de identidad. ¿Qué piensa usted de eso?

—Nada —contesté.

—¡Nada! ¡Nada! Ese es mi problema. ¡Nada! No puedo distinguir entre nada y algo. Dice usted que las bombas son proyectiles simulados. De acuerdo. ¿Pero qué si es usted lo único falso y las bombas reales? ¡Contésteme a eso!

Su expresión ahora era casi triunfal.

—Las bombas no son verdaderas —dije—. Y a usted se le han vuelto a empañar las gafas. ¿Por qué no corta la humidificación para que pueda ver sin dificultades ni empañamientos tres minutos seguidos?

Gascoigne se inclinó hacia delante, tanto que estaba peligrosamente a punto de caer y me miró a la cara directamente.

—No me venga con esas... —dijo con rudeza—. No me... venga con... esos cuentos. Me quedé petrificado donde estaba. Gascoigne me miró a los ojos durante un rato. Luego, despacio, se llevó la mano a la frente y comenzó a secársela dando barridas hacia abajo. Pasó la palma hasta la barbilla, en una lenta moción.

Luego apartó la mano y se la miró, como si ella acabase de estrangularle y no pudiera entender por qué. Y por último habló.

—No... no es verdad —dijo con torpeza—. No llevo gafas. No las llevo desde que cumplí los diez años. No desde que se me rompió el último par... jugando al Rey de la Colina.

Se sentó ante el tablero de instrumentos de bombardeo y colocó la cabeza entre las manos.

—Usted gana —dijo con voz ronca—. Debo de estar más loco que una cabra. No sé lo que veo ni lo que no veo. Será mejor que se haga cargo de esta pistola. Si disparara podría dar a algo.

—Tiene usted razón —contesté. Y lo pensaba; pero no perdí el tiempo. Primero la automática; luego la cinta. En ese orden, la secuencia no podía ser revertida después.

Pero el sonido del mecanismo del programador dando un chasquido hasta parar, sonó tan alto en la cabina como un tiro de escopeta.

—Se pondrá bien —le dije a Joan, después—. Logró reanimarse. No me hubiera atrevido a meterme tan de prisa y a fondo con otro hombre... pero Gascoigne tiene redaños.

—Por eso mismo —respondió Joan—, será mejor que releven a los capitanes de la estación más de prisa que hasta ahora. El próximo hombre puede no ser tan duro... ¿y qué pasaría si fuera sonámbulo?

No dije nada. Ya tenía mi buena parte de preocupaciones para aquella semana.

—Has hecho sólo una montaña de trabajo, Peter —dijo Joan—. Desearía poder registrar tu proeza en la máquina. Más tarde quizá podríamos necesitar esos datos.

—Bueno, ¿y por qué no podemos?

—La Junta de Jefes del Estado Mayor dijo que no. No quisieron explicar la razón. Pero no desean que ninguna parte del hecho sea registrada en el ULTIMAC... ni en ninguna otra parte.

La miré con fijeza. Al principio aquello no parecía tener sentido. Y de pronto lo tuvo... y fue aún peor.

—Aguarda un minuto —dije—. Joan... ¿significa eso lo que creo que significa? ¿La «Supremacía Espacial» es tan fracaso como la «Represalia Masiva» lo fue? ¿Es posible que el satélite... y las bombas?... ¿Es posible que lo que le dije a Gascoigne acerca de que las bombas eran simuladas fuese la pura verdad?

Joan se encogió de hombros.

—Aquél que sin sabiduría se oscurece el criterio —respondió—, no se gana el sueldo que cobra.

TIEMPO COMÚN

1

«... los días pasaron solamente, dando vueltas sin fin y monótonas como los ciclos en el espacio. ¡Tiempo y fracciones de tiempo! Cuántas centurias contó mi hamaca, mientras como un péndulo oscilaba a compás del mecerse torpe del navío y cronometraba las horas y las épocas».

Hermán Melville, en su obra «Mardi».

No te muevas.

Fue el primer pensamiento que se adentró en la mente de Garrard cuando despertó y quizá con él salvó la vida. Yacía sujeto contra el acolchado, escuchando el redondo zumbido de los motores. Eso en sí era equívoco; debía ser incapaz de oír totalmente la súperimpulsión.

Pensó para sí: «¿Ha comenzado ya?». Por lo demás todo parecía normal. El

DFC-3

había cruzado a... velocidad interestelar y él seguía vivo y la nave funcionando. El navío estaría en aquel momento a unas 224 veces la velocidad de la luz, casi a 6.700.000kilómetros por segundo.

Sin saber por qué Garrard no dudó de que así fuese. En las tentativas previas, los navíos habían partido hacia Alpha Centauri en el adecuado momento, cuando la superimpulsión debió ser cortada; y la fracción de segundo de imagen residual después de haberse desvanecido, sujeta a la espectroscopia, mostraba un estela

Dopler que seguía a la aceleración predicha por Haertel, para aquel momento.

Lo malo no era que Brown y Cellini no se hubiesen alejado en buen orden. Era simplemente que ninguno de ellos volvió a aparecer jamás ni se tuvo tampoco noticias.

Muy despacio abrió los ojos. Notaba terriblemente pesados sus párpados. Pero lo que podía juzgar de la presión del diván contra su piel, la gravedad era normal; no obstante, mover sus párpados le pareció casi una tarea imposible.

Después de larga concentración, logró tenerlos abiertos del todo. El chasis de instrumentos estaba directamente ante él, extendido sobre su diafragma a la altura de la articulación del codo. Aún sin mover nada excepto los ojos —y esos gracias a una sublime paciencia— comprobó cada uno de los instrumentos de medida. Velocidad: 22,4 c. Temperatura de operación: normal. Temperatura del navío: 37 grados centígrados. Presión del aire: 778 milímetros. Combustible: tanque núm. 1 lleno, tanque núm. 2 lleno, tanque núm. 3 lleno, tanque núm. 4 lleno nueve décimas partes. Gravedad: 1 g. Calendario: pagado.

Lo miró con atención, aunque sus ojos parecían enfocarse también muy despacio. Era, claro, algo más que un calendario... era un reloj para todo propósito, diseñado para mostrarle el paso de los segundos, también como los diez meses que su viaje se suponía que duraría hasta llegar a la estrella doble. Pero no había la menor duda: La manecilla segunda estaba inmóvil.

Aquello fue la segunda anomalía. Garrard no tuvo impulso de levantarse y ver si podía hacer funcionar de nuevo el reloj. Quizá la avería era temporal y no tenía importancia en el pasado. Inmediatamente sonó en su cabeza la sacudida que había estado taladrando su cerebro durante todo un mes, antes de que el viaje comenzase...

¡No te muevas!

No moverse hasta que conociese la situación, todo cuanto le permitiera el no hacer el menor movimiento. Fuese lo que fuese, lo que arrebató a Brown y Cellini irrecuperablemente más allá del conocimiento humano, tenía que ser algo potente y totalmente por encima de la anticipación. Ambos fueron hombres excelentes, inteligentes, llenos de recursos, adiestrados hasta el punto de

calcular con el error mínimo de un micrón... Los mejores hombres del proyecto. En sus navíos se efectuaron preparativos para cualquier problema que se pudiese presentar previsiblemente, lo mismo que también se hizo con el

DFC-3.

Por tanto, si no obstante había algo malo, debía ser de una esencia tal que golpease desde un distrito en cierto modo conocido... y que golpease una sola vez.

Escuchó el zumbido. Hasta era plácido y no muy alto, pero le conturbó hondamente. La superimpulsión debía ser inaudible y las cintas de los primeros vehículos de prueba sin tripulación no registraron aquel zumbido. El ruido no parecía interferir con el funcionamiento de la superimpulsión ni indicar ningún fallo en esta. Era sólo una irrelevancia para la que no pudo hallar razones de su existencia.

Pero tal razón existía. Garrard no intentó hacer más que inspirar otra vez cuando descubrió lo que era.

Increíblemente, se dio cuenta por primera vez que no había respirado ni una sola alenada desde que recuperó el conocimiento. Sin embargo, no sentía la menor incomodidad, pero aún contando con eso, el descubrimiento evocó un fogonazo abrumador de pánico que le hizo casi sentarse rígido en el diván de aceleración. Por fortuna —o casi— parecía después que el pánico comenzó a decrecer el curioso letargo que afectó a sus ojos y párpados parecía envolver todo su cuerpo entero, porque el impulso desapareció antes de que pudiese reunir la energía suficiente como para responder a él. Y el pánico, por muy agudo que fue durante un instante, resultó convertirse en algo totalmente intelectual. Al cabo de un momento, se encontró observando que su fracaso en respirar de ninguna manera le incomodaba por lo que hasta ahora podía decir que era sólo un hecho allí presente, que esperaba su explicación...

O que esperaba matarle.

Pero que todavía no lo había hecho.

Motores vibrando; párpados pesados; ausencia de respiración; calendario detenido. Los cuatro hechos sumados no daban nada

como resultado. La tentación de mover algo —incluso fuese el dedo gordo del pie— era fuerte, pero Garrard la reprimió. Había estado despierto sólo muy poco tiempo —media hora todo lo más— y ya tenía noción de cuatro anormalidades. Debería haber más, otras anormalidades más sutiles que esas cuatro; pero asequibles a un fácil conocimiento antes de que tuviese que moverse. No tenía nada particular que hacer, aparte de preocuparse de sus propios deseos; el Proyecto, en la posibilidad de un fracaso en regresar como el de Brown y Cellini, considerando que este fracaso pudiese producirse por manipular la superimpulsión, había hecho que todo el

DFC-3

estuviese sujeto sólo a un calculador electrónico. En el sentido real de las cosas, Garrard debía limitarse a viajar. Sólo cuando la superimpulsión quedase cortada podría entonces ajustar...

Pack.

Fue un ruido suave, de tono bajo, parecido al del corcho de una botella de vino al ser destapada. Su fuente semejaba estar a la derecha del chasis de control. Contuvo un súbito sobresalto de su cabeza en los cojines en la dirección del sonido, con un fuerte acto de voluntad. Despacio, movió los ojos en aquella dirección.

No pudo ver nada que pudiese haber causado el sonido. El dial de temperatura del navío no mostraba cambio que pudiera haber indicado que el ruido salió de una diferente reacción a la contracción o a la expansión... la única explicación posible que podía traer a su mente.

Cerró los ojos —un proceso que resultó ser tan difícil como había sido abrirlos— y trató de imaginarse el aspecto del calendario cuando salió de la anestesia por primera vez.

Después de conseguir una imagen clara y segura, Garrard volvió a abrir los ojos. El sonido procedió del calendario, avanzando la manecilla un segundo. Ahora estaba inmóvil de nuevo, en apariencia detenida.

No sabía normalmente cuanto tiempo tardaba la manecilla segundera en dar aquel salto; la cuestión era algo que no se había preguntado jamás. Ciertamente el salto, cuando se producía el fin de cada segundo, era demasiado rápido para que el ojo pudiese seguirlo.

Frustradamente se dio cuenta con todas sus facultades mentales,

que todo aquel proceso de pensamiento estaba costando mucho en términos de información esencial. El calendario se había movido.

Después de todo y antes que ninguna otra cosa, tenía que saber exactamente cuanto tiempo tardaría en volverse a mover...

Comenzó a contar, dejando un margen perdido arbitrario de cinco segundos. Uno y seis, uno y siete, uno y ocho... Garrard había llegado hasta ahí cuando se encontró lanzado en el infierno. Primero, y profundamente sin razón, un miedo enfermizo le recorrió las venas, haciéndose más y más intenso. Notó en las entrañas una especie de nudo, que se formaba con infinita lentitud. Todo su cuerpo se convirtió en un campo de pequeñas y lentas pulsaciones... que no sólo le sacudían, sino que colocaban a sus miembros en movimientos contrarios y convulsos y que hacían que su piel rozara suavemente por debajo de las ropas. Contra el fundido otro sonido se hizo audible un tronar casi subsónico que parecía estar dentro de su cabeza. Aún creció el miedo y con él vino el dolor y la inquietud... un enderezarse de sus músculos hasta hacerse como madera, particularmente en su abdomen y hombros, pero afectando sus antebrazos casi con igual pesadez. Se notó comenzando, muy gradualmente, a doblarse por la mitad, un movimiento sobre el que prácticamente no podía hacer nada... una clase terrible de parálisis dinámica...

Duró horas. A su altura, la mente de Garrard, incluso su propia personalidad, estaba limpia por completo; era sólo un navío de horror. Cuando unas cuantas pocas corrientes de razonamiento comenzaron a regresar por encima de aquel desierto quemante de emociones irrazonadas, descubrió que estaba sentado sobre el diván de aceleración y que con un brazo había hecho retroceder el chasis de control sobre su codo, de manera que ya no gravitase encima de su cuerpo. Sus ropas estaban húmedas de sudor, que tozudamente se negaba a evaporarse o a enfriarle. Le dolían algo los pulmones, aunque seguía sin poder detectar la respiración.

¿Qué demonios había pasado? ¿Fue aquello lo que mató a Brown y Cellini? Porque mataría también a Garrard... de eso estaba seguro, si sucedía con frecuencia. Le mataría incluso si tenía que ocurrir sólo dos veces más, si las dos cosas siguientes sucedían a la

primera estrechamente. Y como mínimo le convertirían, con sus defectos, en un cretino idiotizado; y aunque el computador electrónico pudiese devolver a Garrard y el navío a la Tierra, no sería capaz de decir al Proyecto lo que ocurrió con este tornado de miedo insensato.

El calendario dijo que la eternidad en aquel infierno duró tres segundos. Mientras lo miraba con académica indignación, emitió su Pack y descendió a hacer la duración total hasta cuatro segundos. Con sombría determinación, Garrard comenzó de nuevo a contar.

Cuidó de establecer el conteo en un plan, absoluto de igualdad, en un proceso automático que no se detuviese allá en el fondo de su mente, no importaba qué otro problema abordase, o qué tifón emocional tratase de interrumpirle. El contar compulsivo no puede ser detenido por nada... ni por los transportes de amor ni por un cúmulo de agonías. Garrard conocía el peligro de iniciar deliberadamente tal mecanismo en su cerebro, pero también sabía lo desesperadamente que necesitaba cronometrar aquel tictac del reloj.

Empezaba a comprender lo que le había pasado... pero necesitaba la medida exacta antes de utilizar ese conocimiento.

Claro que había habido especulación en abundancia sobre el efecto posible de la superimpulsión en el tiempo subjetivo del piloto, pero nada había llegado hasta aquel extremo.

Alguna velocidad por debajo de la luz, el tiempo subjetivo y objetivo eran exactamente iguales en lo que concernía al piloto.

Para un observador en la Tierra, el tiempo a bordo del navío parecía enormemente disminuido en la cercanía de la velocidad lumínica; pero para el propio piloto no habría cambio en apariencia.

Puesto que volar más allá de la velocidad de la luz era imposible —aunque por razones ligeramente distintas— tanto por la teoría de la nueva actividad como por las otras teorías corrientes, no se ofreció ninguna hipótesis que diese una pista a lo que ocurriría a bordo de un navío que traspasase la velocidad lumínica.

Las teorías actuales ni siquiera permitirían que existiese un navío de tal índole. La transformación a Haertel, en la que, en efecto, volaba el

DFC-3,

era no relativista: mostraba que un tiempo en apariencia alargado de un viaje translumínico, sería idéntico al tiempo del navío y al de los observadores de ambos extremos de dicho viaje. Pero puesto que navío y piloto eran parte del mismo sistema, ambos cubrían la misma expresión en la ecuación de Haertel, por eso no se le ocurrió jamás a nadie que el piloto y el navío pudiesen conservar tiempos distintos. La simple noción imaginativa de esto era ridícula.

Mil setecientos uno, mil setecientos dos, mil setecientos tres, mil setecientos cuatro. La nave conservaba tiempo-navío, que era idéntico al tiempo-observador. Llegaría al sistema Alpha Centauri dentro de diez meses. Pero el piloto consideraba tiempo-Garrard y empezaba a aparecer tan duro como si no llegase en absoluto.

Era imposible, pero allí estaba. Algo —casi con certeza un insospechado efecto lateral del campo de superimpulsión en el metabolismo humano, un efecto que naturalmente no podía ser detectado en las pruebas robot preliminares de la superimpulsión— había acelerado la presión subjetiva de Garrard acerca del tiempo y había hecho un trabajo total.

La manecilla segundera comenzó con un lento y preliminar estremecimiento mientras los interiores del calendario iniciaron la aplicación de potencia. Siete mil cuarenta y uno, siete mil cuarenta y dos, siete mil cuarenta y tres...

A la cuenta de siete mil cincuenta y ocho, el segundero comenzó a saltar hasta la graduación siguiente. Costó en apariencia varios minutos cubrir la pequeña distancia y varios más quedarse inmóvil por completo. Más tarde todavía, le llegó el sonido Pack.

En un pensamiento febril, pero sin ninguna agitación física real, su mente comenzó a manipular con las cifras. Puesto que le costaba más contar con un número individual, el número por tanteo se hacía mayor y en el intervalo entre dos tics del calendario estaban probablemente más cerca 7.200 segundos que 7.058. Una recapacitación le llevó rápidamente a la equivalencia que deseaba:

Un segundo en el tiempo-navío equivalía a dos horas en tiempo Garrard. ¿Había estado contando lo que eran para él dos horas completas? No parecía haber la menor duda en ello. Eso indicaba que tenía por delante un largísimo viaje.

La longitud de tal viaje le golpeó con una fuerza anonadadora. El tiempo había disminuido para él teniendo en cuenta un factor de

7.200. O sea que llegaría a Alpha Centauri precisamente dentro de 72.000 meses.

Lo que significaba... ¡Seis mil años!

2

Después de aquello, Garrard permaneció sentado inmóvil durante largo rato, la camisa Nessus impregnada de cálido sudor parecía tenerlo en un baño persistente, que se negaba incluso a enfriarse. Después de todo, no había prisa.

Seis mil años. Tendría comida, agua y aire para todo ese tiempo, o para sesenta o seiscientos mil años; el navío sintetizaría cuanto necesitase, en realidad, mientras durase el combustible y este combustible se originaba a sí mismo. Aún cuando Garrard consumiese una comida cada tres segundos de tiempo objetivo, o del navío, (lo que, comprendió de pronto, sería incapaz de hacerse porque le costaba a la nave varios segundos de tiempo objetivo el preparar y servir una comida una vez esta está) tendría suerte si lograba comer una vez al día, (tiempo-Garrard), no había motivo para tener escasez de suministros. Esa había sido una de las posibilidades previstas para evitar el desastre, por los ingenieros del proyecto que prepararon y diseñaron el DFC-3.

Pero nadie había pensado en proporcionar un mecanismo que indefinidamente repeliera a Garrard. Al cabo de seis mil años, no quedaría nada de él, excepto una débil película de polvo sobre el DFC-3,

es decir, sobre la superficie horizontal del navío. Su cadáver le sobreviviría un tiempo, puesto que el propio navío era estéril, pero eventualmente se vería consumido por las propias bacterias orgánicas que llevaba en su sistema digestivo. Necesitaba tales bacterias para sintonizar parte de sus necesidades de vitamina B mientras vivía, pero ellas le consumirían sin compasión, una vez hubiese dejado de ser una cosa tan complicada y delicadamente equilibrada como piloto... o como cualquier otra cosa clase de vida.

Garrard iba, en resumen, a morir antes que el DFC-3

hubiese llegado muy lejos del Sol; y cuando después de 12.000 años aparentes el

DFC-3

regresase a la Tierra, ni siquiera su momia estaría a bordo.

El escalofrío que le recorrió producido por lo que le parecía casi una aberración del pensamiento, producida después de descubrir cual eran sus posibilidades, duró una enormidad de tiempo y en sí mismo fue la fuente de un apremio y una excitación, no de la clase de emoción que debería sentir ante una virtual sentencia de muerte. Por fortuna no fue tan intolerablemente violento como la última convulsión emocional; y cuando hubo pasado, dos tics del reloj más tarde, dejó tras de sí un residuo de duda.

¿Supongamos que este efecto de prolongación del tiempo fuese sólo mental? El resto de su proceso corporal tenía aún que seguir conservando el tiempo del navío; Garrard no tenía inmediatas razones para creer otra cosa. De ser así, sería capaz de moverse solamente con arreglo al tiempo-navío, también; le costaría aparentemente muchos meses completar la más simple de las tareas.

Pero viviría, si ese era el caso. Su mente llegaría a Alpha Centauri seis mil años más vieja o quizá más loca, que su cuerpo, pero viviría.

Si, por otra parte, sus movimientos corporales iban a ser tan rápidos como su proceso mental, tendría que tener enorme cuidado. Le sería preciso moverse más despacio y ejercer la menor fuerza como le fuera posible. El movimiento normal de la mano humana, en un trabajo como el de levantar un lápiz, tomaba dicho lápiz desde un estado de descanso, para llevarlo a otro estado de descanso, impartándole una aceleración de unos dos palmos por segundo tras segundo... y claro, decelerándolo en la misma proporción. Si Garrard tenía intención de impartir el peso de un kilo, que estaba conservando tiempo del navío, una aceleración de unos 14.440 pies por segundo al cuadrado de su tiempo, tendría que ejercitar una fuerza de unos cuatrocientos kilos sobre dicho objeto.

La cuestión no era que no pudiese hacerse... sino que costaría tanto esfuerzo como empujar a un *jeep* atascado. Nunca sería capaz de adelantar ese lápiz sólo con los músculos del antebrazo; tendría que aplicar la fuerza de su espalda en ese trabajo.

Y el cuerpo humano no estaba diseñado para mantener indefinidamente esfuerzos de tal magnitud. Ni siquiera los más poderosos alzadores de pesos, profesionales, se veían obligados a mostrar su potencia durante cada minuto del día.

Pack.

Era de nuevo el calendario; otro segundo había pasado. Otras dos horas. Ciertamente había parecido más largo que un segundo, pero también más corto que dos horas. Evidentemente el tiempo subjetivo era una medida intensivamente recompilada. Incluso en este mundo de micro tiempo —en el que la mente de Garrard, por lo menos, parecía estar operando— podía hacer que los lapsos entre los tics del calendario pareciesen un poco más breves al interesarse activamente en algún problema de cualquier clase. Eso ayudaría, durante las horas de vela, pero ayudaría sólo si el resto de su cuerpo no conservaba el mismo tiempo que su mente. Si no era así, entonces llevaría una vida mental increíblemente activa, pero quizá no intolerable, durante los varios siglos de su tiempo de estar despierto. Y piadosamente estaría dormido durante casi un período igual.

Ambos problemas —el de cuánta fuerza podría ejercer con su cuerpo y cuanto tiempo podía esperar estar dormido en su mente— emergieron simultáneamente a la vanguardia de su consciencia mientras permanecía sentado inerte en el diván de aceleración, sus plazos y duraciones aún muy entremezclados. Después de un simple tic del calendario, el navío —o parte de lo que Garrard podía ver desde allí— se aposentaba en completa rigidez. El sonido de los motores, también, no parecía variar de frecuencia o amplitud, por lo menos por lo que sus oídos podían discernir. Seguía sin respirar. Nada se movía, nada cambiaba.

Era el hecho de que no lograba detectar movimiento de su diafragma o de su tórax lo que le decidió por fin. Su cuerpo tenía que estar conservando tiempo del navío, de otro modo se hubiese desmayado por falta de oxígeno y hubiese muerto asfixiado hacía rato ya. Esa presunción explicaba, también, las dos increíblemente

prolongadas oleadas de emoción, también en apariencia sin fuente de origen, a través de las cuales había estado sufriendo: No habían sido nada más ni nada menos que la respuesta de sus glándulas endocrinas a las reacciones puramente intelectuales que experimentó antes. Había descubierto que no respiraba, sintió entonces un fogonazo de pánico y trató de sentarse. Mucho después de que su cerebro hubiese olvidado aquellos dos impulsos ellos se deslizaron desde el cerebro a sus nervios y hasta las glándulas y músculos interesados, y entonces, el pánico físico entró en acción. Cuando hubo pasado se encontró sentado, aunque la corriente de granadina le impidió advertir el movimiento por el que cambió deposición. El último escalofrío —menos violento y en apariencia asociado con un descubrimiento de que podía morir mucho antes de que el viaje terminase— actualmente había sido la respuesta de su cuerpo a una orden mental efectuada mucho antes... la fiebre abstracta del interés que sintió mientras calculaba el tiempo diferencial por el que había respondido a las incitaciones.

Evidentemente, iba a tener que tener mucho cuidado con los impulsos intelectuales en apariencia fríos de cualquier clase... o lo pagaría más tarde con una reacción glandular prolongada y sobrecogedora. No obstante, el descubrimiento le produjo una considerable satisfacción y Garrard permitió que se desarrollase con libertad; con certeza no podría hacerle daño el sentirse complacido unas cuantas horas, y el plazo glandular podía incluso ser de ayuda, si le alcanzaba en la carrera que se desarrollaba en su organismo en un momento de depresión mental. Seis mil años, después de todo proporcionaba un número considerable de oportunidades para experimentar sensaciones y estados de ánimo de diversas clases; así que sería mejor encorajinar todos los momentos de placer y dejar que la postreacción durase tanto como pudiera. Habrían instantes de pánico, de miedo, de tristeza, que tendría que regular con firmeza nada más que apareciesen en su mente; en esos momentos Garrard se vería arrojado a cuatro, cinco, seis, quizá diez horas propias de infierno emocional.

Ahí estaba, lo que quedaba muy bien: acababan de transcurrir dos horas-Garrard sin virtualmente dificultad de ninguna clase y sin que él especialmente estuviera consciente de su paso.

Si pudiera reajustarse y acostumbrarse a esta clase de vivir, el viaje puede que no fuera tan malo como al principio se temió.

El sueño arrancaría porciones inmensas de él y durante los períodos de vigilia podría dedicarse a una infernal cantidad de tiempo para pensar creativamente. Durante un solo día de tiempo-navío, Garrard podía pensar más que cualquier filósofo en la Tierra durante toda una vida. Garrard era capaz, si se disciplinaba a sí mismo lo suficiente, de dedicar su mente durante un siglo a examinar las consecuencias de un simple pensamiento, hasta un último detalle y aún tener milenios de margen para seguir con la meditación de la idea próxima. ¿Qué panoplias de pura razón no podría haber reunido para el tiempo de los 6.000 años que tenía que pasar? ¡Con suficiente contracción, podría llegar a la solución del Problema del Mal entre el desayuno y la comida de un simple día de navío y al cabo de un mes también en la nave, podían hurgar con el dedo en la Primera Causa!

Pack.

No es que Garrard fuese lo bastante confiado como para esperar permanecer en estado lógico o incluso cuerdo a través de todo el viaje. El panorama era aún sombrío, en la mayor parte de sus detalles. Pero también estaban allí las oportunidades. Sintió momentáneamente el que no fuese Haertel, más que él mismo, quien hubiera tenido tal oportunidad...

Pack.

... porque el viejo podía haber hecho mejor uso de todo aquel tiempo extra de lo que haría sin duda Garrard. La situación exigía a alguien adiestrado en los más altos rigores de las matemáticas, para poder aprovecharse hasta el máximo, sin embargo y pese a todo, Garrard comenzó a sentir...

Pack.

... que extraería un buen resultado por sí mismo y eso le impulsó a

darse cuenta de que (en cuanto retuviese su cordura esencial) regresaría...

Pack.

... a la Tierra después de diez meses terrestres con conocimiento avanzado en muchos siglos más allá de cualquier otra cosa...

Pack.

... más adelantado de lo que supiese Haertel, o cualquier otro...

Pack.

... que tuviese que trabajar dentro de un tiempo normal de vida.

Pack.

La perspectiva general de todo aquello le impresionó.

Pack.

Incluso el tic del reloj parecía más animoso.

Pack.

Sintiose ahora estupendamente seguro Pack con respecto a la orden que se fijó así mismo Pack prohibiendo ser el movimiento Pack, puesto que en cualquier Pack acontecimiento él Pack ya se había Pack movido Pack sin Pack sufrir Pack el menor daño Pack Pak Pak Pak Pak pakpakpakpapakpakpak...

Bostezó, se desperezó y se levantó. No debería estar demasiado complacido, después de todo. Había muchísimos problemas que necesitaban su examen, tales como conservar el impulso hacia la consecución de la tarea según el tiempo del navío, mientras sus centros más altos seguían las ramificaciones de algún punto puramente filosófico. Y además... y además, acabó de moverse.

Más aún que eso; había realizado una complacida maniobra con su cuerpo en tiempo normal. Antes que Garrard mirase al propio calendario, el mensaje que había estado pulsando emitiendo hacia él, penetró en su mente. Mientras estuvo disfrutando la oleada glandular de su anterior sentimiento de satisfacción, no advirtió, al menos conscientemente, que el calendario estaba acelerándose.

Adiós, vastos sistemas éticos que abrumarían a la humanidad cuando los expusiera, dejando chicos a los griegos. Adiós, cálculos avanzados durante eones más allá incluso que las computaciones de

un cerebro electrónico. Adiós, cosmologías preparadas por Garrard, que permitirían un trabajo casi del Todopoderoso y también permitirían la comprensión de un campo de acción n-dimensional.

Adiós, también, a un proyecto que una vez trató de abordar en el colegio... describir y contar las posiciones del amor, del que, según el mito, suponía que deberían existir unas cuarenta y ocho. Garrard nunca pudo llegar más allá de veinte y acababa de perder posiblemente su última oportunidad de intentar de nuevo el raciocinio.

El microtiempo en el que había vivido acababa de desaparecer, sólo unos pocos minutos objetivos después de que el navío hubiese entrado en la superimpulsión y él hubiera salido de la anestesia. La larga agonía intelectual con su contrapunto glandular, quedaba reducida a la nada. Garrard ahora consideraba el tiempo del navío.

Garrard se volvió a sentar en el diván, incierto entre las sensaciones de amargura o alivio. Ninguna emoción le satisfizo al final; simplemente se sintió satisfecho. El microtiempo había sido bastante malo mientras duró; pero ahora que había desaparecido y todo parecía normal... ¿cómo pudo sobrevivir a una cosa que debió haber matado a Brown y a Cellini? Eran hombres estables, más estables, según su propia estimación particular, que el mismo Garrard. Sin embargo, él había sobrevivido. ¿Es que había algo más que aquello?

Y si lo había... ¿Qué, inconcebiblemente, podría ser?

No hubo respuesta. A su lado, en el chasis de control que él apartó durante el primer momento de infinito pánico, el calendario continuó con su tic tac. El ruido del motor había desaparecido. Su aliento vino y se fue con un ritmo natural. Se notó ligero y fuerte. El navío estaba quieto, tranquilo, inmutable.

El calendario siguió con su ritmo cada vez más rápido. Llegó y pasó la primera hora, tiempo del navío, del vuelo en superimpulsión.

Pack.

Garrard alzó la vista sorprendido. El ruido familiar, esta vez, había sido la manecilla horaria saltando una unidad. La unidad segunda estaba ya pasando la pasada media hora. La segunda giraba como una hélice... y mientras la miraba, aceleró todavía más hasta hacerse por completo invisible...

Pack.

Otra hora. La media hora había pasado ya. Pack. Otra hora. Pack. Otra. Pack. Pack. Pack, pack, pack, pack, pak-pak-pak-pak-pak-pak-pakpakpakpak... las manecillas del calendario giraban hacia la invisibilidad mientras el tiempo huía con Garrard. Sin embargo, el navío no cambiaba. Estaba allí, rígido inviolado, invulnerable. Cuando las saetas del reloj alcanzaron una velocidad a la que Garrard ya no pudo leer sus marcaciones, descubrió que una ver más no podía moverse... y eso, aunque su cuerpo entero parecía ligero como el de un pajarillo, impedía que nada coherente le llegase a través de sus sentidos. La habitación perdía luz, se convertía en más roja; o no, era...

Pero jamás vio el fin del proceso, nunca le fue posible mirar desde el pináculo del microtiempo hacia el que la superimpulsión de Haertel le estaba llevando.

3

La falsa muerte se apoderó de él primero.

Que Garrard no muriese por completo, y dentro de un tiempo comparativamente breve después de que el

DFC-3

hubiese entrado en superimpulsión, fue debido al accidente más casual; pero Garrard no lo supo. De hecho, no supo nada en absoluto durante un período indefinido, en el que permaneció rígido, con la vista fija, su metabolismo disminuido hasta la casi nada, su mente casi también profundamente inactiva. De vez en cuando, una simple ola de actividad metabólica a bajo nivel, le recorría —lo que un electricista pudo haber catalogado como «contacto de mantenimiento»— en respuesta a los apremios de alguna ansia oculta de supervivencia; pero estos eran tan básicos a la naturaleza que no podían ni llegar a su consciente en absoluto. Aquello resultó ser la seudomuerte.

Y sin embargo, cuando el observador llegó actualmente, Garrard despertó. Pudo sacar poquísimo sentido de lo que veía o sentía incluso ahora; pero una cosa resultaba clara: la superimpulsión había sido cortada, y con ella las pocas alteraciones en las

proporciones del tiempo y había una fuerte luz entrando en uno de los ventanales. La primera parte del viaje había pasado. Habían sido estos dos cambios en su medioambiente lo que le restableciera a la vida.

La cosa (o cosas) que le habían restaurado la conciencia en él, sin embargo, eran... ¿el qué? No tenía sentido. Era una construcción, bastante frágil, que por completo rodeaba su diván de aceleración. No, no era una construcción, sino evidentemente algo vivo... un ser viviente, organizado de una manera horizontal que se había dispuesto a sí mismo en círculo en torno a él. No, era un número de seres. Una condensación de todas estas cosas.

Cómo habían entrado en el navío era un misterio, pero el caso es que estaba allí. O allí estaban.

—¿Qué tal lo oye usted? —dijo la criatura bruscamente. Su voz o sus voces, vinieron con igual volumen de cada punto del círculo, pero no de un lugar particular. Garrard no pudo pensar en ningún motivo porque aquello fuese tan desusado.

—Yo... —dijo—. O nosotros... nosotros oímos con tus oídos. Mira. Su respuesta, con la inintencionada larga cadena de sonidos de vocales abiertas, sonó ridícula. Se preguntó porqué estaba hablando un lenguaje tan raro.

Nosotros —ellos— festejamos que hayas podido recuperarte tu-vosotros... de esta manera —dijo la criatura. Con estrépito un libro de la amplia biblioteca del

DFC-3
cayó a cubierta, junto al diván—. Nosotros festejamos de vez en cuando y todo lugar por una multitud. Tú eres el ser Garrard. Nosotros-ellos somos las masas clinestéricas, con todo el amor.

—Con todo el amor —repitió Garrard. El uso del lenguaje de aquel ser o seres que ambos hablaban era raro; pero de nuevo Garrard no encontró razón lógica para considerarle equívoco.

—¿Sois... sois tú-vosotros de Alpha Centauri? —dijo dudoso.

—Sí, percibimos tus radiocélulas gemelas, que se muestran para ir más allá de los orificios de regalo. Nosotros-ellos captamos que el ser-Garrard tenía y tiene mucha adoración por esos órganos gemelos y que tras ellos hay un cerebro, suave y fuerte por igual. ¿Cómo oyes?

Esta vez el ser-Garrard comprendió la pregunta.

—Yo soy de la Tierra —dijo—. Pero eso es muy suave y no se muestra.

—Sí —contestó el ser—. Es una armonía como la nuestra, aunque no al principio. Los todo-devotos escuchan a los amantes de allí, no con la radio-celes. Deja que

yo-mío

capte lo de

ti-tuyo

para que mis demás hermanos y amantes estén en contacto estrecho con el canal que es fragante para el ser-Garrard.

Garrard halló que le comprendía el discurso sin dificultad. Se le ocurrió un pensamiento de que para comprender un lenguaje en sus propios términos —sin traducirlo al inglés en su propio cerebro— se requiere una habilidad que sólo se consigue con dificultad y la larga práctica. No obstante, instantáneamente su mente dijo «Pero esto es inglés», lo que era cierto en realidad. La oferta de aquellos seres que se llamaban a sí mismos masas conglomeradas había sido hecha con una enorme sinceridad y él a su vez albergaba sólo pensamientos verdaderos de amor, para su propia delicia como para la de sus visitantes; pensamientos que emanaban de él sin necesidad de decirlo en palabras.

Después de aquello hubieron muchos aparcamientos de navíos y el ser-Garrard captó las armonías de los conglomerados, dejando su navío con una armonía precisa que penetraba por inconcebibles orificios y que portaba el amor de los Todo-Devotos, mientras que los conglomerados se mostraban ellos-suyos.

Trató, también, de decir cómo había salido hacia el amor por causa de la superimpulsión, que encerraba sólo espacios y tiempos y lo convertía todo en rasgos característicos. La asamblea de seres conglomerados festejó por tanto a la superimpulsión, pero él no captó una respuesta en él-ellos.

Entonces el ser-Garrard supo que todo el tiempo había sido devorado y que necesitaba volver a oír a la Tierra.

—Captaré para usted-vosotros el amor más pleno —dijo a los conglomerados—. Adoraré a los radioiceles de Alpha y próximo a Centauri, así en la Tierra como en el cielo. Ahora la superimpulsión

debe festejarme y ganarme y hacerme adorar una creación muy parecida al silencio.

—Pero a ti te volveremos a captar de nuevo —dijo el ser conglomerado—. Después de que hayas adorado a la Tierra. Eres muy apreciado por el Tiempo, por los Todos-Devotos. Nosotros-ellos esperaremos tu nueva venida.

Particularmente Garrard no tenía mucha fe, pero dijo:

—Sí, nosotros-ellos haremos un festejo nuevo con los seres conglomerados en alguna otra radiación. Con todo nuestro amor.

A esto el ser conglomerado hizo y emitió adoraciones y en su centro se cortó la superimpulsión para volverse a reanudar de inmediato. El navío con los infinitos orificios del regalo y el ser-Garrard

él-otro

vio cómo los radiocelos gemelos se alejaban.

Entonces, una vez más, vino la falsa muerte.

4

Cuando la velita se encendió en la infinita caverna de la seudomuerte de la mente de Garrard, el

DFC-3

estaba bien adentro de la órbita de Urano. Puesto que el sol era aún diminuto y distante, no se manifestó espectacularmente a través del cercano ventanal y nada le llamó sacándole de su sueño postmuerte durante cerca de dos días.

Los calculadores electrónicos le esperaban pacientemente. Ya no eran inmunes a su control; ahora podía manejar el navío y dirigirlo personalmente a la Tierra, si así lo deseaba. Pero los calculadores estaban bien diseñados para hacerse cargo del hecho en el caso de que él pudiese estar verdaderamente muerto para cuando el

DFC-3

volviese. Después de concederle toda una semana, durante la cual él no hizo nada más que dormir, volvieron a ocuparse de todo. Comenzaron a emitir señales de radio, sintonizadas a un canal especial.

Una hora más tarde, se recibió por respuesta una señal

debilísima. Era sólo direccional y no produjo ningún sonido dentro del

DFC-3...

pero fue suficiente para volver a poner en movimiento el enorme navío.

Eso fue lo que despertó a Garrard. Su mente consciente aún no estaba turbada sobre la helada espuma de la seudomuerte; y hasta cuanto podía ver, el interior de la cabina no había cambiado ni pizca, excepto por el libro caído de la estantería... El libro. Los seres conglomerados lo hicieron caer. ¿Pero qué diablos era un ser conglomerado? ¿Y qué es lo que él, Garrard, reclamaba? No tenía sentido. Se acordó confusamente de alguna clase de experiencia allí, junto a los gemelos de Centauri...

... los radiocelos gemelos...

Había otra de aquellas palabras. Parecía tener raíces griegas, pero él no sabía griego... y además, ¿por qué los centaurianos hablarían griego?

Se inclinó hacia delante y manipuló el conmutador que alzaría la persiana de la ventanilla delantera, en realidad era un telescopio con una pantalla visera translúcida. Mostró unas cuantas estrellas y un débil nimbo a un costado que podía ser el Sol. A la una en punto, en la pantalla apareció un planeta del tamaño de un guisante que tenía diminutas proyecciones, como mangos de cucharillas de té a cada lado. El

DFC-3

no había pasado Saturno en su camino de ida; en aquel tiempo el planeta estaba al otro lado del Sol con respecto a la ruta del navío estelar. Pero el planeta era inconfundible, imposible de tomar por otro.

Garrard iba de regreso a su casa... y estaba vivo aún y cuerdo. ¿Estaba cuerdo todavía? Aquellas fantasías acerca de los centaurianos —que aún parecían tener sobre él efectos de una profunda emoción— no apoyaban muy bien a la estabilidad de su mente.

Pero con rapidez se desvanecía. Cuando descubrió, aferrándose a los fragmentos más a mano de sus recuerdos que el plural de ser conglomerado era seres conglomerados, dejó de tomarse el problema en serio. Con toda evidencia una raza de centaurianos que

hablaban griego no se dedicaría a formar frases plurales latinas. Todo el asunto evidentemente había sido una creación de su semiinconsciencia.

¿Pero qué encontró junto a las estrellas de Centaurus?

No había respuesta a aquella pregunta, sino se consideraba como respuesta a un murmullo incomprensible acerca del amor, de los Todos-Devotos y de los seres conglomerados. Posiblemente, no llegó a ver en absoluto las estrellas de Centaurus, porque estuvo yaciendo allí, frío como un cadáver, durante veinte meses enteros.

¿O habían sido 12.000 años? Después de las jugarretas que la superimpulsión le había jugado con el tiempo, no había manera de decir cuál era en realidad la fecha objetiva. Frenéticamente Garrard puso en acción el telescopio. ¿Dónde estaba la Tierra? Al cabo de 12.000 años...

La Tierra estaba allí. Lo que comprendió rápidamente, no probaba nada. La Tierra vivía durante millones de años; 12.000 años no era nada para un planeta. La Luna también estaba allí; ambas eran plenamente visibles, cerca del lado lejano del Sol, pero no demasiado lejos como para no recogerlas con claridad, con el telescopio a su máxima potencia. Garrard incluso pudo ver una clara zona soleada sobre el océano Atlántico, no lejos de Groenlandia; evidentemente los computadores estaban llevando al DFC-3

a la Tierra desde unos 23 grados al norte del plano de la elíptica.

La Luna, tampoco había cambiado. Pudo incluso ver en su cara el enorme salpicón de blanco remedando el soleado océano terrestre, que era el hidróxido de magnesio del rayo de aterrizaje, enfocando sobre el Mare Vaporum durante los primeros días del vuelo espacial, con un manchón oscuro en el borde sur que sólo podía ser el cráter Monilius.

Pero tampoco eso demostraba nada. La Luna jamás cambiaba. Una película de polvo depositada por el hombre moderno en su superficie durante milenios... ¿después de todo, qué existía en la Luna capaz de originar una corriente de aire y borrarla? El Mare Vaporum, es decir su rayo, cubría más de 10.000 kilómetros cuadrados; el tiempo no lo disminuiría, el hombre tampoco podría borrarlo —bien accidentalmente, bien intencionadamente— en menos de un siglo. Cuando se polvorea una zona de ese tamaño en

un mundo sin atmósfera, el polvo permanece fijo.

Comprobó las estrellas con referencia a sus mapas. No se había movido; ¿por qué iba a moverse en sólo 12.000 años? Las estrellas de referencia seguían señalando a la polar. Draco, como un trozo fantástico de cinta, aparecía entre las dos Osas, y Cefeo y Casiopea, como siempre habían aparecido. Esas constelaciones dijeron sólo que era primavera en el hemisferio norte de la Tierra.

¿Pero primavera de qué año?

Entonces, de pronto, se le ocurrió a Garrard que tenía un método de hallar la respuesta. La Luna causa mareas en la Tierra y las relaciones son siempre iguales y opuestas. La Luna no puede mover cosas en la Tierra sin ser afectada en sí misma... y ese efecto aparece en el momento angular lunar. La distancia de la Luna de la Tierra aumenta de manera constante unos casi dos centímetros cada año. Al cabo de 12.000 años debería estar a unos 182 metros más alejada de la Tierra y la reacción es siempre igual y opuesta.

¿Era posible medir eso? Garrard lo dudaba, pero sacó sus instrumentos de todas formas y tomó mediciones. Mientras trabajaba, la Tierra se acercó más. Para cuando hubo acabado su primer cálculo que era inseguro de comprobar, la Tierra y la Luna estaban lo bastante cerca en el telescopio como para permitir unas medidas mucho más justas y precisas.

Lo que resultaba completamente innecesario, según comprobó con tristeza. El cerebro electrónico había traído al

DFC-3

no a un sólo observado planeta, sino simplemente a un punto calculado. Que la Tierra y la Luna no estuviesen cerca de ese punto cuando el

DFC-3

regresase era una conjetura que el calculador no podía efectuar. Que la Tierra fuese visible desde aquí, ya resultaba bastante bueno y prueba suficiente de que no había pasado más tiempo que el calculado desde el principio.

Esto apenas era nuevo para Garrard; lo tenía como grabado en el fondo de su cerebro. En realidad había estado haciendo los cálculos por un motivo, uno sólo: porque en lo hondo de su mente, ajustada para trabajar por sí sola, había un mecanismo que exigía que se contase. Hacía mucho tiempo, mientras estaba tratando de

cronometrar el tiempo del calendario del navío, inició un contoneo compulsivo... y parecía que había estado contando desde entonces.

Ese había sido uno de los peligros conocidos al provocar deliberadamente la actividad de tal mecanismo mental; y ahora fructificaba, en aquellos perfectamente inútiles ejercicios astronómicos.

La vista interior se cicatrizaba. Terminó con las cifras bruscamente y aquel zumbido interior de su cerebro dejó por último de contar. Había estado manejando el ábaco mental durante veinte meses y Garrard se imaginó alegre al ver que se retiraba, si suspendía la función contadora y él advertía un inmenso alivio.

Su rayo chirrió y dijo con ansiedad:

—DFC-3,

DFC-3.

¿Garrard, me oyes? ¿Estás vivo todavía? Todo el mundo está frenético aquí abajo. Garrard, si me oyes, ¡respóndenlos!

Era la voz de Haertel. Garrard cerró los divisorios tan convulsivamente, que una de las puntas se clavó en la palma de la mano.

—Haertel, estoy aquí. DFC-3 del Proyecto. Aquí Garrard —y luego, sin saber por qué, añadió—: Con todo el amor.

Haertel, después de que hubo pasado todo el bullicio, estuvo más que interesado en los efectos del tiempo.

—Eso con certeza aumenta la multiplicidad de lo que constituye mi trabajo —dijo—. Pero creo que tendremos que tenerlo en cuenta para la transformación. Quizá incluso factorizar lo que le iluminaría en cuanto concerniese al piloto. De todas maneras, ya veremos.

Garrard giró entre sus dedos el refresco que tenía mientras meditaba. En el viejo y atestado despacho de Haertel, el cobertizo de la administración del proyecto, se sentía extraño, viejo, comprimido, reducido. Dijo:

—Yo no creo que haré eso, Adolph. Me parece que así logré salvar la vida.

—¿Cómo?

—Ya te dije que me pareció morir al cabo de un rato. Puesto que volví a casa, desde entonces he estado leyendo; y he descubierto que los psicólogos se preocupan menos de la individualidad del psique humana que tú y yo. Nosotros dos somos científicos físicos,

así que pensamos en el mundo como algo exterior a nuestra dermis... algo que tiene que ser observado, pero que no altera el yo esencial. Evidentemente, esas viejas posiciones solipsísticas no son ciertas. Nuestras mismísimas personalidades, realmente, dependen en gran parte de todas las cosas a nuestro alrededor, grandes y pequeñas, cosas que existen más allá de nuestras dermis. Si por algunos medios que fueran posible hallar uno pudiese arrancar al ser humano de toda sensación e impresión que le venga del exterior, dejaría de existir como personalidad al cabo de dos o tres minutos. Probablemente moriría.

—Según dijo Harry Stack Sullivan —repuso con sequedad Haertel—. ¿Y qué?

—Pues —prosiguió Garrard— piensa en lo monótono que es el medio ambiente dentro de una espacionave. Todo resulta perfectamente rígido, quieto, inmutable, sin vida. En el vuelo ordinario interplanetario, con tal medio ambiente, incluso el más endurecido hombre espacial puede salirse de sus casillas de vez en cuando. Conoces tan bien como yo la psicosis típica de los viajeros espaciales, supongo. La personalidad del hombre se pone rígida, al igual que cuanto le rodea. De ordinario se recuperan en cuanto llega a puerto y toma contacto con el mundo más o menos normal.

»Pero en el

DFC-3

yo me vi cortado del mundo que me rodeaba de manera mucho más severa. No podía mirar por las ventanillas... iba en superimpulsión y ahí no hay nada que ver. No podía comunicarme con la patria porque iba mucho más de prisa que la luz. Y entonces descubrí que no podía tampoco moverme, durante un rato enormemente largo; y que incluso los instrumentos que están en cambio constante para el viajero espacial ordinario no parecían estar en movimiento con respecto a mí. Hasta ellos estaban fijos.

Después de que la proporción del tiempo comenzó a reanimarse, me encontré todavía en un encierro más imposible. Los instrumentos funcionaban, de acuerdo, pero se movían demasiado rápidos para que yo los leyera. Toda la situación estaba ahora infinitamente rígida... y, en efecto, morí. Me quedé helado tan sólido como el navío que me rodeaba y permanecí de ese modo mientras la superimpulsión estuvo en marcha.

—Por lo que muestra eso —dijo Haertel, con sequedad—, los efectos del tiempo no pudieron ser muy amigos tuyos.

—Pues lo fueron, Adolph. Mira, tus motores actúan en tiempo subjetivo; lo mantienen variando a lo largo de continuas curvas... desde muy despacio hasta excesivamente rápidos... y, supongo, vuelta a empezar de nuevo. Ahora, esto es una situación de cambio continuo. No estaba marcado lo suficiente, a la larga, para conservarme en la falsa muerte; pero sí lo bastante como para protegerme de morir del todo, que es lo que creo que les ocurrió a Brown y a Cellini. Sus hombres sabían que podían cortar la superimpulsión si llegaran a alcanzar el interruptor y se mataron a sí mismos al intentarlo. Pero yo sabía que no tenía más remedio que estar sentado y aceptarlo... y, por mi gran buena suerte tu variación sinuosa de la curva del tiempo hizo para mí que sobreviviese.

—Ajá —exclamó Haertel—. ¡Un punto que vale la pena considerar... aunque dudo que haga muy popular el viaje espacial!

Se quedó sumido en silencio y luego su boca se frunció. Garrard tomó un sorbo de su bebida.

Por último, Haertel dijo:

—¿Por qué estás tú molesto con esos centaurianos? Me parece que hiciste un buen trabajo. No es que resultes un héroe... cualquier estúpido puede ser valiente... pero también veo que pensaste donde Brown y Cellini evidentemente reaccionaron sólo. ¿Hay algún secreto en lo que hallaste cuando llegaste a esas dos estrellas?

—Sí —dijo Garrard—, lo hay. Pero ya te he dicho lo que es. Cuando salí de la falsa muerte, yo era una especie de palimpsesto de plástico en el que cualquier ser hubiese podido hacer una marca. Mi propio medio ambiente, mi ordinario ambiente terrestre, estaba infernalmente lejos. Cuando conocí los centaurianos —si lo hice, y no estoy muy seguro— ellos se convirtieron en la cosa más importante de mi mundo y mi personalidad cambió para acomodarse y comprenderles. Eso fue un cambio en el que no pude hacer nada en absoluto.

»Posiblemente les comprendí. Pero el hombre que les comprendió no era el mismo al que estás hablando ahora, Adolph. Estoy de regreso a la Tierra, y yo mismo tampoco conozco a aquel hombre. El incluso hablaba inglés de un modo que me produce escalofríos. Si no puedo comprenderme a mí mismo durante aquel

período... y es verdaderamente que no puedo; ni siquiera me será posible creer que aquel hombre era el Garrard que conozco... ¿qué esperanza tengo de poderte decir a ti o al proyecto lo que son centaurianos? Me encontraron en un medio ambiente controlado y me alteraron al entrar en él. Ahora que se han ido, nada penetra a través; ¡ni siquiera comprendo por qué pienso que ellos hablaban inglés!

—¿Y tenían ellos un nombre propio, los centauriones?

—Claro —contestó Garrard—. Eran los seres conglomerados.

—¿A qué se parecían?

—Jamás les vi.

Haertel se inclinó hacia delante.

—Entonces...

—Les oí. Creo —Garrard se encogió de hombros y volvió a dar un sorbo de *whisky* escocés. Estaba en su casa y se sentía complacido del todo.

Pero en su mente maleable oyó que alguien decía: Así en la Tierra, como el en Cielo; y luego, con otra voz, que podía también, haber sido la suya misma (¿por qué él ha pensado en «él-otro?»),

Es más tarde de lo que te piensas.

—Adolph —dijo—. ¿Está ya todo? ¿O vamos a seguir adelante desde aquí? ¿Cuánto tiempo te costará construir un navío espacial mejor que el mío?, ¿un DFC-4?

—Muchos años, muchos años —contestó Haertel, sonriendo con amabilidad—. No te muestres ansioso, Garrard. Has vuelto, que es mucho más de lo que consiguieron los otros y nadie te pedirá que vuelvas a salir de viaje. En realidad, creo que es puramente improbable que construyamos otro navío durante el tiempo que te reste de vida; incluso si lo hacemos, será pronto para lanzarlo al espacio. Realmente tenemos escasa información acerca de lo que has encontrado por allá fuera.

—Iré —dijo Garrard—. No tengo miedo de volver... me gustaría ir. Ahora que se cómo el DFC... se comporta, podría despegar de nuevo, traerte mapas adecuados, cintas, fotos.

—¿De veras crees que podríamos dejar que saliese de nuevo el DFC-3?

—dijo Haertel con el rostro serio—. Garrard, vamos a desmontar ese vehículo, prácticamente molécula por molécula; ese es el trabajo preliminar para construir un DFC-4.

Y no podemos dejarte ir. Mi intención no es ser cruel, pero ¿se te ha ocurrido a ti que ese deseo de volver puede ser el resultado de alguna clase de sugestión posthipnótica? Si es así, cuanto más desees volver, más peligroso para nosotros serás. Vamos a hacer que te examinan tan enteramente como examinaremos al navío. Si esos seres conglomerados quieren que vuelvas, deben tener un motivo... y queremos conocer ese motivo.

Garrard asintió, pero se dio cuenta de que Haertel podía ver el ligerísimo movimiento de sus cejas y las arruguitas que se formaron en su frente, las contracciones de los músculos pequeños que contenían la emisión de las lágrimas sólo para hacer patente en el resto de su cara el sufrimiento y la pena que sentía.

—En resumen —dijo—. No te muevas.

Haertel pareció educadamente turbado. Garrard sin embargo, no pudo decir más. Había vuelto al tiempo común de la humanidad y nunca se apartaría de él otra vez. Ni siquiera, pese a la promesa débilmente recordada, con todo lo que quedase en él de amor.

UNA OBRA DE ARTE

Al instante se acordó del morir. Lo recordó, sin embargo, como de segunda mano..., como si estuviese acordándose de una memoria, más que de un acontecimiento actual; como si él mismo no hubiese estado allí cuando se moría.

Sin embargo, el recuerdo pertenecía por completo a su propio punto de vista, no al de algún observador destacado y fuera del cuerpo que pudo haber sido, por ejemplo, su alma. Casi había estado consciente en su mayoría de los desiguales movimientos y estertores del aire en su pecho. Enturbiándose con rapidez, el rostro del doctor se inclinó sobre él, se hizo mayor y más próximo y luego desapareció mientras la cabeza del médico pasaba por debajo de su cono de visión, se volvía de lado para escuchar el sonido de sus pulmones.

Se hizo todo rápidamente más oscuro y luego, sólo entonces, se dio cuenta de que aquellos iban a ser sus últimos minutos. Había tratado con dificultad de pronunciar el nombre de Pauline, pero su memoria no guardaba registro alguno de sonido, sólo el estertor de la respiración y la película neblinosa que se espesaba en el aire, borrando todo al momento.

Sólo un instante y luego la memoria había pasado. La habitación brillaba de nuevo y el techo, advirtió con extrañeza, se había vuelto de un color verde suave. La cabeza del doctor se alzó nuevamente y le miró.

Era un doctor distinto. Este resultaba mucho más joven, con un rostro escéptico y unos ojos relucientes casi febriles. No había la menor duda. Uno de esos últimos pensamientos conscientes que tuvo, fue el de gratitud por el médico que atendía, allí al extremo, un médico que no fue el que en secreto le odiaba por sus antiguas

asociaciones con las jerarquías Nazis. En su lugar el doctor que le cuidaba tenía una expresión gastada y divertida, propia de aquel experto Suizo llamado en el lecho de muerte de un hombre eminente; una mezcla de preocupación ante la perspectiva de la pérdida de tan ilustre enfermo, y de complacencia al pensar que, a la edad del anciano, nadie culparía a este doctor si se moría. A los 85 años la neumonía es una cosa seria, con o sin penicilina.

—Ahora se encuentra usted del todo bien —dijo el nuevo doctor, librando la cabeza del paciente de una serie completa de pequeños electrodos de plata que estaban aplicados al cráneo gracias a una especie de redecilla—. Descanse un momento y trate de tranquilizarse. ¿Sabe usted su nombre?

Respiró con precaución. Nada parecía obstaculizar ahora sus pulmones; es más, se sentía positivamente saludable.

—Claro —contestó, un poco confuso—. ¿Y usted sabe el suyo?

El doctor sonrió con picardía.

—Parece ser que ha recuperado su genio —dijo. Me llamo Barkun Kris; soy un escultor de mentes. ¿Y usted?

—Richard Strauss.

—Muy bien —contestó el doctor Kris y se volvió. Strauss, sin embargo, estaba ya particularizado por una nueva singularidad. Strauss es también en alemán una palabra; tiene muchos significados... ostra, ramillete; von Wolzogen pasó muchísimo tiempo trabajando en todos sus posibles significados cuando escribía el libreto de *Feuersnot*. Y ocurrió que era la primera palabra alemana pronunciada bien por él mismo o por el doctor Kris desde aquel momento de muerte, dos veces ocurrido. El idioma no era ni francés ni italiano. Se parecía mucho al inglés, pero no al inglés que Strauss conocía; sin embargo, no encontraba dificultad en hablarlo ni siquiera en pensar en dichos términos de lenguaje.

Bueno, pensó, después de todo aún podré dirigir *El Amor de Dafne*. No todos los compositores pueden estrenar su propia ópera después de muerto. Sin embargo, había algo raro en todo aquello... lo más rarísimo de todo era la convicción, que no se disiparía, de que en realidad había estado muerto durante breve tiempo. Claro que la medicina estaba efectuando grandes progresos, pero...

—Explíqueme todo esto —dijo, levantándose sobre el codo. La cama también era distinta y casi no tan cómoda como aquella en

que murió. En cuanto a la habitación, parecía más el albergue de una dinamo eléctrica que el cuarto de un enfermo. ¿Acaso la medicina moderna se ocupaba en revivir cadáveres en el suelo de la planta generadora de energía de las Siemens-Schukert?

—Dentro de un momento —dijo el doctor Kris. Acabó de empujar lo que Strauss impacientemente creyó que era una máquina hasta su sitio y cruzó acercándose a la cama—. Vamos. Tendrá usted que admitir muchas cosas sin tratar de comprenderlas, doctor Strauss. No todo el mundo de hoy es explicable en términos de sus presunciones. Por favor, métase eso en la cabeza.

—Muy bien. Adelante.

—La fecha —dijo el doctor Kris—, es el año 2161, según su calendario... o, en otras palabras, han pasado ahora doscientos doce años después de su muerte. Naturalmente, se dará usted cuenta de que en este tiempo nada queda de su cuerpo excepto los huesos. El organismo que ahora tiene fue entregado voluntariamente para que usted lo utilizase. Antes de que se mire en el espejo para ver qué aspecto tiene, recuerde que hay una diferencia entre el que solía usted ser, al que es ahora, y precisamente en su favor. El cuerpo que ahora tiene goza de perfecta salud, no es desagradable de ver para las otras personas y su edad fisiológica oscila entre los cincuenta años.

¿Un milagro? No, seguramente no en aquella nueva época. Era simplemente una obra de la ciencia. ¡Pero qué ciencia! Era la aspiración eterna de Nietzsche y la inmortalidad del superhombre combinado todo en una pieza.

—¿Y en dónde estoy? —dijo el compositor.

—En Port York, que forma parte del estado de Manhattan, en los Estados Unidos. Usted encontrará el país menos cambiado en algunos aspectos, de lo que me imagino. Otros cambios, claro, le parecerán radicales; pero me es difícil predecir cuáles le sorprenderán de ese modo. Usted, por su parte, necesitará cultivar una cierta dosis de acomodación.

—Comprendo —contestó Strauss, sentándose—. Una pregunta, por favor, ¿es posible todavía que un compositor se gane la vida en este siglo?

—Naturalmente que sí —dijo el doctor Kris, sonriendo—. Esperamos que usted lo logre. Es uno de los propósitos por lo que le

hemos... vuelto a traer.

—Entiendo, pues —dijo Strauss, con cierta sequedad—, que todavía hay una demanda de mi música. Los críticos, en los viejos tiempos...

—No es eso exactamente —repuso el doctor Kris—. Tengo entendido que parte de sus obras siguen tocándose, pero francamente conozco muy poco acerca del estado actual de la música. Mi interés es más...

En algún lugar se abrió una puerta y otro hombre entró. Era mayor y más ponderado que Kris y tenía un cierto aire académico; pero también llevaba la rara bata de cirujano y miró al paciente de Kris con los ojos relucientes de un artista.

—¿Un éxito, Kris? —dijo—. Felicidades.

—Todavía no están en orden —contestó Kris—. Lo que cuenta es la prueba final. Doctor Strauss, si se siente lo bastante fuerte, al doctor Seirds y a mí nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas. Queremos estar seguros de que su memoria es clara.

—Seguro. Adelante.

—Según nuestros archivos —dijo Kris—, conocía usted una vez a un hombre cuyas iniciales eran RKL; eso fue cuando usted dirigía la Staatsoper de Viena —pronunció la doble A por lo menos dos veces demasiado larga, como si el alemán fuese un idioma muerto y él tratase de pronunciarlo con alguna especie de acento «clásico»—. ¿Cómo se llamaba y quién era?

—Debería ser Kurt List... su nombre propio era Richard, pero no lo utilizaba. Era ayudante del director de escena.

Los dos médicos se miraron mutuamente.

—¿Por qué se ofreció usted a escribir una nueva obertura a la mujer sin sombra y entregar el manuscrito a la ciudad de Viena?

—Porque así no tendría que pagar el impuesto de alojamiento en la villa de María Teresa que ellos me concedieron.

—En el patio posterior de su casa de Garmisch-Partenkirchen había una tumba. ¿Qué estaba escrito en la lápida?

Strauss frunció el ceño. Aquello era una pregunta que se sentiría muy feliz si no la respondía. Si uno jugaba con bromas infantiles con respecto a sí mismo, mejor es no grabarlas en una piedra funeraria y colocarla donde no se pueda dejar de ver cada vez que se va a sacar el Mercedes.

—Dice —replicó cansino—: Consagrada a la memoria de Guntram, Minnesinger, muerto de manera horrible por la propia orquesta sinfónica de su padre.

—¿Cuándo se estrenó Guntram?

—En... déjeme que recuerde... creo que en el año 1894.

—¿Dónde?

—En Weimar.

—¿Quién era la «prima donna»?

—Pauline de Ahna.

—¿Qué fue de ella después?

—Me casé con ella es... —comenzó ansiosamente Strauss.

—No —dijo el doctor Kris—. Lo siento, pero carecemos de datos para reconstruir gente más o menos ordinaria.

El compositor suspiró. No sabía si preocuparse o no. Había amado a Pauline, claro; por otra parte, sería agradable poder vivir la nueva vida sin verse obligado a quitarse los zapatos cada vez que se entrase en casa, para no arañar los pulimentados tableros del suelo. Y también, quizá, agradable llegar a las dos de la tarde sin oír la sempiterna cantinela de Pauline: ¡Richard!... ¡jetzt komponiert!

—Sigán con las preguntas —dijo.

Por razones que Strauss no comprendió, pero que se mostró satisfecho admitiéndolas, se había separado del doctor Kris y Seirds en cuanto ambos estuvieron satisfechos de que la memoria del compositor era digna de confianza y su salud estable. Su hacienda, según le dieron a entender, hacía mucho tiempo que se arruinó —una lástima porque fue una de las principales fortunas de Europa—, pero le iban a dar bastante dinero como para buscarse un alojamiento y reanudar la vida activa. Se le proporcionaron también cartas de presentación que resultaron valiosas.

Costó más de lo que había esperado ajustarse a los cambios que habían tenido lugar en el campo de la música. La música era, comenzó rápidamente a sospechar, un arte moribundo, que pronto estaría al nivel no muy superior al de un macizo de flores del jardín, en lo que había sido su propio siglo. Con certeza no podía denegarse de que tendía hacia la fragmentación, ya visible en su época, llegando casi hasta la complexión final en el año 2161. No prestó más atención a las melodías populares americanas, que laque se había dignado prestar en su vida anterior. No obstante, era

evidente que su método de producción estilo cadena de montaje — todos los compositores de balada utilizaban abiertamente un mecanismo al estilo de regla de cálculo al que le llamaban «máquina de los éxitos»—, ahora tenían sus contrapartidas casi a través de la música seria.

Los conservadores de aquella época, por ejemplo, eran los compositores de tonadillas de tres al cuarto —siempre, en opinión de Strauss, una pandilla secamente mecánica—, pero nunca más que en estos momentos. Sus dioses —Berg, Schoenberg, von Vevern—, estaban considerados por el público asistente a los conciertos como grandes maestros, quizá en el lado abstruso, pero tan dignos de reverencia como cualquiera de los Tres B*.

Había sin embargo, una ala de conservadores que mejoraba el procedimiento de composición de tonadillas. Estos hombres componían lo que se llamaba «música estocástica», formada escogiendo cada nota individual, mediante consulta con cifras de números colocados al azar. Su biblia, su texto básico, era un volumen llamado Estética Operacional, que a su vez derivaba de una disciplina llamada teoría de la información y ni una palabra de ella parecía rozarse con ninguna de las técnicas y costumbres de composición que conocía Strauss. El ideal de este grupo era producir música que fuese «universal» —es decir, enteramente desprovista de ningún rastro de la individualidad del compositor—, por completo una expresión musical de las leyes de la Posibilidad.

Las leyes de la Posibilidad parecían tener un estilo propio, de acuerdo; pero para Strauss eso parecía el estilo de un niño idiota al que se le dejase aporrear un piano desafinado, para tenerle entretenido y no cometiese otras travesuras.

Con mucho, el cuerpo mayor del trabajo se producía, sin embargo, en lo que se podía llamar categoría de «música-ciencia». El término nada reflejaba excepto los títulos de las obras, que trataban del vuelo espacial, del viaje a través del tiempo y otros asuntos de una naturaleza romántica o improbable. No había nada cuanto menos científico en aquella música, que consistía en una mezcla de clichés e imitaciones de sonidos naturales, que horrorizaron a Strauss al ver la imagen distorsionada y diluida de su propia época.

La forma más popular o música ciencia, era una composición de

nueve minutos llamada concierto, aunque no se parecía en absoluto a la clásica forma de concierto; era en su lugar una especie de libro rapsodia según las Rachmaninoff... un según muy relativo. La más típica —canción del «Espacio Profundo», era su título, la escribió alguien llamado H. Valerion Krafft— comenzaba con un asalto vigoroso del tam tam, después del cual todas las cuerdas subían por la escala unísono, seguidas a respetable distancia por el arpa y un clarinete en un paralelo de 6/4. En lo alto de la escala se les unían los címbalos, lo más fuerte posible, y la orquesta entera se lanzaba a una especie de melodía quejumbrosa «mayor-menor»; toda la orquesta, es decir, excepto los cuernos franceses, que se lanzaban escala abajo de nuevo, en lo que evidentemente se suponía fuese una contramelodía. La segunda frase del tema era recogida por un solo de trompeta con una sugerencia de trémolo; la orquesta volvía muriendo a sus raíces para esperar el próximo estallido y en aquel punto —como un niño de cuatro años podía haber predicho—, el piano entraba con el tema segundo.

Detrás de la orquesta había en pie un grupo de unas treinta mujeres, preparadas a entrar en un coro sin palabras que pretendía sugerir la fantasmal aparición del Espacio Profundo... pero en este punto, también, Strauss había aprendido ya a levantarse y marcharse. Al cabo de unas cuantas experiencias de esa clase celebró una reunión en el recibidor de Sindi Noniss, el agente a quien el doctor Kris le había presentado y que se ocupaba de recomponer el punto de vista del compositor... cosa que estaba muy lejos de conseguir. Sindi había llegado ya a esperarse esas escapadas por parte de su cliente y con paciencia las esperaba, de pie bajo un busto de Gian Carlo Menotti; pero cada vez le gustaba menos y últimamente le recibió volviéndose de manera alternativamente rojo y blanco como el cartel de muestra de un antiguo barbero.

—No debía haberlo hecho —estalló, después del incidente Krafft—. Puede marcharse en mitad de una nueva composición de Krafft. Ese hombre es el presidente de la Sociedad Interplanetaria de Música Contemporánea. ¿Cómo voy a convencerles de que es usted un contemporáneo si sigue despreciándoles?

—¿Y eso qué importa? —contestó Strauss—. No me conoce ni de vista.

—Se equivoca; le conoce muy bien y están vigilando cada

movimiento que hace usted. Es usted el primer compositor mejor que los escultores de mentes pudieron conseguir jamás, y la SIMC se alegraría de volverlo al punto de partida con un billetito denegando su admisión.

—¿Por qué?

—Oh —exclamó Sindi—, hay montones de razones. Los escultores son unos presumidos; lo mismo que los chicos de la SIMC. Cada uno de ellos quiere demostrar al otro que su propio arte es el rey absoluto. Y entonces tenemos la competición; sería más fácil hacerle fracasar a usted que dejarle que entrase en el mercado. En realidad creo que sería mejor que volviese a entrar. Podría poner alguna excusa...

—No —respondió Strauss lacónico—; tengo trabajo que hacer.

—Pues ese es el punto, Richard. ¿Cómo va usted a hacer que le estrenen una ópera sin los del SIMC? Eso no es como escribir numeritos cortos y solos, algo que no cueste tanto...

—Tengo trabajo que hacer —repitió y se fue.

Y lo hizo: Un trabajo que le absorbió como ninguno otro proyecto durante los últimos treinta años de su antigua vida. Apenas su pluma había rozado el papel pautado —ambas cosas fueron difícilísimas de hallar— cuando se dio cuenta de que nada de su larga carrera le había proporcionado piedras de toque por las que juzgar qué música tendría que escribir ahora.

Los viejos trucos acudieron a su mente a millares, seguro: los súbitos inesperados cambios de clave en la cresta de la melodía; la prolongación de las pausas; el apiadarse de cuerdas divididas, jugando con los altos armónicos, sobre la cima máxima de un clímax; la persecución y el rebullir de las frases que pasaban como relámpagos de un coro de orquesta a otro; los brillantes destellos del metal, la risilla de los clarinetes, las desdeñosas mezclas de colores para destacar la tensión dramática... todos los trucos.

Pero ninguno de ellos ahora le satisfacía. La mayor parte de su vida anterior estuvo contento con estas triquiñuelas y con ellas organizó una cantidad impresionante de trabajo. Pero ahora, era el momento de comenzar de nuevo. Además, alguno de estos trucos le repelían activamente: ¿Dónde había conseguido la noción, pendiente durante décadas, de que los violines gritaban al unísono en algún lugar de la estratosfera, formando un sonido lo bastante

interesante como para que valiese la pena de repetirlo dentro de una singular composición, dejándoles a ellos solos la mayor parte del tiempo?

Y nadie, pensó contento, se aproximó jamás a un nuevo principio mejor equipado. En adición al pasado que yacía asequible en su recuerdo, siempre tuvo una sólida formación técnica; incluso los críticos le reconocían ese valor. Ahora que estaba, en cierto sentido, componiendo su primera ópera —¡su primera, después de otras quince!— tenía todas las oportunidades del mundo de lograr una obra maestra.

Y esas eran sus intenciones.

Había, claro, muchas distracciones menores. Una de ellas, fue aquella búsqueda de anticuado papel pautado y una pluma y tinta con que escribir. Muy pocos de los compositores modernos describían su música. Una buena cantidad utilizaba cinta sonora, reuniendo juntos trocitos de tono y fragmentos sonoros de otras cintas, superponiendo una cinta a otra y variando los resultados mediante el manejo casi al capricho, de una serie de mandos en los dispositivos electrónicos reproductores. Casi los compositores de 3-V,

por otra parte, escribían sobre la pista misma de sonido, una escritura rápida y garabateada de líneas singulares que, cuando pasaban a través de un circuito auditivo fotocelular, producía un ruido razonablemente parecido a una orquesta que tocara música, con súper-tonos y todo lo demás.

Los conservadores más rezagados que hoy escribían sobre el papel, lo hacían con la ayuda de una máquina de escribir musical. El chisme, tuvo que admitir Strauss, parecía el fin perfeccionado: tenía registro como un órgano y no era mucho mayor que el doble de una máquina de escribir corriente, produciendo una página limpia y perfecta. Pero él estaba satisfecho con sus manuscritos altamente legibles y se negó a abandonar el sistema, por desgracia, porque sólo logró conseguir una plumilla y tuvo que remendarla muchas veces al gastarse. No obstante, esto le servía de ayuda para sentirse ligado por el pasado.

Unirse a la SIMC también le produjo algunos malos momentos, incluso después que Sindi hubo trabajado por él en torno a los grupitos políticos influyentes. El miembro de la sociedad que le

examinó sus calificaciones para admitirle en el ingreso, le hizo una serie de preguntas sin mostrar más interés que el que desplegaría un veterinario que examinase la milésima ternera enferma de su carrera.

—¿Tiene algo publicado?

—Sí, nuevos poemas sinfónicos, unas trescientas canciones, un...

—No cuando usted vivía —dijo el examinador, en cierto modo despreciativo—. Me refiero desde que los escultores le volvieron, a reconstruir.

—Desde que los escultores... ah, comprendo. Sí, un cuarteto de cuerda, dos ciclos de canciones, una...

—Bien. Alfie, escribe «canciones». ¿Toca algún instrumento?

—Piano.

—Hum —el examinador se estudió las uñas—. Oh, bueno. ¿Lee música? ¿Usa usted «escritora», o recortes de cinta? ¿O la máquina?

—Leo.

—Tome —el examinador hizo que Strauss se sentase delante de un visor de proyecciones. Sobre la iluminada superficie comenzó a aparecer la cinta sin fin de un papel traslúcido. En el papel había una pista de sonido inmensamente ampliada—. Sílbeme la melodía de eso y enumere los instrumentos que la hacen sonar.

—Yo no leo ese Musikstichelí —dijo Strauss con frialdad—, ni tampoco la escribo. Utilizo la notación normal, en papel de música.

—Alfie, escribe: «sólo lee notas» —colocó una hoja de papel de música impreso en el objetivo del visor—. Sílbeme eso.

«Eso» resultó ser una melodía popular llamada de «Émbolos, bombas de achique y despreciables pagos a plazos», que se escribió con una «máquina de éxito» en el año 2159 por un político guitarrista que la cantaba durante sus campañas electorales. (En algunos aspectos, reflexionó Strauss, los Estados Unidos no habían cambiado mucho). Se hizo tan popular que cualquiera hubiera podido silbarla por el título sólo, aunque no supiese leer música. Strauss la silbó y demostró su buena fe añadiendo:

—Está en el tono de Si be mol.

El examinador se acercó hasta el piano de color verde, tipo vertical, y dio a una de las grasientas teclas negras. El instrumento estaba terriblemente desafinado —la nota se hallaba mucho más cerca al normal La de 440 ciclos por segundo que al Si bemol—,

pero el examinador dijo:

—Eso mismo. Alfie, escribe: «también distingue bemoles». Está bien, hijo, queda usted admitido. Me alegro de tenerle con nosotros; no mucha gente sabe leer ya esa notación antigua. La mayor parte se creen demasiado buenos para rebajarse tanto.

—Muchas gracias —dijo Strauss.

—Mi opinión es que si la notación era buena para los viejos maestros, también tiene que serlo para nosotros. Me parece que en estos días no tenemos gente como ellos. Excepto el doctor Krafft, claro. Eran «grandes» en la antigüedad... hombres como Shilkrit, Steiner, Tiomkin y Pearl... y Wilder y Jansen. Tíos grandes.

—Sí, de lo más tirado —contestó educadamente Strauss.

Pero el trabajo prosiguió. Ahora de obritas pequeñas iba ganando algo. La gente parecía demostrar un interés especial por un compositor que había salido de los laboratorios de los escultores mentales; y además del propio material, Strauss estaba del todo seguro, las melodías que componía tenían méritos suficientes para ayudar a su venta.

Sin embargo, lo que contaba era la ópera. Bajo su pluma crecía y crecía, tan fresca y nueva como su nueva vida, tan fundada en conocimiento y madurez como su largo recuerdo completo. Al principio resultó difícil hallar un libreto. Aún cuando era posible que algo bueno existiese entre los guiones corrientes para los compositores de

3-V

—aunque Strauss lo dudaba— se halló incapaz de decir qué era bueno y qué era malo de entre todo aquel conglomerado, producido gracias a instrucciones técnicas incomprensibles para su mentalidad. Eventualmente, y sólo por tercera vez en su carrera, tuvo que buscar una obra escrita en idioma distinto al suyo que —por vez primera— decidió aceptarlo en ese lenguaje.

La obra era original de Christopher Fry y se titulaba «Venus observada», que en todos los sentidos constituía un perfecto libreto de ópera para Strauss como comprendió gradualmente. Aunque se la llamaba comedia, con una trama compleja en su farsa, era una obra en verso de considerable profundidad y cierto número de personajes en ella estaban reclamando a voz en grito música en tres dimensiones, además de la subcorriente fortísima de tragedia

otoñal, tragedia inmanente en el libreto, precisamente de la clase de mezcla contradictoriamente dramática con la que von Hofmannsthal le obsequió al entregarle el libro de *El Caballero de la Rosa*, *Ariadne en Naxos*, y *Arabella*.

Hay, qué lástima no tener ahora un buen Hofmannsthal, aunque allí había una comedia ya olvidada que parecía casi un regalo y cuyas oportunidades musicales eran inmensas. Se tenía, por ejemplo, el fuego conque terminaba el acto dos; ¡qué regalo para un compositor a quien la orquestación y el contrapunto eran tan importantes como el aire y el agua! ¡O se podía tomar en el momento en donde Perpetua hace saltar de un disparo la manzana en la mano de un duque; en aquel momento una sola pasada de referencia podía añadir el marmóreo *Guillermo Tell* de Rossini a la textura musical, formando una especie de nota al pie con ribetes de ironía! Y el parlamento del duque con que caía el telón y que comenzaba:

¿Debo lamentarlo por mí mismo? En nombre de la inmortalidad. Lo lamentaré por mí. Ramas y matorrales. Pardas colinas, valles débiles de bruma, Un incendio en el lago...

Allí había un parlamento para un gran actor trágico, de alma de Falstaff; la conjunción final de risa y lágrimas, puntuada por los somnolientos comentarios de Reedbeck, a cuyos sonoros ronquidos (trombones, no menos de cinco, ¿con sordina?), la ópera terminaría suavemente...

¿Qué podía haber mejor? Y sin embargo, se había tropezado con la obra sólo por la más probable sucesión de accidentes. Al principio su plan era tomar una farsa descacharrante, al estilo de la mujer silenciosa, sólo para ponerse a tono él mismo. Recordando que Zweig levantó aquel libreto en los viejos tiempos, sacándolo de una comedia de Ben Jonson, Strauss comenzó a buscar obras inglesas del período posterior a Jonson y pronto tropezó con terribles muestras de versos heroicos, una de ellas llamada *Venecia defendida*, por un tal Thomas Otway. La obra de Fry siguió directamente a la de Otway en el fichero catálogo y la miró al principio con curiosidad; ¿por qué utilizaría un escritor del siglo xx el título de una obra más adecuada al siglo XVIII?

Después de leer dos páginas de la obra de Fry, desapareció toda duda y captó la obra en su interés. Volvía a tener suerte; entre las

manos poseía una ópera.

Sindi operó milagros preparando el estreno. La fecha de la primera representación se fijó antes de que la partitura estuviese terminada, recordando a Strauss agradablemente aquellos días cuando Fuerstner le arrebató el final de Elecíra, muestra de trabajo antes de que la tinta se hubiese secado para ir al grabador y entregar el original antes de la fecha límite señalada para la edición. Sin embargo, la situación ahora era todavía más complicada, porque parte de la partitura tenía que ser escrita, otra parte grabada en cinta, otra más redactada en grabados al viejo estilo, para poder afrontar las nuevas técnicas de ejecución; hubo momentos en que Sindi pareció volverse gris de pies a cabeza.

Pero Venus Observada, fue, como siempre, producida entera por la pluma de Strauss con tiempo bastante. Escribir la música en primera pasada fue un trabajo infernalmente duro, mucho más habiendo vuelto a nacer, que cuando experimentó aquellas sensaciones confusas al despertar en el laboratorio de Barkum Kris, con sus semitonos conscientes de haber estado ya muerto.

Pero Strauss encontró que aún consideraba toda su vieja habilidad para escribir música casi sin esfuerzo, mientras no parecía perturbarle la casi audible preocupación de Sindi ajetreado con él en la habitación y percibiendo además los estallidos terribles supersónicos de los cohetes que circulaban invisiblemente por encima de la ciudad.

Cuando hubo terminado, tuvo dos días libres antes, de empezar los ensayos. En aquellos, además, nada tendría que hacer. Las técnicas de ejecución de esta época estaban tan completamente ligadas con las artes electrónicas que reducían su propia experiencia —él, el maestro Kapellmeister—, de todos, a un primitivismo desesperanzador.

No le importó. La música, tal y como estaba escrita, hablaría por sí sola. Mientras halló agradable olvidar la larga preocupación de meses para la puesta en escena. Volvió a la biblioteca y estuvo examinando curioso y perezosamente viejos poemas, buscando vagos textos para un par de canciones. Sabía que no debía molestarse en considerar los poetas modernos; ellos no le podían hablar, y lo sabía. Los americanos de su propia época, pensó, podían darle una pista para comprender esta América del año 2161;

y si alguno de tales poemas daba cuna a una canción, muchísimo mejor.

La búsqueda fue una especie de descanso y hasta le permitió disfrutar con ella. Por último tropezó con una cinta que le gustó: Una cinta en la que una vieja voz cascada con acento de Idaho, quizá del año 1910, en la antigua juventud de Strauss, leía el texto. El poeta se llamaba Pound; decía la cinta:

*>... las almas de todos los grandes hombres mientras los
tiempos pasan por nosotros*

Y nos fuimos con ellos, y no somos más que reflexiones en sus almas.

Así yo soy Dante durante un trecho y soy un François Villon, señor de las baladas y ladrón o soy los seres tan sagrados que no me atrevo a escribir su nombre, dejemos que la blasfemia obre contra mi nombre, esto ha sido un instante y que la llama se apague. Estamos en el centro mismo de los tres radios de una esfera de oro fundido, traslúcido, que es el Yo y dentro de algunos proyectos de forma en sí mismos: Cristo, o Juan, o el Florentino: y como el claro espacio no lo es sise le impone una forma, para cesar de ser todos los seres del tiempo, y estos, los Dueños de las Armas, siguen viviendo.

Sonrió. Esa lección había sido escrita una y otra vez, desde Platón en adelante. Sin embargo, el poema era una historia de su propio caso, una especie de teoría de la metempsicosis que él había sufrido y en su manera formal estaba sufriendo. Encajaría para hacer con ella un pequeño himno, en honor a su propio renacimiento y al punto de vista interior del poeta.

Una serie de acordes solemnes y desalentadores se cernían dentro de su oído interior, contra los cuales podrían ser entonadas las palabras en un susurro alto y suave al principio... y luego en un dramático pasaje en el que los grandes nombres de Dante y Villon entrasen sonando como desafíos al Tiempo... Escribió durante un rato en su libreta de notas antes de reintegrar el carrito a su estantería.

Eso, pensó, eran buenos auspicios.

Y así llegó la noche del estreno, el público entraba por el

vestíbulo, las cámaras de

3-V

cabalgaban en soportes invisibles por el aire y Sindi calculó su parte en las ganancias de su cliente mediante un juego complicado efectuado con sus dedos, la ley básica de lo que parecía ser que uno más uno da igual a diez. La sala se llenó hasta los topes con gente de todas las clases sociales, aunque el aspecto del público más parecía de un circo quede una ópera.

Sorprendentemente asistían casi cincuenta de los encingloteados y aristocráticos escultores mentales, vestidos con ropas formales que tienen versiones exageradamente negras de sus batines de cirujano: Ocupaban un bloque de asientos cerca de la parte delantera del auditorio, en donde las figuras gigantescas de

3-V

que dentro de poco llenarían la «escena» ante ellos, (los verdaderos cantores efectuarían la representación en un pequeño escenario de los sótanos) parecerían no otra cosa que seres monstruosamente desproporcionados; pero Strauss supuso que habían tenido en cuenta ese detalle y lo habían apartado como despreciable.

Había una oleada de murmullos entre el público mientras los escultores comenzaron a ocupar sus asientos y con esa oleada una subcorriente de excitación, cuyo significado era desconocido para Strauss. Sin embargo, ni intentó luchar contra ello; bastante trabajo tenía con reprimir su creciente emoción en aquella noche de estreno, que, a pesar de todos los años, seguía siendo igual para un artista.

La suave luz, cuyo origen y nacimiento no se veía, empezó a disminuir entre el público y Strauss subió en el podio. Había una partitura en el atril ante él, pero dudó de si llegaría a necesitarla. Directamente delante, asomando entre los músicos, estaban las inimitables cámaras de

3-V,

esperando llevar su imagen a los cantores del sótano.

El público guardaba ahora silencio. Este era el momento. La batuta se alzó, y luego bajó con decisión y el prelude empezó a surgir del foso de la orquesta.

Durante un ratito estuvo inmerso profundamente en la siempre traicionera tarea de mantener unida a la enorme orquesta y también

en convertirla en sensitiva, al flexionar de la remusical despertada por su mano. Mientras se afirmaba su control y se hacía cada vez más seguro, la tarea se convirtió en algo menos exigente y fue capaz de prestar más atención al sonido total de la obra.

Había decididamente algo equívoco en ello. Claro que hay sorpresas ocasionales cuando alguna pizca de color orquestal sonaba de un «Clan» distinto al que él había esperado; eso le ocurría a todo compositor, incluso después de toda una vida de experiencia. Y habían momentos en que los cantantes, entrando en una frase más difícil de manejar de lo que él calculó, sonaban como si alguien estuviese a punto de perder el tono (aunque ninguno de ellos equivocó la nota; eran un conjunto de voces estupendo como el que jamás se puso a sus órdenes).

Pero esos eran los detalles. Lo que estaba mal era la impresión total o conjunta. Estaba perdiendo no sólo la excitación del estreno —después de todo, no podía durar con la misma intensidad toda la noche—, sino que también su mismo interés en lo que salía del escenario y del foso de la orquesta. Gradualmente se cansaba; el brazo que empuñaba la batuta le parecía cada vez más pesado; cuando llegó al segundo acto en lo que debería haber sido una erupción apasionada de tonos agudos, estaba tan aburrido que deseaba volverse a su escritorio y ponerse a trabajar en aquella canción.

Luego terminó el acto; sólo quedaba uno más. Apenas escuchó los aplausos. Los veinte minutos de descanso en el camerino apenas fueron suficientes para darle las fuerzas necesarias.

Y de pronto, en mitad del último acto, comprendió.

No había nada de nuevo en la música. Era el viejo Strauss una vez más... pero más débil, más diluido que nunca. Comparado con la producción de los compositores como Krafft, indudablemente sonaba a este público como una obra maestra. Pero él sabía la verdad.

Las resoluciones, la determinación de abandonar los viejos clisés y manierismos, la decisión de decir algo nuevo... habían quedado en nada contra la fuerza de la costumbre. Ser traído de nuevo a la vida, significaba traer también a la existencia todos aquellos reflejos hondamente grabados de su estilo. Él sólo tenía que coger la pluma y las viejas costumbres se apoderarían de él con un automatismo

fácil, carentes de control, como es carente de control el sobresalto del dedo cuando lo abrasa levemente la llama.

Con los ojos bien abiertos; con su cuerpo joven, resultaba un hombre viejo; un hombre muy viejo. ¿Otros treinta y cinco años de esto? Nunca. Ya había dicho todo aquello antes, siglos antes. ¿Casi cincuenta años condenado a repetirlo una y otra vez, con voz más debilitada a cada instante, dándose cuenta de que aquella deslavazada centuria llegaría a reconocerle sólo por la miseria actual de su grandeza?... no; nunca, nunca.

Se daba cuenta, con torpeza, de que la ópera había terminado. El público gritaba de júbilo. Conocía el sonido. Así habían gritado cuando se estrenó «Día de Paz», pero vitoreaban al hombre que había sido, no al hombre que «Día de Paz» mostraba que se había convertido con cruel claridad. Aquí el sonido era incluso más insignificante: Vítores de ignorancia y nada más.

Y se volvió despacio. Con sorpresa, y con un sorprendente sentido de alivio, vio que los vítores iban, después de todo, no dirigidos a él.

Vitoreaban al doctor Barkun Kris.

Kris estaba en pie en el centro del bloque de escultores mentales, haciendo reverencias al público. Los escultores más cercanos a él se estrechaban la mano unos a otros. El público creció cuando se abrió paso hasta el pasillo y se adelantó hacia el podio. Cuando subió y tomó la mano desmadejada de compositor, el griterío se convirtió en una especie de ingente delirio.

Kris le levantó el brazo. Los gritos murieron al instante, convirtiéndose en un profundo susurro. Gracias —dijo con claridad—. Señoras y caballeros, antes de que nos llevemos al doctor Strauss, digámosle el privilegio que ha sido para nosotros oír este fragante ejemplo de su pericia. Estoy seguro de que ninguna despedida sería más adecuada.

La ovación duró cinco minutos y hubiese proseguido otros cinco si Kris no la hubiese cortado.

—Doctor Strauss —dijo—, en un momento, en cuanto le diga unos cuantos formulismos, comprenderá que se llama Jerome Bosch, que nació en nuestro siglo y que tiene su vida propia. Los recuerdos súperimpuestos que le han hecho asumir la máscara, la «personalidad», de un gran compositor desaparecen. Le digo esto

para que pueda comprender porqué esta gente presente me hace compartir con usted los aplausos.

Se oyó una oleada de asentimientos.

El arte de esculpir mentes... la creación de seres artificiales para disfrute estético... puede que no llegue nunca a alcanzar tan elevado. Porque usted comprenderá que, como Jerome Bosch, no tiene ningún talento en absoluto para la música; es más, buscamos largo tiempo hasta hallar a un hombre que fuese perfectamente incapaz de ejecutar la melodía más sencilla. No obstante, fuimos capaces de imponerle tal material no comprometedor, no sólo para la personalidad, sino para el genio de un gran compositor. Ese genio pertenece por completo a usted... a la «persona» que se cree a sí mismo como Richard Strauss. Ningún crédito se otorga al hombre que se prestó voluntario a la escultura. Este es su triunfo y por eso le saludamos.

Ahora la ovación ya no pudo ser contenida. Strauss, con una torcida sonrisa, contempló cómo el doctor Kris se inclinaba. La escultura de mentes era una especie de crueldad convenientemente sofisticada para esta época; pero el impulso, claro, siempre existió. Fue el mismo impulso que hizo a Rembrandt y a Leonardo convertir cadáveres en obras de arte.

No, no necesitaba decir el doctor Kris que el «Strauss» que había creado estaba tan vacío de genio como una calabaza hueca. La broma residiría siempre en el escultor, que era incapaz de captar la falta de profundidad de la música ahora preservada en las cintas de la

3-V.

Pero, por un instante, una oleada de rebelión recorrió su sistema circulatorio sanguíneo. «Yo soy yo —pensó—. Yo soy Richard Strauss hasta que muera, y nunca seré Jerome Bosch, que fue profundamente incapaz de interpretar la más sencilla melodía». Su mano, aún sujetando la batuta, se alzó vivamente, pareciendo deliberar entre dar una orden de iniciación de una melodía que era incapaz de decir.

Dejó que volviese a caer, y en su lugar, por último, se inclinó... no hacia el público, sino al doctor Kris. Se lamentaba por nada, cuando Kris se volvió a él para decir la palabra que lo tornaría a hundir en el olvido, aunque, eso sí, lamentaba que ahora no tendría

la menor posibilidad de poner música a aquel poema.

PAGAR AL FLAUTISTA

El hombre de la chaquetilla blanca se detuvo ante la puerta rotulada «Proyecto Reeducación — Coronel H.

H. Mudgett,

Comandante en Jefe» y aguardó mientras el objetivo del robot examinador hacía un recorrido por su figura. Había cruzado aquella puerta un millar de veces, pero aquel objetivo escrutador efectuó un trabajo tan concienzudo de examen como si no le hubiera vista antes jamás.

Siempre lo hacía, porque siempre podría contarse con la remotísima posibilidad de que «no» le hubiese visto antes, aunque los falibles humanos a quienes iba a presentarse pensarán lo contrario. Recorrió toda su figura, desde el gris y corto pelo hasta los zapatos a prueba de reactivos químicos, revisando su breve cuerpo mimbrenño y su delgado perfil, probándole y oliéndole con tanta desconfianza como si fuese una naranja almacenada dos días más de lo previsto.

—¿Nombre? —preguntó por fin.

—Carson, Samuel, 32-454-0698...

—¿Asunto?

—Director médico, Reed. Uno.

Mientras Carson esperaba una conmoción distante y pesada, vino rodando sobre él a través de los kilómetros de sólido granito que quedaban por encima de su cabeza. En el mismo instante, las puertas de la puerta —y todo lo demás dentro de su cono de visión— se enturbiaron penosamente y una puñalada de puro dolor penetró lacerante por su cabeza. Era el componente supersónico de la explosión y resultaba inofensivo, excepto que siempre le dolía y le asustaba.

La luz encendida sobre el objetivo escrutador, que hasta ahora iba siendo amarilla, parpadeó volviendo al rojo y la máquina recommenzó toda la rutina de antes; el sonido de la bomba la había desajustado. Carson con paciencia soportó la inspección, dio su nombre, número de serie y misión, una vez más, y en esta ocasión logró que se encendiera el tono verde. Entró, desplegando al caminar el finísimo cuadrado de papel barato que llevaba consigo.

Mudgett alzó la vista desde su escritorio y dijo en seguida:

—¿Qué hay ahora?

El médico arrojó el pedazo de papel cuadrado bajo los ojos de Mudgett.

—Resumen de las reacciones de la prensa tras el discurso que Hamelin pronunció anoche —dijo—. El efecto total va en contra nuestra, coronel. A menos que cambiemos la opinión de Hamelin, este clamor por la reeducación de los paisanos antes que le dé los soldados va a hacernos perder la guerra.

El ansia de volver a vivir en la superficie ha estado creciendo durante diez años; ahora tiene un punto de mira contra quién lanzar sus tiros. Nosotros.

Mudgett masticó el extremo de un lápiz mientras leía el resumen; era un hombre macizo, tan bajito como Carson, y con el cabello tan gris y corto. Hace un año, Carson le habría dicho que nadie en el Reed debería colocarse en la boca objetos extraños ni siquiera una sola vez, para no caer en el hábito; ahora Carson se limitó a esperar. Allí no había hombre —ni mujer o niño— de entre los 35 millones de supervivientes americanos «cuerdos» que no tuviese un tic similar. Menos ahora, después de veinticinco años de vida subterránea.

—Sabe que es imposible, ¿verdad? —preguntó con brusquedad Mudgett.

—Claro que no —repuso Carson impaciente—. No sabe más acerca de la verdadera naturaleza del proyecto que el resto de la gente. Cree que la «educación» que damos nosotros es, en cierto modo, una supervivencia técnica... Eso es lo que piensan también los periódicos, como usted puede ver claramente por el modo que han tenido de redactar sus editoriales.

—Humm. Si hubiéramos tomado en primer lugar el control directo de los periódicos... Carson no dijo nada. Era un hecho el

control militar de cada faceta de la vida civil y Mudgett lo sabía. También sabía que el cerebro humano necesita una apariencia de libertad de pensamiento... y que esa apariencia no puede mantenerse alimentándola sólo con unos cuantos retazos de noticias de actualidad.

—Supongamos que lo hacemos —dijo por fin Mudgett—. La posición de Hamelin en el Departamento de Estado nos imposibilita para reducirle al silencio. Pero debería ser posible explicarle que ningún ser humano sin protección puede vivir en la superficie, no importa cuántas Recompensas al Mérito haya ganado por su conocimiento de la caza y su habilidad para aplicar los primeros auxilios. Quizás hasta podríamos llevárnoslo a un viajecito hasta allá arriba; apostarí a que no ha visto nunca cómo están las cosas en la superficie.

—¿Y qué pasará si se muere ahí arriba? —dijo Carson con tono pétreo—. Tal y como están las cosas, solemos perder las tres quintas partes de cada patrulla de superficie... y Hamelin carece de experiencia...

—Puede que fuera lo mejor, ¿no es verdad?

—«No» —recalcó Carson—. Parecería como si lo hubiésemos planeado así. A la mañana siguiente los periódicos tendrían a toda la gente en ebullición.

Mudgett gruñó y marcó una nueva fila de dentelladas en torno al extremo de su lápiz.

—Tiene que haber una solución —dijo.

—La hay.

—¿Y bien?

—Traer al hombre aquí y mostrarle precisamente lo que «estamos» haciendo. Reeducarle, si es preciso. Una vez comuniquemos a los periódicos que él ha seguido nuestro curso... bueno, quién sabe, podría sentarles mal. Abusar de sus privilegios parlamentarios, etcétera, etcétera, etcétera.

—Entonces violaríamos nuestra política básica —contestó Mudgett despacio—. «Devolver la Tierra a los hombres que por ella lucharon». Sin embargo, la idea tiene algún mérito...

—Hamelin está ahora en la antecámara —dijo Carson—. ¿Le hago entrar?

Durante la segunda semana de guerra la radioactividad nunca subió más allá de un suave nivel peligroso y aún eso fue de modo transitorio. Aquella semana se llamó la de la Muerte de las Ciudades. Las pequeñas porciones de cordura retenidas por los soldados de ambos lados dictaron la prohibición de armas con residuos letales prolongados; no se dejaron caer bombas de cobalto, ni se emponzoñaron permanentemente territorios. Los generales recordaban aún que el territorio desocupado, por muy devastado que estuviese, seguía siendo territorio sin conquistar.

Pero tales consideraciones no se interpusieron en la guerra biológica. Esta era controlable; uno jamás extendería por el enemigo ninguna enfermedad a menos que no supiese cómo controlarla. Habrían algunos resbalones, claro, pero el margen de error...

Hubo resbalones. Pero, en su mayor parte, la guerra biológica trabajó estupendamente. Las grandes fiebres barrieron el globo como mareas, una tras otra. En las ciudades que habían escapado a los bombardeos el zumbido de los convoyes de camiones portando los hinchados cadáveres hasta las grandes fosas comunes se convirtió en el único sonido audible, excepto el esporádico tronar de las pequeñas armas de fuego; y luego también esto cesó y los camiones se quedaron parados en largas filas enmoheciéndose.

Tampoco fueron los humanos las únicas víctimas. Fiebres del ganado fueron esparcidas. Mohos del trigo, cornezuelos del arroz, pestes porcinas, enteritis avícolas, inundaron el aire desde los laboratorios secretos, o fueron soltados bien lejos y a la deriva mediante flotillas de proyectiles cohete. Cápsulas de gelatina conteniendo veneno para las agallas llovieron sobre los grandes campos pesqueros de Newfoundland, Oregón, Japón, Suecia, Portugal. Cientos de especies de animales fueron soltadas como transmisores secundarios de enfermedades humanas, portando en sus cuerpos las «bendiciones» de los laboratorios destinados a matar a toda clase de hombres. Se descubrió qué cantidades minúsculas de las series de antibióticos del grupo de la tetraciclina, muy utilizados como suplementos alimenticios para engordar antes de tiempo a los animales de las granjas, podían también utilizarse como medio de hacer crecer a los más terribles mosquitos Anopheles y Aedes, hasta tamaños increíbles que les permitían volar larguísimas distancias

contra el viento portando los gérmenes de una variedad interesante de malaria que resultaba casi incombustible y los virus de la fiebre amarilla, también letales en grado sumo.

Para cuando esto acabó, todo individuo que había logrado sobrevivir estaba vegetando como podía en galerías subterráneas excavadas a más de dos kilómetros de la superficie terrestre.

Para siempre.

—Sigo sin entender por qué, si como ustedes pretenden, tienen métodos de reeducar soldados para la vida en la superficie, no pueden hacerlo también con los paisanos. O educar paisanos en vez de militares —dijo Hamelin.

El Subsecretario, un hombre alto, enjuto, con la parte superior del cráneo calva, frente muy arrugada, hablando con aquel raro acento neutro —huyendo de todo regionalismo— del diplomático de carrera, a pesar del hecho de que hacía casi medio siglo que no existía cosa parecida a embajadores o cónsules en el extranjero.

—Vamos a tratar de explicárselo —dijo Carson—. Pero pensamos que, antes que nada, será mejor que intentemos explicarle una vez más por qué creemos que eso sería una mala política... al mismo tiempo que algo fuera de toda cuestión médica.

»Claro que todo quisque desea subir a la superficie lo antes posible. Incluso las gentes que se han reconciliado con infinitas cavernas y corredores esperan algo mejor para sus hijos... un rayo de sol, algo de lluvia, la caída de la hoja. Eso es ahora más importante para todos nosotros que la guerra, que no creemos dure mucho tiempo ya. No tiene el menor sentido militar, puesto que carecemos de efectivos numéricos para ocupar el territorio enemigo, como ellos tampoco lo tienen para ocupar el nuestro. Todos lo comprendemos. Pero también sabemos que el enemigo trata de proseguir con la guerra hasta el fin. Lo que ellos quieren es la exterminación según sus emisiones de radio de propaganda y según también los informes del propio Departamento de usted. Así que no podemos renunciar a la lucha, eso sería un claro suicidio. ¿Sigue mi razonamiento?

—Sí, pero no comprendo...

—Concédame un momento más. Si tenemos que continuar con la lucha sabemos que la primera de las dos partes que vuelva a colocar hombres otra vez en la superficie —para que puedan atacar los

objetivos importantes, no sólo mantenerlos aislados dentro de un mar de plagas— será el bando que llevará esta guerra a su final. Ellos también lo saben. Tenemos motivos de peso para creer que el enemigo tiene también un proyecto de reeducación y que está tan adelantado como el nuestro, por lo menos.

—Mirándolo así —interrumpió bruscamente el coronel Mudgett—, nos hallamos en una posición de tablas por ahogado. Ocasionalmente un saboteador localiza alguna de las ciudades subterráneas y vierte en ellas pestilencias. Esto ocurre tanto en nuestro bando como en el de ellos. Pero sólo sucede de manera esporádica y es justo un detallito más de este asunto de exterminación... en el que nos vemos embarcados, al igual que el enemigo, más o menos de mala gana. Si logramos colocar primero tropas en la superficie, nos será posible en breve plazo localizar sus instalaciones más importantes y conminarles a la rendición con un ultimátum. Lo aceptarán. El otro medio resulta una especie de lento suicidio mutuo, que es lo que nos pasa ahora.

Hamelin unió las yemas de sus dedos.

—Ustedes, caballeros, me dan sermones acerca de política como si yo fuese un profano en la materia. Estoy familiarizado con sus argumentos de enviar primero a los soldados. Green ustedes estar familiarizados con los míos de enviar primero a los paisanos, pero se equivocan, porque algunos no han sido en absoluto emitidos por el Departamento. Voy a contarles unos cuantos y creo que merecerán su estrecha atención.

Carson se encogió de hombros.

—Nada desearía más que me convenciese, señor Secretario. Adelante.

—Ustedes más que nadie deberían saber, doctor Carson, lo cerca que está nuestra ciudad subterránea de su ruptura psicológica. Para tomar un solo ejemplo, el número de bandas juveniles que pululan por esos corredores nuestros ha aumentado en un 400 por cien desde que comenzaron a difundirse esos rumores acerca del Proyecto de Reeducación. Otro ejemplo: el número de crímenes individuales sin motivo —crímenes cometidos sólo para distraer al delincuente de la agobiante monotonía de la vida que llevamos todos— ha sobrepasado el total de los otros delitos juntos.

»Y en cuanto a la actual insanidad o locura de nuestros treinta y

cinco millones de personas sin hospitalizar todavía, hay cuatro millones de casos que conocemos, cada uno de los cuales debería ser confinado inmediatamente por presentar síntomas de paranoia esquizofrénica... lo malo es que si los recluyéramos, nuestras industrias esenciales sufrirían de falta de mano de obra más devastadora que cualquier cosa que pueda infligirnos el enemigo. Cada uno de esos cuatro millones de personas constituye un peligro mayor para sus convecinos y su trabajo, ¿pero cómo podríamos prescindir de ellos? ¿Y qué se puede hacer con los casos subclínicos no reconocidos, que probablemente doblan esa cantidad que antes señalamos de cuatro millones? Y en estas condiciones, ¿cuánto tiempo creen que podremos continuar operando?

Carson se secó la frente.

—No me imaginaba que las cosas hubiesen llegado tan lejos.

—Pues sí han llegado —dijo Hamelin glacial—, y empeoran progresivamente. Su proyecto ha ayudado a acelerarlo todo. El coronel Mudgett ha mencionado la apertura de ciudades aisladas a las pestilencias. ¿He de decirles cómo cayó Louisville?

—Supongo que otra vez fue obra de un espía —dijo Mudgett.

—No, coronel. No fue un espía. Una banda de... de vigilantes amotinados. Estoy familiarizado con su «slogan», «La Tierra para los que lucharon por ella». ¿Conoce usted el contra «slogan» que circula entre la gente?

Esperaron. Hamelin sonrió y dijo:

—«Muramos en la superficie». Los amotinados de Louisville se apoderaron del destacamento militar de la plaza, mataron a la administración de la ciudad y volaron la galería que conducía a la superficie. Un millar de personas logró salir al aire libre. Al cabo de veinticuatro horas la ciudad estaba muerta... como los jefes gubernamentales habían asegurado que ocurriría si lograban comunicarse con el exterior. El aviso no sirvió para detenerles. Ni protegió a los inocentes ciudadanos que nada tuvieron que ver con la rebelión.

Hamelin se inclinó de pronto hacia adelante.

—La gente no puede esperar hasta que se le diga cuando les toca el turno de ser reeducados. Se cansarán de esperar, se cansarán hasta el punto de volverse locos de vivir al fondo de un agujero. Y se pondrán en marcha.

»Y eso, caballeros, dejará al mundo para que lo disfrute el enemigo, o, más probablemente, para las ratas. Son los únicos seres inmunes a todo lo que conocemos.

Hubo un largo silencio. Por último, Carson dijo con suavidad:

—¿Por qué nosotros no somos inmunes ya a todo? ¿Eh? Oh..., las nuevas generaciones. Jamás se han visto expuestas a...

—Seguimos teniendo una reserva de gente mayor que sobrevivió a la guerra: gente que sufrió una o varias de las nuevas enfermedades epidémicas que azotaron al mundo, algunos llegaron a pasar cinco plagas y, sin embargo, se recuperaron. Ellos siguen poseyendo sus inmunidades. Lo sabemos; hemos hecho pruebas con ellos. Por las muestras recogidas conocemos que desde hace diez años no se ha divulgado ninguna epidemia nueva. Poseemos técnicas inmunizadoras contra todos los males conocidos, antisueños, antibióticos, etcétera. Supongo que a usted le ponen las inyecciones como a todos los demás; ahora seríamos muy difíciles de infeccionar y si se produjeran tales infecciones su curso sería benigno —Carson sostuvo ceñudo la mirada del Subsecretario—. Ahora, respóndame a esta pregunta: ¿por qué ocurre que, a pesar de todas esas protecciones, cada individuo de una ciudad abierta al aire libre se muere?

—No lo sé —respondió Hamelin, mirando de hito en hito a ambos hombres—. Pero ustedes demuestran que algunos de ellos deberían recuperarse.

—Deberían —dijo Carson—. Pero no se recuperan. ¿Por qué? Porque la verdadera naturaleza de la plaga ha cambiado desde que todo el mundo se refugió bajo tierra. Hay ahora en el medio ambiente exterior una serie de cadenas bacteriales mutadas que pueden penetrar todos los mecanismos juntos de inmunidad del cuerpo humano. Lo que eso significa en términos sencillos es que si un germen de esa clase penetrase en su cuerpo, usted no lo reconocería como invasor. Por tanto no manufacturaría anticuerpos para combatirlo. En consecuencia, el germen podría multiplicarse sin ninguna cortapisa y... usted moriría. Lo mismo nos pasaría a todos.

—Comprendo —dijo Hamelin. Parecía haber recobrado su compostura con extraordinaria rapidez—. No soy un científico, caballeros, pero lo que ustedes me dicen hace que nuestra situación

parezca perfectamente desesperada. Sin embargo, con toda evidencia, tienen ustedes alguna solución.

Carson asintió.

—La tenemos. Pero es importante que usted comprenda la situación, de otro modo la respuesta nada llegaría a significar para usted. Así pues: ¿ahora le parece claro, por lo que le hemos contado, que ninguna cantidad de reeducación del cerebro de un hombre, sea soldado o paisano, le permitiría sobrevivir en la superficie?

—Completamente claro —concedió en apariencia Hamelin, sin la menor muestra de resentimiento. Carson sintió cómo sus esperanzas subían una fracción de milímetro—. Pero si ustedes no reeducan su cerebro, ¿qué otra cosa pueden reeducarle? ¿Sus reflejos, quizá?

—No —repuso Carson—. Sus ganglios linfáticos y su vesícula biliar. Una sonrisa de desdén comenzó a asomar a los delgados labios de Hamelin.

—Necesitan un mejor consejo de relaciones públicas que el que han tenido hasta ahora —dijo—. Si lo que me dicen es verdad —como, naturalmente, presumo que lo es, entonces el vocablo «reeducar» no sólo es inapropiado, sino que induce a falsas conclusiones. Si hubieran elegido ustedes una palabra menos sugestiva y más certera desde el principio, no les habría causado yo la mitad de las molestias que les causé.

—Estoy de acuerdo en que sobre ese punto estuvimos mal aconsejados. Pero no del todo por esas razones —repuso Carson—. Claro que el nombre despista; eso resulta a la vez característico y función de los hombres de los proyectos altamente secretos. Pero en este caso el nombre «reeducación», por muy malo que parezca, sujetaba a los hombres que lo eligieron a una tentación fatal. Mire, aunque despiste, también es certero completamente.

—Juego de palabras —contestó Hamelin.

—En absoluto —intervino Mudgett—. Vamos a ahorrarle a usted el razonamiento teórico que respalda a nuestro proyecto, señor Secretario, por ahora tendrá que admitirlo gratuitamente. El hecho es que la habilidad del cuerpo para distinguir entre sus propias células y las de tejidos extraños —un injerto cutáneo, digamos, o una invasión bacteriana en la sangre— no es una habilidad

hereditaria. Es una reacción aprendida. Todavía más, si piensa en ello por un momento, verá que así tiene que ser. Las células del cuerpo mueren también y necesitan ser renovadas; ¿qué ocurriría si quitasen esas células muertas y se provocase, naturalmente una reacción de anticuerpos, como ocurre con la destrucción de células extrañas? Moriríamos por choque anafiláctico mientras fuésemos todavía niños.

Por ese motivo, el cuerpo tiene que aprender a ser selectivo. En los seres humanos, esa lección se aprende por completo poco después de los treinta días del nacimiento. Durante ese tiempo intermedio el niño recién nacido está protegido por anticuerpos que extrae del colestreno, «la primera leche» que obtiene del pecho, durante los tres o cuatro días inmediatamente después de venir al mundo. No puede generar sus propios anticuerpos; no se le permite, para sí hablar, hasta que ha aprendido el truquito de limpiarlos residuos del cuerpo sin disparar los mecanismos anticuerpos. Cualquier célula rotulada con la palabra «personal» tiene que ser tratada de modo distinto.

—Eso me parece bastante claro —dijo Hamelin—. Pero no veo su importancia.

—Bueno, ahora estamos en situación en donde la diferencia entre el yo y el todo exterior al cuerpo no nos sirve ya de nada. Esas bacterias imitadas han sido «modificadas» por la mutación. En otras palabras, alguna de sus moléculas de proteína, probablemente moléculas de ácido desoxiribonucleico, comportan configuraciones o «unidades de reconocimiento» idénticas a las nuestras células corporales, de modo que el organismo no puede distinguir unas de otras.

—¿Pero qué tiene todo esto que ver con la reeducación?

—Esto —respondió Carson—. Lo que hacemos aquí es imponer a las células del organismo —a todas— un nuevo juego de unidades de reconocimiento para guía de los ganglios linfáticos y de la vesícula biliar, que son los órganos productores de anticuerpos. Las nuevas unidades son muy completas y las posibilidades de verse duplicadas por evolución bacterial, aún en un caso forzado, son minúsculas para que nos recuperemos. Eso es la reeducación. En pocos momentos, si gusta, demostraremos cómo se hace.

Apagó su quinto cigarrillo en el cenicero de Mudgett y unió

pensativamente las yemas de sus dedos. Carson se preguntó cuánto había absorbido el Subsecretario del concepto señalado para reconocimiento celular. Tenía que admitirse que era asombrosamente rápido en captar ideas abstractas, pero la teoría de la inmunidad mediante automarcas era —como todo lo demás en inmunología— casi imposible de explicar a los profanos por inteligentes que fuesen.

—Este proceso —dijo dudoso Hamelin—, ¿lleva mucho tiempo?

—Unas seis horas por individuo y podemos obrar cada vez sólo con un hombre. Eso significa que sólo se pueden colocar siete mil soldados en el suelo por cada siglo. Cada uno tendrá que ser altamente adiestrado como especialista, si es que queremos llevar la guerra a un rápido final.

—Lo que significa que no pueden ser los paisanos —dijo Hamelin—. Comprendo. No estoy convencido del todo, pero... sea como sea, veamos cómo lo hace.

Una vez dentro, el Subsecretario trató con todas sus fuerzas de mirar a la vez a todas partes. La habitación excavada en la roca tenía apenas unos sesenta y cinco metros de altura. Su mayoría se veía ocupada por la masa del Monitor de Reeducción, un mecanismo tan alto como una casa de quince pisos y tan grande como el bloque de una manzana en cualquier ciudad antigua. Centinelas vigilaban por todas partes y la fachada de la máquina hervía de técnicos.

—Increíble —murmuró Hamelin—. ¿Ese enorme objeto puede sólo tratar a un hombre cada vez?

—Correcto —asintió Mudgett—. Por fortuna no tenemos que tratar a todas las células del cuerpo directamente. Funciona a través de la sangre, reajustando las células por medio de cambios pequeños en el suero químico.

—¿Qué clase de cambios?

—Bueno —dijo Carson, escogiendo con cuidado cada palabra—, eso es más o menos un secreto de ultratumba, señor Secretario. Sólo podemos decirle esto: la máquina utiliza una gran cantidad de azúcares cristalinos complejos que se comportan bastante como las proteínas del grupo sanguíneo y de tipo orgánico. Se suministran

dentro del suero en cantidades minuto a minuto, bajo un control de alimentación calibrada al segundo en el que también durante ese tiempo se efectúa el análisis de sangre. Los cálculos que entraña deciden la cantidad y la naturaleza precisa de cada producto químico introducido y son enormemente complejos. Mire el tamaño de la máquina. Es, en su efecto mayor, un riñón artificial.

—He visto riñones artificiales en los hospitales —dijo Hamelin, frunciendo el ceño—. Son cosas bastante compactas.

—Porque cuanto hacen es extraer los productos de desperdicio de la sangre del paciente y restaurar el fluido y el equilibrio electrolítico. Esas son funciones menores verdaderamente de los riñones de los mamíferos superiores. El principal trabajo del órgano es el control químico de la inmunidad. Si Burnet y Fenner hubiesen sabido eso en 1949, cuando se formuló la teoría del yo, hace tiempo que tendríamos ya en marcha el sistema de la reeducación.

—La mayor parte del tamaño de la máquina se debe a la sección de cerebros electrónicos —destacó Mudgett—. En el cuerpo, el cerebro dirige esos cálculos, como parte de la hemostasis de la existencia. Pero no podemos llegar al gobierno cerebral desde el exterior; no queda bajo el control consciente. Una vez el cuerpo ha sido reajustado, dominará al tálamo donde nosotros no podemos, de pronto, dos puertas batientes en la base de la máquina fueron abiertas y una mesa de operaciones transportable salió por ellas, conducida por dos asistentes. Encima había un cuerpo, cubierto hasta la barbilla con una sábana. El rostro que se veía estaba inmóvil y casi blanco como la cera.

Hamelin miró cómo se llevaban la mesa camilla de operaciones por la enorme caverna con una mezcla de visible emoción. Dijo:

—Este proceso... ¿es doloroso?

—No, no con exactitud —respondió Carson. El motivo tras la pregunta le interesaba enormemente, pero no se atrevió a demostrarlo—. Pero cualquier tontería efectuada con el mecanismo de la inmunidad puede producir síntomas... fiebre, malestar general, etc. Tratamos de proteger a nuestros sujetos dándoles primero un ligero toque de anestesia.

—¿Toque? —repitió Hamelin—. ¿Se refiere usted a electroshock? No veo cómo...

—Llámele si quiere anestesia dinámica. Damos al hombre una

droga que reproduce la anestesia que el cuerpo mismo se origina en momentos de gran tensión... por ejemplo, en el campo de batalla, o después de una grave herida. Es algo rápido y libre de efectos posteriores. No hay ningún secreto, a propósito; la droga citada es 21-hidroxipregnanes 3,20-dionato sódico sintético y se descubrió en el año 1955.

—Oh —exclamó el Subsecretario. El sonoro nombre del producto químico había producido, como esperaba Carson, un efecto ritualmente tranquilizador.

—Caballeros —dijo Hamelin dudoso—. Caballeros, he de hacerles... una petición extraordinaria. Y, me temo, que un poco egoísta —soltó una breve risa nerviosa—. Egoísta en ambos sentidos, si me perdonan la intención. No deben tener la menor duda en rechazarme, pero...

Bruscamente le pareció como imposible de proseguir. Carson cruzó mentalmente los dedos y se lanzó adelante.

—¿Le gustaría sufrir usted mismo el proceso? —dijo.

—Bueno, sí. Sí, eso exactamente. ¿Les parece poco lógico? Debería conocerlo, y también no, ¿no les parece para poder hablar con certeza? Conocerlo íntimamente, por experiencia personal, no por teoría. Claro que me doy cuenta de que eso contrastaría con su política, pero les aseguro que no lo convertiría en ningún argumento político ni en ninguna ventaja... de la clase que fuese. Y quizá tampoco sería una gran brecha en el proceso de tener a un sólo paisano entre sus siete mil soldados.

¿Conquistado?, ¡santo Dios! —Carson miró a Mudgett con un rostro muy serio—. No debían aceptarlo con demasiada rapidez.

—Pero Hamelin seguía adelante, casi charlando a torrentes ahora.

—Comprendo sus dudas. Les debe parecer que trato de ganar cierta ventaja e incluso llegar a la superficie delante de mis amigos. Si les sirve de tranquilidad, me gustaría alistarme en su ejército avanzado. Antes de que hayan pasado cinco años podría aprender con toda seguridad alguna pericia técnica que me haría útil a la expedición. Si ustedes preparasen los documentos para ese efecto, sería muy feliz firmándolos.

—Eso no creo que sea necesario —dijo Mudgett—. Después de que esté usted reeducado podemos anunciar simplemente el hecho y

decir que ha accedido usted a unirse a la patrulla avanzada cuando llegue el momento.

—Ah —dijo Hamelin—. Veo la dificultad. No, eso haría mi posición del todo imposible. Si no hay otro medio...

—Perdónenos un momento —dijo Carson. Hamelin se inclinó reverentemente y el doctor se llevó aparte a Mudgett.

—No abusemos —murmuró—. Se ha excedido usted con toda esa charla acerca de la noticia a la prensa, coronel. Nos está ofreciendo un soborno... pero es lo bastante listo para ver que el precio que usted sugiere es el de toda su carrera política; no pagará tanto.

—¿Y qué hacemos pues? —murmuró también Mudgett pero con aspereza.

—Consiga que alguien prepare la clase de contrato informal que sugirió él. Ofrezca colocarlo sellado y en lugar seguro para que no podamos ser capaces de enseñárselo en absoluto a la prensa. Él se dará bastante cuenta de que el sello se puede romper si nuestra política llega alguna vez a revisión presidencial... y eso le contendrá de seguir presionando para que se produzca tal revisión. No pidamos demasiado. Una vez él haya sido reeducado, tendrá que vivir el resto de los cinco años con el conocimiento de que puede sobrevivir en la superficie cuando se le antoje probarlo... y que no tiene la disciplina inbuida a nuestros hombres. Apuesto a que él saldrá al exterior antes de que hayan pasado los cinco años... y entonces, buen viaje.

Volvieron con Hamelin, que estaba contemplando la máquina y murmurando de un modo penosamente abstracto.

He convencido al coronel —dijo Carson—, de que sus servicios en el ejército pueden ser muy valiosos cuando llegue el momento, señor Secretario. Si usted quiere firmar, colocaremos los documentos bajo sello para su propia protección y luego creo que podríamos encajarle a usted en nuestro programa de hoy para los tratamientos.

—Le estoy muy agradecido, doctor Carson —contestó Hamelin—. De verdad que muy agradecido.

Cinco minutos después de su inyección, Hamelin estaba tan pacífico

como un bendito y fue llevado en su mesa de operaciones a través de las puertas batientes. La discusión de una hora acerca de la probable salida, prosiguió en la intimidad del despacho de Mudgett, trayendo muy pocos frutos adicionales, sin embargo.

—Es nuestro único camino —dijo Carson—. Es lo que esperamos ganar de su visita torpemente modificada por las circunstancias. Todo origina esto: Hamelin se ha comprometido él mismo y se ha dado cuenta.

—Pero —respondió Mudgett—, ¿y si tiene razón? ¿Qué hay de todo eso que nos habló acerca de locura en masa?

—Estoy seguro de que es cierto —dijo Carson, con la voz algo temblorosa a pesar de sus esfuerzos por controlarla—. Ahí abajo, en los próximos cinco años, la cosa va a ser más dura de lo que se preveía, coronel. Nuestro único consuelo es que el enemigo debe tener exactamente el mismo problema; y si podemos derrotarle llegando antes a la superficie...

—¡Chissst! —exclamó Mudgett. Carson ya había pronunciado su frase. Se preguntó por qué el objetivo escrutador hacía pasar tan mal momento a un hombre fuera de aquella puerta y luego le admitía sin ningún aviso a las gentes del otro lado. ¿Acaso ese maldito chisme no podía llamar?

—Aquí está el estudio preliminar de su «estudiante X», doctor Carson —dijo. El emisario saludó a Mudgett y se fue. Carson comenzó a leer. Al cabo de un momento, también empezó a sudar.

—Coronel, mire esto. Después de todo yo estaba equivocado. Desastrosamente equivocado. No he visto un sistema de distribución del tipo sanguíneo como el de Hamelin desde que estudiaba medicina incluso entonces era sólo una demostración, no un paciente vivo en realidad. Mírelo desde el punto de vista genético... fijándose en los factores de migración.

Pasó el protocolo por encima del escritorio. Mudgett no era en el fondo un científico, pero era un administrador enormemente capaz, de la casta de los que aprenden en su negocio los términos técnicos en los que descansa últimamente cualquier proyecto.

Apenas había llegado a la mitad de la lectura cuando sus cejas ganaron altitud como impulsadas por una ola de sorpresas.

—Carson, ¡no podemos dejar que ese hombre entre en la máquina! Es...

—Ya está dentro, coronel, usted lo sabe. Y si interrumpimos el proceso antes de que termine, le mataríamos.

—Entonces, matémosle —dijo Mudgett, con aspereza—. Diremos que murió durante el proceso. Haremos un favor al país.

—Eso olería infernalmente. Además, no tenemos pruebas. Mudgett agitó excitado el protocolo. —Eso sólo es prueba para un hematólogo.

—¡Pero, Carson, ese hombre es un saboteador! —gritó Mudgett—. ¡Nadie excepto un asiático podría tener un sistema tan típico como el suyo! ¡Y tampoco es un producto híbrido... es algo clásico, con toda probabilidad un georgiano! ¡Y cada movimiento que ha hecho desde que nos enteramos de su existencia estuvo apuntándonos directamente... apuntando a engañarnos y hacerle penetrar en la máquina!

—También pienso eso —contestó Carson ceñudo—. Sólo espero que el enemigo no tenga muchos agentes de tan brillantes dotes como éste.

—Con uno basta —exclamó Mudgett—. Seguro que está cargado hasta el último centímetro cúbico de su sangre con venenos catalíticos. Una vez comienza la máquina el proceso con su suero, estamos listos... nos costará años reprogramar el calculador, si es que se puede lograr. ¡Tiene que ser detenido!

—¿Detenido? —repitió Carson asombrado—. Pues ya está detenido. Eso no es lo que me preocupa. La máquina lo cortó hace cincuenta minutos.

—¡No puede ser! ¿Cómo es posible? ¡No tiene datos relevantes!

—Claro que sí —Carson se inclinó hacia delante, tomó el lápiz cruelmente masticado que tenía Mudgett e hizo una señal clara junto a una de las partidas del protocolo. Mudgett contempló con fijeza la porción subrayada.

—¿Plaquetas Rh XI? —murmuró—. ¿Pero qué tiene eso que ver con...? Oh, oh, comprendo. Ese tipo de plaquetas no existe en absoluto en nuestra población ahora, ¿verdad? Por lo menos, jamás lo vi antes.

—No —dijo Carson, sonriendo con aire lobuno—. Nunca fue común en Occidente y el programa de 1981 lo barrió por completo. Eso es algo que el enemigo no podía saber. Pero la máquina sí. En cuanto le proporcione la normal inoculación sensitiva

anti-IV,

sus plaquetas comenzarán a disolverse... y será rechazado por una trombosis incipiente —se echó a reír—. ¡Para su propia protección!

—Pero está introduciendo óxido nítrico en la máquina y de todas maneras quedará retenido seis horas bajo la anestesia... también para su propia protección —interrumpió Mudgett. Sonreía a Carson como un idiota—. Cuando salga de la anestesia se creará reeducado y enviará al enemigo un informe diciendo que ha emponzoñado nuestra máquina, para que puedan estar seguros de derrotarnos en la llegada a la superficie. Y se irá lo más posible: a la superficie... ahí arriba, a la tierra.

—Lo hará —asintió Carson—. Claro que subirá y claro que se morirá. ¿Pero dónde quedamos nosotros? No podremos ocultar que lo hemos tratado aquí, si hay alguna clase de encuesta. Su muerte hará aparecer un fraude en cuanto hacemos con nuestros aparatos. En lugar de pagar a nuestro flautista —¡y santo cielo fíjese en su nombre! ¡Todo el tiempo lo teníamos ante nuestras narices!— no importa, no es que paguemos al flautista; es que lo matamos. Y las plaquetas Rh IV no sólo eran una excusa adecuada para la prensa y para los seguidores de Hamelin.

—Eso no me preocupa —murmuró Mudgett—. ¿Quién lo sabrá? No morirá en nuestros laboratorios. Él se marchará aquí sano y salvo. No se morirá hasta que salga a la superficie. Después de eso podemos redactar una estupenda nota necrológica para la prensa. Heroico empleado del Gobierno, del más alto nivel político, no pudiendo esperar a conducir a la superficie a sus seguidores, muere por tener demasiada prisa. El Proyecto Reed lamenta profundamente lo sucedido y recuerda a todos que no hay ninguna técnica a toda prueba...

Mudgett se detuvo lo bastante para encender un cigarrillo, que era el acto más singular para un hombre que jamás fumaba.

—De hecho, Carson —dijo—, es algo natural.

Carson lo consideró. Todo parecía coincidir. Y «Hamelin» tendría un certificado de defunción tan complejo como se merecía... no oficialmente, claro, pero si en los cerebros de todos los que conociesen los hechos. Su muerte, cuando se produjese, sería debida directamente a la trombosis que hizo que la máquina reeducadora le rechazase... y la trombosis es una enfermedad infantil. A menos

que os convirtáis en niños pequeñitos...

Esta era la razón justa para ser rechazado del nuevo reino de la Tierra: Anemia de los recién nacidos.

Suspiró de manera larga y casi con un estertor. No se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Es verdad —dijo en voz baja—. Ya es hora de pagar al flautista.

—¿Cuándo? —preguntó Mudgett.

—¿Cuándo? —repitió Carson sorprendido—. Oh, antes de que se nos lleve a nuestros hijos.

NI BARROTES DE HIERRO

1

El «Flyaway II», que era lo bastante grande como para llevar un centenar de pasajeros a Gordon Arpe le parecía dos veces mayor con sólo la tripulación a bordo... grande y silencioso, con el silencio de su órbita de mil seiscientos kilómetros por encima de la Tierra.

—¿Cuándo deben llegar? —preguntó por lo menos por cuarta vez el doctor Arpe (ahora capitán). Su segundo oficial, Friedrich Oestricher, miró el cronómetro y luego apartó la vista con aire aburrido.

—La primera remesa estará a bordo dentro de cinco minutos —dijo con aspereza—. Presumiblemente ahora ya habrán llegado al VS-1.

Sólo resta transportarlos aquí mediante el *ferry*.

Arpe se chupó una uña. Aunque siempre fue un tipo alto, delgado y nervioso, el morderse las uñas era en él un vicio nuevo.

—Sigo pensando que es una locura llevar pasajeros en un vuelo como este —dijo.

Oestreichner no contestó. Llevar pasajeros no era ninguna novedad para él. Había sido capitán de un navío de pasajeros en la ruta de Marte durante diez años y lo manifestó: un joven recio y muy musculoso de unos treinta años, cuyo pelo cortado corto se agrisaba a pesar de ser cinco años más joven que Arpe. Era el segundo en el mando del «Flyaway II» sólo porque no tenía conocimientos acerca del nuevo motor. O, para decirlo de otra manera, Arpe era capitán sólo por ser el único hombre que lo entendía por haberlo inventado. De esta manera la píldora quedaba dorada para Oestreichner de manera harto evidente.

Bueno, de todas formas, el primer oficial actuaría como capitán la mayor parte del tiempo. El propio Arpe reconocía que le faltaba conocimiento para gobernar una espacionave. Además, el pensar en los pasajeros casi le causaba terror. Confiaba no tener con ellos el menor contacto posible.

Pero, además, era una locura transportar a cien profanos —la mitad de ellos mujeres y niños, para empeorar las cosas— en el vuelo inaugural de un motor interestelar que no había sido ensayado, basándose sólo en la creencia de un tal doctor Gordon Arpe de que el fruto de su cerebro funcionaría. Bueno, claro que ese no era el único motivo. Todo el proyecto Flyaway, del que Arpe había sido cabeza, creía que funcionaría y lo mismo opinaba el Gobierno.

Y luego allí estaba la Primera Expedición a Centauro, presumiblemente aún en vuelo después de doce años; habían escogido hacer el viaje «a la brava», con motor iónico, a pesar del espectacular viaje de circunvalación en solitario que realizó Garrard; el motor de superimpulsión de Haertel que lo hizo posible fue considerado como perjudicial para la cordura de una numerosa tripulación. El descubrimiento de Arpe constituyó una brecha venturosa totalmente inesperada, ofreciendo la oportunidad de enviar a una remesa de especialistas adiestrados en ayuda de la Primera Expedición colonizadora, llegando sólo poco más de un mes después de que sus antecesores desembarcaran. Y si uno envía ayuda, ¿por qué no enviar familias también... las familias que los de la Primera Expedición dejaron en la Tierra?

Eso explicaba también lo de las dos tripulaciones. Una de ellas la componían los hombres del proyecto. Flyaway, hombres que habían construido varias partes del motor, y que las habían diseñado, o que las conocían íntimamente. La otra estaba compuesta por hombres que sirvieron en algún tiempo —en ciertos casos dos períodos completados— bajo las órdenes de Oestreicher en el Servicio Espacial. Había, claro, alguna súperimposición. La energía que impulsaba el campo motor provenía de un generador de efectos Nernst: una bola compacto de hidrógeno fundente, mantenida junta en el centro de la cámara de combustión por un fuerte campo magnético, que transformaba el calor en electricidad para ser ajustada ésta perpendicularmente en líneas de fuerza magnética. El

mismo generador proporcionaba energía a los cohetes iónicos del vuelo interplanetario ordinario y así podían ser atendidos por tripulaciones corrientes. Por otra parte, el nuevo intento de Arpe de superar la ecuación de Lorenz-Fitzgerald entrañaba dar a todo el navío una masa negativa, un concepto profundamente extraño incluso para los más expertos viajeros espaciales. Sólo un físico que conociese a los agujeros Dirac lo bastante bien como para tutearlos podría haber pensado en esa noción.

Pero funcionaría. Arpe estaba seguro. Un cuerpo con masa negativa podría acercarse muchísimo a la velocidad de la luz antes de que le atrapara la contracción de Fitzgerald y sin la variación frenética no curva en el tiempo subjetivo que la superimpulsión Haertel no Fitzgeraldiana sometía al pasajero. Si el campo podía ser mantenido con éxito a pesar de la contracción, no había motivo para que no se pudiese sobrepasar la velocidad de la luz; bajo tales condiciones, el navío dejaría total.

Y la polaridad masiva no se comporta como la polaridad en campos electromagnéticos. Cuando aparece la gravedad, en donde la masa concierne, signos iguales se atraen y desiguales se repelen. La misma carga del campo debería despedir el objeto cargado lejos de la Tierra a una velocidad considerable.

Los modelos sin tripulación no proporcionaron ninguna desilusión. Se desvanecieron al instante, con el fragor de un trueno. Y puesto que cada átomo del navío se veía afectado por igual, no debería haber sensación alguna de aceleración tampoco... lo que es un requisito primordial para todo motor ideal. Parecía bueno...

¡Pero no para efectuar la primera prueba con un centenar de pasajeros!

—Aquí llegan —dijo Harold Stauffer, el segundo oficial. Pelo pajizo, mimbreño, era aún más joven que Oestreicher y poseía una pequeña barbilla combinada con unos rasgos hermosos dando lo que se suele llamar «una cara débil». Era, ya lo sabía Arpe, tan débil como una locomotora Diésel; pese a su fisonomía. Ahora señalaba a una de las pantallas visoras.

Arpe siguió el dedo de su subordinado. Al principio no vio nada más que el buñuelo con su cubo de rueda en el centro que era el Vehículo Satélite núm. 1, a aquella distancia del tamaño de una moneda de cincuenta centavos. Luego una llamita plateada cerca

del satélite diferenció al primero de los *ferrys* viniendo hacia ellos.

—Será mejor que bajemos a la esclusa de aire —dijo Oestreicher.

—Está bien —respondió Arpe distraído—. Adelante. Yo tengo aún que hacer algunas revisiones.

—Sería mejor que las delegara en otro —dijo Oestreicher—. Es tradicional que el capitán reciba a los pasajeros a su llegada a bordo. Ellos así lo esperan. Y ese grupo probablemente estará asustado, considerando lo que tienen que experimentar. Yo de usted, señor, no rompería la rutina.

—Me puedo encargar de las revisiones —intervino Strauffer, servicial—. Si encuentro alguna dificultad en el motor, señor, siempre puedo recabar la ayuda de su capataz en jefe. El puede juzgar si es necesario avisarle a usted o no hace falta.

Estratégicamente derrotado, Arpe siguió a Oestreicher bajando a la esclusa de aire y puerta hermética del navío.

El primer *ferry* metió su pulida nariz en el área receptora; el morro no tardó en destornillarse y alzarse hacia arriba. El primer pasajero en salir era una criaturita vacilante de dos años, tan abrigada como si esperasen que resistiera «el frío del espacio», de tal modo que nadie hubiese podido decir si era niño o niña. Se cayó, se levantó sin hacer caso y se lanzó corriendo hacia delante y gritando:

—Ba-ba-ba-ba tú... ba-ba-ba tú
ba-ba...

—Entonces chilló como transfigurado, mirando a aquella enorme cueva metálica con ojos de asombro.

—¿Judy? —gritó una voz dentro del *ferry*—. ¡Judy! ¡Judy, espera a tu mamáita!

Al cabo de un instante emergió la propietaria de la voz: una chica bajita, rubia, de unos dieciocho años. La niña para entonces había ya localizado a un tripulante que sonreía benévolo y corrió hacia él llamándole:

—Papi, papi, papi, papi, papi, —como una ametralladora. La mujer la siguió ruborizada.

El tripulante no se mostró embarazado. Era evidente que con anterioridad le habían llamado papá los niños de tres planetas y cinco satélites, lo que con seguridad quizá no fuera del todo

descaminado. Cogió a la nenita y la acarició amable.

—¡Eh, eh, Judy! —dijo—. ¡Que te pillo! ¿Dónde se ha metido Judy? ¡No la veo!

Judy rió y se tapó la carita con las manos, juguetona y mirando por entre los dedos.

—Algo va mal aquí —murmuró Arpe, al oído de Oestreicher—. ¿Cómo puede un hombre que lleva doce años viajando hacia Centauro tener una hija de dos años?

—Yo de usted, señor, no haría esa pregunta —contestó Oestreicher sin mover los labios—. Los pasajeros jamás forman un todo uniforme. Es mejor acostumbrarse a eso.

El aforismo iba a quedar ampliamente ilustrado. A punto de abandonar el *ferry* había una anciana que posiblemente hubo de ser la madre de uno de los tripulantes de la Primera Expedición a Centauro; según las normas corrientes, ella no estaría en condiciones de soportar un viaje a través del espacio y seguro que de nada serviría a ninguno cuando llegase. La seguía una muchachita impresionante, trigueña con un corpiño ajustadísimo y ceñidos leotardos, con figura de esbelta bailarina. Podría estar en alguna edad comprendida entre los 21 años y los 41; no llevaba ningún anillo de casada y la dura expresión de su rostro, por otra parte adorable, no sugería que fuese la esposa de nadie. Cosa rara, ella también parecía familiar. Arpe dio con el codo a Oestreicher señalándola.

—Celia Gopardi —dijo Oestreicher, con una esquina de su boca —. Actriz de
Tres-V.

Estoy seguro de que la habrá visto actuar alguna vez, señor.

Y sí que la había visto; pero nunca la habría reconocido así con su aspecto actual, porque ahora no sonreía. Su presencia allí desafiaba cualquier explicación que él pudiese imaginar.

—Actriz de la pequeña pantalla o no, hay algo irregular en todo esto —dijo Arpe, en voz baja—. Evidentemente ha habido un desliz durante las entrevistas. Quizá deberíamos devolver a la Tierra parte de este lote.

Oestreicher se encogió de hombros.

—Es su navío, señor —dijo—. Sin embargo, mi voto queda en contra.

Arpe apenas le oyó. Si algunos de aquellos pasajeros tenían tan poco derecho al viaje como parecía... y no habría tiempo para reemplazarlos... Al azar, se dirigió hacia la madre de la nenita.

—Perdóneme, señora...

La muchacha se volvió sorprendida y con tono placentero dijo:

—¡Oh, capitán!

—Ejem, se me acaba de ocurrir que puede haber habido una, ejem, un error. Los pasajeros del «Flyaway II» deben ser estrictamente sólo colonos técnicos y, ejem, parientes legales de los componentes de la Primera Expedición a Centauro. Puesto que su Judy no parece tener más de dos años y haciendo ya doce años los pasajeros desde... Los ojos de la muchacha habían tomado ya un tono azul-hielo, la respuesta de ella hizo que Arpe deseara no haber pronunciado nunca aquellas palabras que aún sin terminar la frase dejaban entrever algo deshonesto.

—Judy —dijo la joven—, es la nieta del capitán Willoughby, de la Primera Expedición. Yo soy su hija. Lamento que mi marido no esté vivo para calentarle las orejas por su impertinencia, capitán. ¿Alguna pregunta más?

Arpe abandonó el campo de batalla sin entretenerse en recoger a sus heridos. Se vio detenido en su retirada por un muchacho de unos trece años que llevaba unas gafas asombrosamente gruesas y un mechón de pelo rubio sucio que se extendía en todas direcciones como un penacho.

Señor —dijo el chico—. Tenía entendido que esto sería un navío de distinta clase. Parece un EC-Cuarenta y siete de carga. ¿No es cierto?

—En efecto, lo es —respondió Arpe—. Es decir, el casco es el mismo, pero los motores y su adaptación son nuevos.

—Ajajá —exclamó el muchacho. Le dio la espalda y siguió husmeando.

El ruido crecía a medida que se iba llenando el área de recepción. Arpe se sentía incómodo al darse cuenta de que Oestreicher le vigilaba con una especie de inconfundible expresión desdeñosa, pero no pudo escabullirse; un hombrecillo compacto, vestido de gris, le tenía cogido del brazo.

—Capitán Arpe, soy Forrest, de la Comisión del Presidente que ha de desembarcar antes de la partida —dijo en un suave murmullo,

tan rápidamente que apenas separó una sílaba de su inmediata anterior—. Hemos hecho investigaciones sobre usted y hemos descubierto que se halla en condiciones. Sólo queremos que recuerde que su motor es más importante que ninguna otra cosa a bordo. Lleve a los pasajeros donde quieran ir por todos los medios factibles, pero si no se puede, lo que quiere el Gobierno es que vuelva ese motor. Eso quiere decir que en caso necesario lance al vacío a los pasajeros. ¿Entendido?

—Está bien —eso le había estado acuciando desde casi los primeros momentos de su nombramiento, pero de pronto saltaba a ser una propuesta completamente clara, ahora que los viajeros estaban llegando en persona. Lleno de súbita emoción, casi horrorizado, Arpe se despidió del funcionario. Enviando al cuerno la tradición, regresó al puente todo lo de prisa que pudo, dejando que Oestreicher apechugase con la tarea de recibir a los recién llegados. Después de todo, Oestreicher sabía cómo proceder.

Pero aún tenía por delante el resto de su pesada prueba. El navío no podía zarpar hasta «mañana», después de un período de doce horas durante el cual los pasajeros se acostumbrarían a sus alojamientos y se les respondería a las preguntas suficientes para que se atrevieran a pasear por las zonas prohibidas del navío. Y todavía tenía que enfrentarse a la tradicional Cena del Capitán: una ceremonia necesaria durante la que los pasajeros solían comer en caída libre, sin gravedad, para liberarse de sus primeras torpezas con las herramientas utilizadas en el espacio y empezaban a conocerse mutuamente, con la ayuda de los oficiales. Era más que nada un paso inicial y no el definitivo, al igual que ocurre en los mares con la también llamada Cena del Capitán.

—¿Stauffer, cómo fueron las revisiones?

—Por favor, capitán, llámeme «señor Stauffer» —dijo el segundo oficial, educadamente—. Está bien, señor. Pedí a su capataz que firmase en el diario de a bordo conmigo, lo que hizo.

—Perfecto. Gracias... ejem, señor Stauffer. Adelante.

—Sí, señor.

Se presentaba todo como una larga velada. Quizá Oestreicher accediera voluntariamente a pasar por alto la Cena del Capitán. De todas maneras, Arpe lo dudaba.

Claro que no quería. Hacía tiempo que lo tenía todo dispuesto. Puesto que allí no había salón la comida se celebró en una de las más pequeñas bodegas, cuya carga se sujetó temporalmente en los pasillos. Toda la superficie interior de la bodega estaba ocupada por mesas en forma de silla, a la que los invitados se sujetaban mediante ganchos del cinturón; el servicio llegaba desde arriba en mitad del aire.

La mesa de Arpe estaba ocupada por el chavalito de trece años que conoció antes, una enfermera del navío, dos técnicos de los especialistas del pasaje destinados a la colonia, un oficial del generador Nernst y Ciela Gopardi, que se sentaba junto a Arpe. Puesto que no tenía hijos suyos, no se la colocó en las mesas destinadas a padres y niños, además, ella era una celebridad.

Arpe se quedó abrumado al descubrir que no era la única persona famosa a bordo. En la tabla contigua estaba Daryon Hammersmith, el hombre que en los noticieros llamaban «el conquistador de Titán». Era inconfundible aquel explorador de anchos hombros y bravucón, con voz gruesa; constituía un centro natural de la atención, especialmente entre las mujeres. Caldeaba, pero eso le hacía parecer más un oficial prusiano de la vieja escuela y tan abrumadoramente masculino y cruel como una pantera de caza.

Durante bastante tiempo, Arpe no tuvo nada que decir. Prefería mejor que aquella vaciedad de su mente durase; quizá los pasajeros llegasen a la conclusión de que era taciturno por naturaleza y... Pero el silencio en la mesa del capitán se hizo manifiesto, en especial por contra posición al ruido que los niños hacían en todas partes. En la mesa de al lado. Hammersmith comenzaba a narrar historias.

¡Y qué historias! Arpe sabía muy poco de satélites, pero estaba seguro del todo de que no habían tigres de la nieve en Titán, que se comiesen los cimientos de los edificios, ni tampoco nativos de tres ojos a quien les gustase calentar la carne humana helada hasta que sus fluidos cambiasen de Hielo IV a Hielo III. Si los habían, era raro que el libro escrito por Hammersmith acerca de la expedición de Titán no los hubiese mencionado. Pero el explorador hacía que el silencio de Arpe fuese más de notar; por lo que el capitán se dio cuenta de que tenía que decir algo.

—Señorita Gopardi... es un honor para nosotros tenerla en este viaje. Supongo que tiene un marido entre la Primera Expedición.

—Sí, perra suerte —exclamó ella, mordiendo con sus uniformes dientes blancos un muslo de ave—. Mi quinto.

—Oh. Bueno, si al principio no se tiene éxito... ¿no es así lo que se dice? Va a soportar un largo viaje para estar con él de nuevo. Me alegro de que ahora esté tan segura de su amor.

—Segurísima —respondió ella con suma tranquilidad—. Es un largo viaje, de acuerdo. Pero él cometió un gran error cuando pensó que sería demasiado largo para mi.

El muchacho de trece años la miraba con la fijeza de un muchachuelo. Aquella noche se le presentaba prometedora.

—Claro, Titán ha sido considerablemente domado desde mi tiempo —bramaba jovial Hammersmith—. Ya he dicho que la nueva cúpula de allí es casi confortable, a excepción del viento. Ese viento... aún sueño con él de vez en cuando.

—Admiro su valor —dijo Arpe a la estrella de la 3-V,

comenzando a sentirse algo galante. Quizá tenía cualidades de las que nunca sospechó y por tanto las dejó desvanecerse casi por descuido; parecía hasta ahora comportarse lo bastante bien.

—No es valor —dijo la mujer, agarrando una rebanada de pan de las tenacillas articuladas que pendientes del techo servían para presentar el servicio—. Es desesperación. Odio el vuelo espacial. Lo sé muy bien porque he hecho el circuito de la Luna en turnes artísticas con excesiva frecuencia. Pero voy a hacer que ese piojoso cobarde vuelva aunque sea la última obra que haga en este mundo.

En un preciso bocado cercenó la tercera parte de la rebanada de pan.

—No hubiese pensado en ello si no hubiera perdido mi sexto esposo por culpa de Peggy Walton, ese don Juan; debí estar loca. Pero Johnny no se molestó en divorciarse de mí antes de partir para ese safari en Centauro. Ese fue mi error. Voy a traerlo a rastras si es preciso.

Dobló el resto del pan y lo partió delicadamente en dos. El muchacho de trece años parpadeó y apartó la vista.

—No, no puedo decir que eche mucho de menos a Titán —dijo Hammersmith en tono meditativo que sin embargo entrañaba un

profundo significado—. Me gustan los planetas desde el cielo, es claro, la mayor parte del tiempo. Mi afición es la micro astronomía... como incidentalmente hablando, he de decirles que me he labrado una pequeña reputación en ese campo, estrictamente como aficionado. Comprendo que las estrellas deberían ser extrañamente claras y brillantes en la zona de Centauro, pero no hay nada como el espacio abierto para un trabajo serio.

—A decir verdad —prosiguió Celia, aunque para gusto de Arpe había dicho demasiado la verdad ya—, estoy mortalmente asustada de este atestado ataúd suyo. Pero qué diablos, de todas las maneras hemos de morir. En la Tierra, todo el mundo sabe que no puedo estar casada dos años, no importa cuántas cartas de admiradores reciba. O cuántas declaraciones (honorables o menos honorables). No me hace ningún bien que tres millones de hombres digan que me aman. Sé lo que piensan en realidad, Cada vez que cargo con uno de ellos, se me desvanece huyendo.

El trozo doblado de pan desapareció también sin el menor sonido.

—¿Entonces realmente no va usted a ser miembro de la colonia? —preguntó alguien a Hammersmith.

—No, por lo menos durante una temporada —contestó el explorador—. Llevo allí a mi prometida —por lo menos dos series de rostros femeninos se pusieron serias con gesto plenamente visible—. Queremos establecer allí nuestro hogar, pero espero seguir adelante con un crucero de calibración. Tengo la teoría de que el motor de nuestro capitán puede producir algunas dificultades en la navegación. Yo estaré con mis manías todo el rato; la disposición de este cacharro me conviene estupendamente.

Arpe no parecía estar seguro de lo que acababa de oír. Estaba convencido de la inexistencia de la micro astronomía como disciplina científica y también estaba segurísimo de que cualquier crucero de colivación (Hammersmith hasta había utilizado una palabra equivocada) que requiriese el motor de Arpe debería ser dirigido únicamente por Gordon Arpe, a menos que antes pasasen por encima de su cadáver.

—Ese hombre —prosiguió Celia Gopardi implacable—, que voy a pescar, lo cogeré aunque tenga que recorrer toda la galaxia. Ya le enseñaré a no huir de mí sin legalizar primero nuestra separación.

Con el tenedor apuñaló un meollo de lechuga arrancándole de las tenacillas articuladas y metiéndola en la salsera de salsa rusa que también volaba por el aire cerca de las tenacillas.

—¿Dónde se cree que ha ido... A la Legión Extranjera? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Él? Es tan inútil que no sabría salir de un supermercado si no tenía en la mano un mapa. Arpe carraspeaba y boqueaba como un pez. La chica le sonreía cálida, en medio de una nube de penetrante perfume contra la que los ventiladores del navío luchaban en vano. Jamás se había sentido menos capitán de un gran navío. En otro segundo estaría diciendo tonterías. Ya comenzaba a ruborizarse.

—Señor...

Era Oestreicher, inclinándosele para hablarle al oído. Arpe casi se puso a abrazarle agradecido.

—Diga, señor Oestreicher.

—Estamos preparados para comenzar a deslizarnos hacia abajo;

El

VS-1

ya nos ha pedido que despejemos la zona un poco antes, en vista del creciente tránsito. Si pudiese disculparse, le necesitamos en el puente.

—Muy bien. Señores caballeros, por favor, perdónenme; tengo deberes. Espero que sigan con la cena y que lo pasen muy bien.

—¿Ocurre algo malo? —dijo Celia Gopardi, mirándole fijamente a los ojos. El corazón de Arpe latió con fuerza, casi con la potencia de una prensa hidráulica.

—Nada malo —dijo Oestreicher con suavidad desde detrás de él—. Siempre hay trabajo que hacer para un oficial. ¿Preparado, capitán?

Arpe con una pataleta se separó de la mesa volando por el aire, esquivando a un camarero que flotaba en aquella dirección por pocos centímetros. Oestreicher le cogió a tiempo de impedirle que se diese de cabeza con un costado de la mampara.

—Tenemos dos horas para permitir que los pasajeros acaben de comer y se acuesten —informó Oestreicher en la sala de control—. Entonces comenzaremos a construir el campo. ¿Seguro que no será necesaria ninguna precaución contra la brusca aceleración?

Arpe se estaba recuperando; ahora que las preguntas eran

técnicas sabía el terreno que pisaba.

—No, ninguna en absoluto. El campo no significa nada mientras se está construyendo. Tiene que llegar a cierto límite antes de que haga efecto. Una vez cruce ese punto de la curva, el efecto es total, inmediato. Nadie notará nada.

—Bueno. Entonces podemos acostarnos para dormir unas cuantas horas. Sugiero, señor, que el señor Stauffer efectúe el primer turno de guardia; yo el segundo; ese le dejará a usted en cubierta cuando el motor funcione, si se puede retrasar tanto. Ya nos hemos colocado en una ligera retrocurva con respecto a VS-1.

—Puede retrasarse cuanto queramos. El campo no cruzará el umbral del punto crítico hasta que cerremos esa llave.

—Eso tenía entendido —comentó Oestreicher—. Muy bien, señor. Entonces coloquemos los turnos ordinarios y pongámonos en camino a la hora fijada. Para entonces nuestro apogeo estará muy lejos de la estación satélite. Sería mejor observar la rutina normal, hasta el momento en que el viaje en sí se convierta en inevitablemente normal.

Eso era prudencia, claro. Arpe sólo pudo hacer una cosa, asentir, aunque dudaba muchísimo de que pudiese dormir antes de emprender el experimento. El puente se vació, excepto Stauffer y un joven miembro del grupo Nernst, y el silencio se apoderó del navío.

Por la mañana, mientras los pasajeros dormían.

Arpe cerró la llave.

El «Flyaway II» se desvaneció sin el menor sonido.

2

Mamita, mamita, mamita, mamita, mamita.

Sueño que le veo. Johnny, te amo, estás bajando por la escala para entrar en la cámara y no puedo seguirle y se ha ido ya y es la hora de mi próximo número.

Espacionave vuelo en ella y Bobby puede verme y toda la gente.

Alguna especie de emergencia, ¿pero entonces por qué no suenan las alarmas? He de llamar a Stauffer.

¿Papi? ¿Papi? ¿Ba-ba-ba te veo? Papi.

¿Dónde está la botella? Comprendo que no debí dejarme embarcar en aquel juego.

El viento; siempre el viento.

Caer, caer, ¿por qué no puedo dejarme caer? ¿Moriré si paro?

Dos puntos, ocho, tres, cuatro. Dos puntos, ocho, tres, cuatro. Sigo pensando dos puntos ocho, tres, cuatro; eso es lo que dice el manómetro: dos punto ocho tres cuatro.

Que alguien pare ese viento. Le digo que habla. Le digo que lo oigo, palabras en el viento.

Johnny, no te veo. Cabalgo en un elefante y él trata de bajar por la escala tras de mí y se va a romper.

No suenan las alarmas. Todo bien. Pero no puedo pensar. No puedo, mamaíta, escala, espacionave, pensar por ba-ba-te veo, viento. Papi, botella, segundos, recto. ¿Qué importa ahora el juego de la botella? ¿Dónde está ese físico del dos punto ocho tres cuatro, o cómo diablos se llame, Papi, Johnny, Arpe?

Te amo.

¿Moriré si paro?

El viento.

Dos punto.

Mamita.

Alto.

Alto. Alto. Arpe. Arpe. ¿Dónde estás? Todos los demás, alto al pensar, ALTO. Estarnos leyéndonos los pensamientos uno a otro. Que cada cual trate de parar antes de que nos volvamos locos. ¿Capitán Arpe, me oye? Venga al puente. ¿Arpe, me oye?

Le oigo. Voy para allá. Dios mío.

Mire ahí en el manómetro de la tensión del campo.

Dos punto, ocho, tres, cuatro.

Sí, usted. Concéntrese, trate de no prestar atención a nada más.

Sí, señor. 2.834. 2.834. 2.834.

Ustedes, las personas, son criaturas a su cargo, traten de tranquilizarlas, vuélvanlas a acostar. ¡Señor Hammersmith!

El viento... ¿Diga?

Despierte. Necesitamos su ayuda. Aquí Oestreicher. Cubierta estelar inmediatamente, por favor. ¡Eh, payo!

Pero... De acuerdo, señor Oestreicher. Voy para allá.

Mientras la poderosa personalidad del primer oficial se hacía cargo del control de la situación, la furiosa tempestad de emoción y ensueño disminuyó... gradualmente hasta convertirse en una especie de hosco trasfondo de un mar de miedo, marcado por las espumas blanquecinas de la histeria, y Arpe se sintió capaz de pensar nuevamente en sus propios pensamientos. No cabía la menor duda: todo el mundo a bordo del Flyaway II se había convertido súbitamente en télépata total.

—¿Pero cuál podía ser la causa? El campo no, desde luego. No sólo no había nada en teoría capaz de originar el fenómeno, sino que el campo llevaba ya casi una hora de efectividad a esta pasma intensidad, sin producir ningún pandemónium como aquel.

—Esa es también mi conclusión —dijo Oestreicher mientras Arpe entraba aún en el puente—. Se habrá dado cuenta de que ahora podemos mirar al exterior del navío y que los instrumentos exteriores vuelven a funcionar. Ninguno de esos chismes marcaba hace algunos minutos; nos quedamos como ciegos nada más atravesar el umbral.

—¿Cuál es la alternativa, entonces? —preguntó Arpe. Hallé que servía de ayuda hablar en alta voz; le distraía de la subcorriente de pensamientos íntimos de cada cual—. Debe ser una característica del espacio en que estamos, sea cual fuere éste. ¿Algún indicio?

—Hay un sol ahí afuera —dijo Stauffer—, y tiene planetas. Dentro de un minuto tendré las cifras correspondientes. Sin embargo, lo que ya puedo adelantarle es que no se trata de Alfa Centauro. Es demasiado apagado.

Sin saber porqué, Arpe no había esperado que lo fuera. Alfa Centauro se hallaba en el espacio normal y este era todo evidentemente menos normal. Captó las cifras apenas aparecieron en la superficie del cerebro de Stauffer: Diámetro del primario... mil seiscientos kilómetros (¿Podía ser correcto ese cálculo? Sí, lo era. Pero resulta increíble). Número de planetas... seis. Diámetro del planeta externo... unos mil seiscientos kilómetros; distancia del primario... ochenta millones de kilómetros.

—¿Qué clase de endiablado sistema es éste? —protestó Stauffer—. Seis planetas dentro de seis unidades astronómicas y el exterior tan grande como un sol. ¡Eso es imposible dinámicamente!

Cierto que lo era y no obstante, resultaba en algún modo

familiar. Gradualmente empezó a comprender la verdad; sólo hay una clase de sistemas en el que tanto el sol primario como su planeta exterior eran consistentemente $1/80.000$ parte de la distancia de la órbita más externa. Reprimió esta noción de manera temporal, en parte para ver si era o no posible ocultar de los demás un pensamiento en aquellas circunstancias.

—Compruebe las distancias orbitales, señor Stauffer. Deberían haber sólo dos cifras entre los datos.

—¿Dos, señor? ¿Para seis planetas?

—Sí. Usted encontrará que dos de los cuerpos ocupan la misma distancia y que los otros cuatro están a unos ochenta millones de kilómetros.

—¡Santo cielo! —exclamó Oestreicher. ¡No me diga señor, que nos hemos metido dentro de un átomo!

—Eso parece. Dígame, señor Oestreicher, ¿lo obtuvo de mi pensamiento o lo dedujo de lo que yo dije?

—Bueno; ahora sabemos algo más: Es posible reprimir un pensamiento dentro de este medio. He estado reteniendo la idea «átomo de carbón» justo por debajo del nivel de mi consciencia activa durante varios minutos.

Oestreicher frunció el ceño y pensó: «Eso es bueno saberlo, incrementa la posibilidad de controlar el pánico...». Despacio, como un navío hundiéndose, el resto del pensamiento se ocultó. El primer oficial estaba practicando.

—Tenía usted razón con respecto a los planetas, señor —informó Stauffer—. Supongo que eso significa que su movimiento de rotación será igual lo mismo que su velocidad de translación. Y que tampoco habrá eclíptica.

—Necesariamente. Son electrones. Ese «sol» es el núcleo.

—¿Pero cómo sucedió? —preguntó Oestreicher.

—Sólo puedo deducirlo. El campo nos da una masa negativa. Nunca encontraremos en la naturaleza masa negativa, excepto en el microcosmo. Evidentemente es el único reino en que puede existir... por tanto, puesto que nosotros teníamos masa negativa, nos vimos colapsados en el microcosmo.

—Fantástico —gruñó Oestreicher—. ¿Se puede salir, señor?

—No lo sé. La masa positiva es permisible en el microcosmo, así que si cortamos el campo, puede que nos quedemos en el mismo

sitio en que estamos. Tendremos que estudiar el problema. Lo que más me interesa ahora es la telepatía; debe haber alguna razón para que exista.

Meditó en aquello. Hasta ahora, nunca había creído en la telepatía; su conocido comportamiento en el macrocosmo había sido tan contrario a todas las leyes físicas que era fácil asumir su no existencia. Pero las leyes del macrocosmos no tenían aplicación aquí abajo; esto pertenecía al dominio de la mecánica de los quantum... aunque la telepatía no obedecía tampoco a esa escuela. ¿Era posible que los campos de la «parapsicología» formasen parte de la maravillosa estructura de este universo, como los campos electromagnéticos de este universo en sí eran la maravillosa estructura del macrocosmo? De ser así, cualquier efecto telepático que apareciese en el macrocosmo serían los rastros sólo, una filtración o residuo, flotante y a la deriva, más allá de toda esperanza de control...

Advirtió que Oestreicher iba siguiendo su razonamiento con considerable interés.

—No estoy acostumbrado a pensar en los electrones como poseedores de ninguna estructura maravillosa —dijo.

—Bueno, todas las partículas atómicas tienen movimiento rotatorio y para medirlo se tiene que tener alguna clase de punto sobre la partícula que se traslade en el espacio de una posición a otra... por lo menos por analogía. Yo diría que ahora la analogía se ha establecido; todo cuanto tenemos que hacer es mirar por los ventanales al exterior.

—¿Quiere usted decir, señor, que podemos aterrizar en una de esas cosas? —preguntó Stauffer.

—Así lo pienso —repuso Arpe—, sí es que ganásemos algo aterrizando. Se lo dejo a usted, señor Oestreicher, para que lo decida.

—¿Y por qué no aterrizar? —exclamó Oestreicher, añadiendo, para sorpresa de Arpe—: La posibilidad de la investigación científica en sí no debería ser pasada por alto.

De pronto, el trasfondo de miedo, que Arpe había logrado ignorar más y más, comenzó a crecer ominosamente; enormes olas de pánico puro comenzaron a agitarlo.

—Uf —exclamó Oestreicher—. No nos tapábamos lo bastante...

hemos olvidado que podían captar cada palabra descuidada que dijésemos. Y no les gusta la idea.

No les gustaba. Los pensamientos individuales eran difíciles de captar, pero era evidente ese significado principal. Aquellas gentes estaban decididas a ir a Centauro. La buena posibilidad de que se viesen atrapadas a un nivel atómico era bastante pavorosa, pero correr el riesgo de aterrizar sobre un electrón...

Bruscamente Arpe sintió, casi sin palabras que le acompañasen, la cruda fuerza de Hammersmith arrojándose contra la corriente. La mente del explorador no había estado en evidencia en absoluto desde la primera impresión; con toda claridad había descubierto por sí mismo el truco de enmascarar el pensamiento. Durante un momento un agudo sentido militar de Hammersmith contrarrestó produciendo lo que podía considerarse un efecto calmante...

Al filo del puro terror se agitó la masa. Fue Celia Gopardi; acababa de despertar y se veía despojada por completo de su corteza de bravuconería. Siguiendo aquel grito insonoro, las olas de pánico se hicieron más altas, más rápidas...

—Tendremos que hacer algo con respecto a esa mujer —dijo tenso Oestreicher. Arpe advirtió con interés que estaba enmascarando el pensamiento de lo que hablaba, con una difícil jugarreta técnica; también trató de enmascararlo—. Va a amotinar a todo el navío. Usted, señor, habló con ella bastante rato anoche; quizá sería mejor que lo intentase ahora.

—Está bien —asintió Arpe, de mala gana, dando un paso hacia la puerta—. Presumo que estará en sus...

¡Plaf!

Celia Gopardi estaba en su camarote.

Lo mismo el capitán Arpe.

Ella lanzó un gritito agudo al reconocerle.

—No se alarme —dijo Arpe, con rapidez, aunque estaba tan asustado casi como ella—. Escuchen, señor Oestreicher y todos los demás: Tengan cuidado con hacer algún movimiento súbito teniendo en la cabeza un destino definido. Lo más probable es que lleguen allí sin cruzar la distancia entremedia. Es una característica del espacio en que nos hallamos.

Le entiendo, señor. ¿Así que la teleportación está a nivel de un simple salto? Debe ser molesto, de acuerdo.

—Es... usted muy amable... al tratar de... tranquilizarme —dijo la muchacha con timidez. Arpe advirtió que la joven podía enmascarar lo que pensaba. Tendría que ser cuidadoso en lo que dijese porque ella, efectivamente, haría circular cada palabra conocida a través del navío entero. En cierto modo la cosa era mala. Tan atractiva como la muchacha en su papel de celebridad, era todavía aún más hermosa al verla asustada.

Por favor, señorita Gopardi, trate de contenerse —dijo—. No parece haber ningún peligro inmediato. El navío es sólido y sus mecanismos funcionan todos como debieran. Tenemos suministros para todo un año y energía ilimitada; es posible que con relativa facilidad escapemos de aquí. No hay nada que temer.

—No puedo evitarlo —dijo ella desesperada—. Ni siquiera puedo pensar con serenidad. Mis ideas se mezclan con las de todo el mundo.

—Todos padecemos de la misma dificultad —contestó Arpe—. Si se concentra, hallará que puede filtrar los pensamientos de los demás en un noventa por ciento. Y tendrá que intentarlo, porque si continúa asustada contagiará de su pánico a otra gente... especialmente a los niños. Las criaturas están indefensas contra las emociones del adulto aún sin telepatía.

—Lo... lo intentaré.

—Buena chica —y con una ligera sonrisa—: Después de todo, si piensa usted tan pobremente de su quinto esposo como dice, agradecerá este pequeño retraso en el viaje.

Fue lo más erróneo que podía haber dicho. De inmediato, en el fondo del cerebro de la muchacha, una voz gritó con insonora angustia: ¡Pero si le amo!

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Sin saber qué hacer, Arpe se fue.

Caminó con cuidado, sin prisa por repetir la sorprendente teleportación. En el puente principal se vio casi atropellado por un oficial de segunda categoría.

—Perdóneme, señor. Tengo un informe aquí, del cirujano del navío. El doctor Hoy le dice que es urgente y que sería mejor que fuese usted en persona.

—Oh, está bien, ¿de qué se trata?

—Con los saludos del doctor Hoyle, señor, le sugiere que se

revise la tensión de oxígeno. Tiene un caso quirúrgico de urgencia... una pasajera... y sugiere que la presión debe de estar cerca de los tres mil metros.

Arpe trató de pensar en aquello, pero no le decía nada el problema y lo que le decía era confuso. Conocía a aquellas espacionaves, siguiendo una tradición de tiempo instalada en el vuelo atmosférico, por costumbre se expresaba la tensión de oxígeno en términos de metros de altitud con respecto a la superficie de la Tierra; pero tres mil metros —aunque indudablemente causase alguna molestia—, no parecía representar una baja concentración peligrosa. Ni tampoco pudo ver relación entre un nivel empobrecido de oxígeno y un caso de urgencia quirúrgica. Además, estaba demasiado nervioso por causas de Celia Gospardi.

La entrevista no había terminado del modo en que confiaba en que lo hiciese. Pero quizá era mejor haberla dejado apenada que dominada por el pánico. Claro, si transmitía su pena a todo el navío mucha gente la recibiría, personas que tenían motivos para apenarse tan reales como los de la actriz.

—La pena deja inactivo —dijo Oestreicher, cuando Arpe volvía a entrar en el puente—. Incluso en lo peor, no crea tumultos. Anímese señor. Yo no lo hubiese hecho mejor, de eso estoy seguro.

—Gracias, señor Oestreicher —contestó Arpe, ruborizándose. Evidentemente se olvidó de enmascarar sus pensamientos; «pensar en voz alta era molesto allí». Para cubrirse, repitió el confuso mensaje de Hoyle.

—¿Eh? —Oestreicher avanzó hasta el tablero de control y contempló los manómetros Bourdon con una sola mirada general—. Tiene razón. Estamos superando los tres mil cien metros ahora. Una vez lleguemos a los tres mil quinientos os ordenaré que todo el mundo se coloque las máscaras. Pensé que me sentía un poco con la cabeza ligera. Señor Stauffer, ordene un aumento de la presión y ponga en servicio inmediatamente al pelotón de las burbujas.

—Está bien —respondió Stauffer y salió.

—Señor Oestreicher, ¿qué es todo esto?

—Tenemos una buena filtración, señor... oh, más probablemente, toda una serie de filtraciones. Hemos de descubrirlas y saber a donde va todo este aire. Podíamos haber

matado ya al paciente de Hoyle.

Arpe gruñó. Sorprendentemente, Oestreicher sonrió.

—En todo hay filtraciones —dijo en tono conversacional—. Esa es la primera ley del espacio. En la ruta de Marte, cuando sentíamos antipatía por un capitán, solíamos desearle un viaje interesante. Este es interesante.

—Es usted un psicólogo, señor Oestreicher —dijo Arpe, y logró sonreír—. Muy bien; ¿cuál es el programa ahora? Me siento algo pesado.

—Vamos a efectuar una aproximación a cohete hasta el electrón más próximo, señor, y nos veremos en movimiento. No hay razón por la que sigamos suspendidos así. Evidentemente la Tercera Ley del Movimiento no queda anulada aquí abajo.

—Lo que es un respiro —dijo Stauffer con tristeza desde la puerta—. El pelotón de las burbujas está en movimiento, señor Oestreicher, pero costará un ratito. Capitán, ¿qué vamos a ver? ¿Ondas Gamma? El espacio en sí no parece estar oscuro en esta zona.

—Las ondas Gamma son demasiado largas —contestó Arpe—. Probablemente serán ondas Broglie. El firmamento iluminado es probablemente una demostración de la paradoja de Obler: es como nuestro espacio se mostraría si las estrellas estuviesen esparcidas a distancias iguales por todas partes.

Eso me hace pensar que hemos de estar dentro de un gran cuerpo de materia. Y el más próximo era el VS-1.

—Ajajá —exclamó Stauffer—. ¿Y qué nos ocurrirá cuando un rayo cósmico primario venga cargando por aquí y rompa nuestro átomo? Arpe sonrió.

—Ya conoce la respuesta. ¿Ha detectado algún movimiento en este electrón al que nos acercamos?

—No mucho... sólo un normal movimiento planetario. Casi unos veintidós minutos por segundo... cosa esperable en relación a la órbita.

—Lo que no sería de esperar en absoluto a menos que vivamos en una escala de tiempo terriblemente acelerada. Según nuestra escala de tiempo nativa no hemos estado aquí ni una billonésima de segundo. Podríamos pasarnos el resto de nuestras vidas sin ver un

neutrón libre o un primario cósmico.

—Eso es un alivio —contestó Stauffer; pero parecía algo dudoso.

Guardaba silencio mientras el pequeño mundo crecía gradualmente por las ventanillas. No se percibía ningún detalle superficial y el albedo era alto. Cuando se acercaron más, las razones de ambos efectos se hicieron evidentes, porque cada momento que pasaba los contornos del cuerpo se hacían más turbios. Parecía estar aposentado en una especie de espesa bruma.

—Ya estamos lo bastante cerca —ordenó Oestreicher—. No podemos hacer aterrizar al «Flayway» de todas maneras; tendremos que enviar a un par de personas en un cohete individual. ¿Sugiere usted algo, señor?

—Yo iré —dijo Arpe inmediatamente—. No me perdería por nada del mundo una oportunidad como esta.

—No se lo censuro, señor —contestó Oestreicher—. Pero ese cuerpo no parece tener ninguna corteza sólida. ¿Qué pasaría si se hunde hasta el centro?

—No es probable —repuso Arpe—. Tengo un pequeño incremento de masas negativas y lo conservaré captando el campo del navío con una antena. El electrón es luz, pero su masa resulta positiva; en otras palabras, me repelerá ligeramente. No me hundiré mucho.

—Bueno, entonces, ¿quién le acompañará? —preguntó Oestreicher, enmascarando cada palabra con el máximo cuidado. Con un observador adiestrado bastaría, pero necesitará a alguien para manejar el ánora. Me asombra no haber tenido noticias ya de Hammersmith... ¿se ha fijado lo herméticamente que se ha encerrado en cuanto apareció este asunto a la luz?

—Sí que lo hizo —repuso Arpe confuso—. Hace una hora que no percibo nada de él. Bueno, eso es cosa suya; quizá ya haya tenido bastante con Titán.

—¿Qué hay de la señorita Gopardi? —sugirió Stauffer—. Su compañía parece tranquilizarla, capitán, y eso le daría algo nuevo en qué pensar.

También, por otra parte, sacaría del navío un centro de pánico incipiente con bastante tiempo como para dejar que las otras personas se calmasen.

—Muy bueno lo que usted dice —dijo Arpe—. Señor Stauffer,

ordene que preparen la chalupa cohete.

3

El pequeño inundo tenía superficie sólida, después de todo, aunque se curvaba tan gradualmente en la reluciente bruma de su atmósfera que resultaba muy difícil ver. Arpe y la muchacha parecían estar caminando metidos hasta la cintura en alguna especie de sustancia atorbellinada y opalescente que portaba en suspensión un polvo metálico coloide como diminutos lentejuelas. Las débiles repulsiones contra sus trajes espaciales no se notaban como tales; en su lugar parecía que caminaban en un campo gravitacional de una décima parte del valor correspondiente al de la Tierra.

—Hay un silencio terrible —dijo Celia.

Advirtió Arpe que los aparatos de radio de sus trajes no funcionaban. Por fortuna, las propiedades trasmisoras del pensamiento del medio en su torno permanecían inmutables.

—No estoy seguro de que esta materia sea capaz de transmitir ningún sonido —respondió—. De todas maneras no es un gas de los que conocemos.

Es simplemente una manifestación de lo indefinido. Nadie ha sabido con exactitud la verdadera naturaleza del electrón; sus límites se pierden con los de la nada en particular.

—Bueno, esto es misterioso. ¿Cuánto tiempo tendremos que estar aquí?

—No mucho. Sólo quiero hacerme alguna idea de su composición.

Se inclinó. Vio que la superficie estaba cubierta con detalles minúsculos, aunque de nuevo se sintió incapaz de comprender su naturaleza. De trecho en trecho veía sinuosas escamillas de alguna sustancia brillantemente pulida, parecida al mercurio, y si, formando una masa irregular, mostrando definidos meniscos. Cuando metió el dedo en ella, la masa se dentó bruscamente, pero sin romperse ni mojar su guante. Su tensión superficial debía ser enorme; se preguntó si estaba hecha por completo de idénticas partículas subfundamentales.

El globo entero parecía estar climatizado, vio que el «aire» también estaba lleno de venas brillantes, dándole un aspecto instintivamente amarmolado. Las venas no ofrecían obstáculo alguno a su caminar; en cierto modo, no parecía haber ninguna de ellas en su inmediata vecindad, aunque las había en abundancia precisamente delante de ellos. Mientras los dos se movían, su progreso parecía ir acompañado por unas corrientes pequeñas vagas y adicionales, que comportaban una cierta cantidad de emoción, sin causa visible de origen, demasiado furtivas para ser identificadas.

—¿Qué es ese material plateado? —preguntó temerosamente Celia.

—Celia, no tengo ni la menor idea. ¿Qué clase de partícula podría ser submicroscópica con respecto a un electrón? Llevaría un siglo de investigaciones en este mismo lugar para elaborar siquiera una hipótesis sensata. Todo esto es extraño y nuevo, profundamente más allá de cualquier experiencia que el hombre haya tenido jamás. Dudo que existan palabras para describirlo de manera adecuada.

El suelo, también parecía variar de colorido. A la débil luz era difícil decir cuáles eran sus colores. Las variaciones aparecían como sombras de gris con una pizca azulada o verdusca de trecho en trecho.

Las ondas emocionales se hicieron un poco más fuertes y de pronto Arpe reconoció la dominante.

Era dolor.

Con un presentimiento, se volvió bruscamente y miró tras él. Un juego gemelo de anchas huellas de pisadas negras, tan sólidas y agudamente definidas como si las hubiesen pintado, estaban marcadas en los retazos de colores.

—No me gusta el aspecto de eso —dijo—. Nuestro navío es casi una masa planetaria en este sistema y somos demasiado grandes para este planeta. ¿Cómo podemos saber lo que todos estos estupendos detalles significan? Los estamos destruyendo a cada paso, sin importarnos. Bosques, ciudades, las células de algún organismo, algo indescriptible... es preciso que volvamos ahora mismo.

—Créame, de buena gana —asintió la muchacha.

Las pisadas más antiguas, aquellas que marcaron al salir de la chalupa, empezaban a platearse en sus bordes, como si empezasen a

congelarse, o creciendo alguna especie de moho capaz de atacar a las sombras. ¿O era que se filtraba la misma sustancia con la que estaban formadas las porciones serpenteantes de plata? Las conjeturas se multiplicaban sin fin y también sin hallar respuesta aquí. Arpe no quería pensar en la mancha grande y ovalada de la propia chalupa cohete que estaría dejando en aquel extraño suelo que permanecería marcado mucho tiempo después de haberse marchado. Sólo esperaba que el daño pudiese repararse por sí mismo; había algo en aquel lugar muy peculiar... algo orgánico.

Hizo que la chalupa cohete se elevase rápidamente y la sacó de la atmósfera opalescente con un mínimo de ceremonial, arrojándose hacia delante en busca de guía para captar el multiforme murmullo de los cerebros a bordo del «Flyaway II». Sólo cuando advirtió que registraba el firmamento visualmente en busca del navío se dio cuenta de que no estaba consiguiendo nada.

—¿Celia? ¿Puede oírme bien, telepáticamente?

—Tan claro como si hablase, o más. Así me siento mucho mejor, capitán.

—¿Entonces, qué hay de malo con el navío? No capto ni el sonido de un alma. Ella frunció el ceño.

—Oh, ni yo tampoco. ¿Dónde...? Arpe señaló hacia delante.

—Allí está, donde lo dejamos. Les podíamos oír perfectamente bien a esta distancia cuando veníamos. ¿Por qué no nos es posible ahora?

Aumentó la velocidad de la chalupa cohete, olvidando toda precaución. Su llegada a la escotilla de aire del «Flyaway II» fue ruidosa y perdió varios minutos manejando la chalupa hasta instalarse en su sitio preciso y cerrar herméticamente la compuerta. Entraron produciendo un chirrido poco académico.

No había nadie a bordo del «Flyaway II». Nadie excepto ellos dos.

El telepático silencio no dejó la menor duda en los cerebros de Arpe y de Celia, pero registraron por entero el enorme navío para asegurarse.

Estaba desierto.

—¡Capitán! —Lloró Celia. Le volvía el pánico con plena fuerza—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde se han podido ir? No hay ningún sitio...

—Sé que no lo hay. Pero ignoro todo lo demás. Tranquilícese un momento. Celia, y déjeme pensar —se sentó en un montante y miró ciego al casco durante un rato. Respirando el aire enrarecido era ya un trabajo de por sí; deseando no haberse quitado sus trajes.

Por último, se levantó y volvió al puente, con la chica cogida desesperadamente de su brazo.

Todo se hallaba en orden. Era como si el navío entero hubiese sido abandonado simultáneamente y en el acto. La pipa de Oestreicher estaba confortablemente colgada de su gancho junto a la carta de vuelo; aunque carecía de todo rastro de mezcla autooxigenada los oficiales jóvenes de Oestreicher bautizaron a la pipa con el nombre pintoresco de «Barrilete de Pólvora», y su cazoleta estaba aún caliente.

—No puede haber ocurrido más allá de hace media hora —susurró—. Como si hubiesen todos saltado a la vez... obedeciendo al mismo impulso que me colocó dentro de su camarote. ¿Pero dónde fueron?

De pronto comprendió la verdad.

Sólo había una respuesta.

Naturalmente se habían ido a la nada.

—¿Qué es eso? —gimoteó Celia—. Veo lo que usted está pensando, ¿pero no tiene sentido?

—Tiene un sentido perfecto... en este Universo —contestó ceñudo—. Celia, vamos a tener que trabajar de prisa, antes de que Oestreicher dé algún palo a ciegas y los resultados sean irrevocables. Por fortuna todo funciona como si la tripulación aún estuviese aquí atendiendo los mecanismos... lo que de hecho puede que sea verdad... así que quizá nosotros dos seamos suficientes para realizar lo que tenemos que hacer. Pero usted tendrá que seguir las instrucciones de prisa, sin equivocaciones, y sin detenerse en un instante para hacer preguntas.

—¿Qué piensa que hagamos?

—Cortar el campo. No, no proteste, carece usted de la menor idea para saber lo que eso significa, así que le faltan también motivos para protestar. Siéntese ante aquel tablero de ahí abajo y vigile mi cerebro a cada instante. En el momento en que piense lo que tiene usted que hacer después, hágalo. ¿Comprendido?

—No, pero...

—Ya ha comprendido lo bastante. De acuerdo, en marcha.

Rápidamente comenzó a bajar la corriente Nerst que iba a los generadores de campo, dando instrucciones mentales a Celia en el trabajo delicado de mantener la esfera de efusión fija en contra de la tensión disminuida.

Al cabo de un minuto tuvo rebajado el campo precisamente una pizca por encima del nivel crítico; los servos funcionaban sin irregularidad y así, sin mucha sorpresa por su parte, hacían también los demás aspectos de la tarea que se suponía ser manipulada por el hombre de siempre.

—Está bien, ahora voy a cortarlo por entero. Habrá un gran retroceso en su tablero. Procure que el manómetro principal delante de usted a la derecha, en la parte superior del tablero, quede bajo su control. El mando negro señalado «Manómetro principal» es el que gobierna la esfera. Cuando yo vea este interruptor, la aguja de su manómetro alcanzará una marcación por encima de la línea roja. En el mismo instante, gira hacia la izquierda el mando hasta exactamente la misma cifra de su calibre. Si usted se pasa y baja demasiado, el campo Nernst morirá y nos quedaremos sin energía. Si usted no la baja lo suficiente, el campo Nernst estallará. Tiene que acertar al milímetro. ¿Comprendido?

—Eso creo.

—Bueno —dijo él—. Esperaba que todo transcurriese bien. Normalmente la maniobra se gobernaba automáticamente, excepto para expender energía uniformemente en el campo moribundo. Y no se atrevieron en aquel momento a operar de manera automática. Era peligroso. Arpe lo único que logró hacer fue rogar que la primera tentativa de Celia fuese rápida y segura. Allá vamos. Cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno, corte.

Celia giró el mando.

Por un instante no pasó nada. Luego...

Pandemónium.

—¡El jefe de la escuadrilla de Nerst informa! ¿Qué está usted haciendo? ¡No se han dado órdenes...!

—¡Capitán! ¡Señorita Gopardi! ¿De dónde salieron?

Era Oestreicher. Estaba de pie junto al brazo derecho de Arpe.

—¡Estrellas! ¡Estrellas! —gritaba simultáneamente Stauffer—. ¡En, mirad! ¡Estrellas! ¡Hemos regresado!

Hubo un ruido confuso de mucha gente gritando en el interior del «Flyaway II». Pero en el cerebro de Arpe se produjo un bendito silencio; la roja espuma de crudos pensamientos de centenares de personas acababa de desaparecer. Su mente volvía a ser suya, únicamente suya.

—Muy bien por usted, Celia —dijo. Fue una especie de plegaria—. Lo hicimos a tiempo.

¿Cómo lo logró, señor? —le preguntaba Oestreicher—. No podemos ni imaginárnoslo. Estábamos viendo su exploración desde el electrón desde aquí y de pronto todo el planeta se desvaneció. Lo mismo que el sistema. Nos encontramos flotando enteramente en otro átomo. Creíamos que lo habíamos perdido para siempre.

Arpe sonrió con debilidad.

—¿Sabían ustedes que se dejaron atrás el navío en cuanto dieron ese salto?

—Pero... eso es imposible, señor. La nave estuvo aquí mismo todo el tiempo.

—Sí, es cierto. Ejercía su privilegio de estar en dos lugares a la vez. Como cuerpo de masa negativa, tenía alguna de las propiedades de los agujeros Dirac; como tales, necesitamos tener su eco en alguna parte más del Universo junto a un electrón como una hondonada y un autofaro, como el pozo y una fuente de los cálculos clásicos. ¿Se vieron ustedes atascados en alguna masa intercelular del segundo átomo?

—Sí —... afirmó Stauffer—. No podíamos movernos ni salir tampoco.

—Por eso es por lo que maté el campo —explicó Arpe—. Me era imposible imaginar lo que harían ustedes en tales circunstancias, pero estaba completamente seguro de que el navío reasumiría su masa normal en cuanto se cortase el campo. Una masa de este tamaño, claro, no puede existir en el microcosmo, así que la nave tendría que regresar de manera instantánea. Y en el macrocosmo no es posible que un cuerpo esté en dos lugares al mismo tiempo. Así que, caballeros, aquí estamos... reunidos.

—Muy bien, señor —dijo Stauffer; pero la voz del segundo oficial parecía un poco deficiente con respecto a la admiración que debe sentirse por un héroe—. ¿Pero dónde es aquí?

—¿Eh? Perdóneme, señor Stauffer, ¿pero es verdad que no lo

sabe?

—No señor —contestó Stauffer—. Todo lo que puedo decirle es que nos encontramos en algún lugar cerca de casa y en algún lugar cerca de las estrellas de Centauro. Seguramente estaremos perdidos, señor.

Su mirada se posó en los manómetros Bourdon.

—También —añadió con rapidez—, seguimos perdiendo aire.

4

La alarma general sólo había afectado a la tripulación, que únicamente podía darse cuenta de lo raras veces que sonaba en un navío. En cuanto a lo referente a la cuadrilla de las burbujas, los pasajeros que conocían su significado mantuvieron piadosamente sus bocas cerradas —quizá Hammersmith les había pedido que guardaran silencio— y el resto, tranquilizado al volver a ver las estrellas, parecían divertirse viendo cómo aquellos hombres tan serios y hechos y derechos iban por los pasillos lanzando al aire burbujas o pompas de jabón. Al cabo de un rato la cuadrilla de las burbujas se fue; su trabajo estaba ahora inspeccionando los cascos interiores de la nave.

Arpe se sentía abrumado e inquieto.

—Miren —exclamó de súbito—. Esa emergencia quirúrgica de Hoy le... me había olvidado de ella pero parece tener alguna relación con esta situación del aire del navío. Veamos...

—Ya viene hacia aquí, señor —respondió Oestreicher—. Le llamé por el timbre tan pronto como ¡ah, aquí está ahora!

Hoyle era un hombre regordete de cara redonda, con una boca llena de pliegues y una expresión de eterno reproche. Su blanco uniforme naval era algo absurdo en él. Había ganado cuatro medallas. Haber por sus descubrimiento en el campo de la medicina espacial.

—Fue una rotura de la vesícula biliar —dijo antes que nada—. Una mortal casualidad el que nos hallemos perdiendo oxígeno. Estaba operando cuando tuve que llamar al capitán, por eso no pude ser más explícito.

—Ajá —exclamó Oestreicher—. Su paciente es entonces de raza

negra.

—Una mujer de color... una muchacha de dieciocho años e incidentalmente una de las hembras más hermosas que vi en muchos, muchísimos años.

—¿... Qué tiene que ver el color de su piel? —preguntó Arpe, notando algo petulante la instantánea comprensión de la situación por parte de Oestreicher.

—Mucho —respondió Hoyle—. Como muchísima parte de las personas de origen africano, padece de patogenia... una enfermedad o condición hereditaria en la que algunas células sanguíneas del grupo sanguíneo del grupo hematítico toman una forma característicamente patógena. En África esto era para poder sobrevivir, puesto que las personas patogénicas no son tan susceptibles a la malaria como la gente con eritrocitos normales. Pero esa condición les hace menos capaces de respirar aire empobrecido de oxígeno..., eso se descubrió allá por el año 1940, durante la época de los vuelos en aeroplanos a gran altura y sin cabinas presurizadas. No es nada grave y que no se pueda remediar manteniendo la suficiente cantidad de oxígeno en el aire respirable, pero...

—¿Cómo se encuentra la paciente?

—Moribunda —respondió con llaneza Hoyle—. ¿Cómo iba a estar? La tengo dentro de una campana de oxígeno, pero no me será posible mantenerla así siempre. Necesito que en mi sala de convalecencia haya una presión normal... o en caso contrario, devolverla a la Tierra a toda prisa...

Saludó desmañadamente y se fue. Arpe miró desvalido a Stauffer, que estaba tomando datos espectrográficos lo más rápido que podía impresionar las placas, rapidez que quedaba lejos de ser satisfactoria para Arpe, aun sin tener en cuenta el cerebro electrónico encargado de efectuar los cálculos. El primer intento de orientación —películas esféricas Schmidt del firmamento aparente, con la esperanza de identificar cuanto menos una constelación por muy distorsionada que apareciese— no había dado resultado. Ni el calculador electrónico ni ninguno de los oficiales había sido capaz de hallar la menor relacionalidad significativa.

—¿Nos serviría de algún bien que encontrásemos al Sol? —preguntó Oestreicher—. Si efectuáramos otro salto, ¿no nos

tendríamos que enfrentar a la misma situación?

—Aquí está Doradus S —anunció Stauffer—. De todas formas, algo es algo para empezar. Aunque seguro que esta posición es tan informal que no puedo reconocerla.

—Confiemos en que se encuentre la causa de esa filtración —recordó Arpe al primer oficial—. Pero si no lo conseguimos, creo que puedo calcular un salto rápido... dentro de nuevo, fuera otra vez. Sin embargo, confío no tener que hacerlo. Podría entrañar vernos disparados al interior de un átomo pesado... lo bastante pesado como para que sea inestable.

—¿Buscan el Sol? —Una voz tenante, desagradablemente familiar irrumpió en la estancia. Era Hammersmith, claro. Pisándole los talones iba el doctor Hoyle, con expresión más desaprobadora que nunca.

—Mire, señor Hammersmith —dijo Arpe—. Estamos en un caso de emergencia. Usted nada tiene que hacer en el puente.

—Pues ustedes no parecen ir muy adelante con su trabajo —observó Hammersmith, dirigiendo una penetrante mirada a Stauffer—. Y está también en juego mi vida como la de todos los demás. Ya es hora de que les eche una mano.

—Nos las arreglamos bien —contestó Oestreicher, el rostro congestionado—. Su postura en el juego no es mayor que la del resto del pasaje...

—Ah, eso no es cierto del todo —intervino el doctor Hoyle, casi a su pesar—. La emergencia, médicamente hablando, afecta a la mitad del señor Hammersmith...

—No diga tonterías —repuso Arpe con brusquedad—. Si la urgencia presente afecta más aún que a todos nosotros, es su paciente quien más perjudicada queda.

—Sí, cierto —dijo el doctor Hoyle, extendiendo los brazos—. Pero es que ella es la prometida del señor Hammersmith.

Al cabo de un momento Arpe notó que estaba furioso, no con Hammersmith, sino consigo mismo por haberle dejado estupefacto aquel anuncio. No había nada más improbable allí que un noviazgo y jamás se le había pasado por la cabeza tal posibilidad. Con toda evidencia su subconsciente conservaba prejuicios que logró extirpar de su cerebro consciente hacía treinta y cinco años.

—¿Por qué lo ha mantenido en secreto? —preguntó despacio.

—Para protección de Helen —contestó Hammersmith, con considerable amargura—. Puede que en Centauro tengamos la posibilidad de lograr un cierto grado de intimidad y aceptación. Pero si la hubiese conservado junto a mí en la nave, todo el mundo la habría mirado y murmuraría a sus espaldas. Por eso prefirió ella quedarse un poco al paio, a retaguardia, en el anonimato.

Entró un suboficial vistiendo traje espacial excepto el casco y saludó con torpeza. Luego de alzar el brazo articulado del traje lo dejó en alto, con su brazo descansando en el interior. Parecía un muñeco que una niña hubiera logrado embutir dentro del cuerpo hueco de otra mayor.

La cuadrilla de las burbujas se presenta para darle el parte, señor —dijo—. No hemos logrado encontrar ninguna grieta por la que se produzcan las filtraciones, señor.

—Han perdido el juicio —exclamó con viveza Oestreicher—. La presión sigue bajando. En alguna parte hay un agujero tan grande como para poder pasar por él la cabeza de un adulto. De eso no cabe la menor duda.

—No señor —contestó el suboficial con tono de cansancio—. No hay tal agujero. Todo el navío deja pasar el aire. Nuestra atmósfera se filtra a través mismo del metal. La proporción de pérdidas es perfectamente uniforme, no importa donde uno la mida, señor.

—¡Osmosis! —exclamó Arpe.

—¿Qué quiere usted decir, señor? —preguntó Oestreicher.

—No estoy seguro, señor Oestreicher. Pero hace rato que me pregunto —como creo que ha hecho todo el mundo— cómo todo este asunto afectaría a la estructura de la nave. Evidentemente, ha debilitado los lazos moleculares de cuanto hay a bordo... y ahora ¡tenemos que el buen titanio estructural se comporta al igual que una membrana semipermeable! Apostaría a que es específico este fenómeno para el oxígeno; además, una caída en la presión del 20 por ciento es lo que está sucediendo aquí.

—¿Qué efecto producirá en la gente? —inquirió Oestreicher.

—Eso pertenece al campo del conocimiento del doctor Hoyle —fue la respuesta de Arpe—. Pero dudo que afecte a la materia viva. Eso se encuentra en un estado opuesto de entropía. Pero cuando volvamos deseo que midan el navío. Apuesto que ha crecido varios metros tanto en su longitud como en su anchura con respecto al

tamaño que tenía cuando fue construido.

—Si volvemos —corrigió Oestreicher, ceñudo.

—¿Matará eso a su sistema motor, señor? —preguntó con tristeza Stauffer.

—Hará mucho más caro el vuelo interestelar —admitió Arpe—. Me parece que después de cada viaje tendremos que desguazar la nave empleada. Me refiero tras cada viaje completo de ida y vuelta.

—Bueno, ya desguazamos al «Flyaway I» después de un viaje de ida —contestó reflexivo Oestreicher—. Eso es progreso, en una fase muy especial.

—Miren, toda esta cháchara no nos lleva a ninguna parte —intervino Hammersmith—. ¿Se fían de mí o no? Si dicen que no, preferiría estar junto a Helen antes de seguir escuchándoles.

—¿Qué se propone hacer usted que nosotros no hayamos hecho ya? —preguntó Arpe, advirtiéndole que le era imposible no mostrar al explorador su desdeñosa frialdad.

—Enseñarles su oficio —respondió Hammersmith—. Presumo que han establecido nuestra distancia de Doradus S, para empezar. Una vez tenga ese dato, utilizaré esa estrella como baliza para colimar mis siguientes mediciones. Luego deseo emplear un amplificador de imágenes, con un micro voltímetro de lectura directa insertado en el circuito; supongo que tienen un instrumento de esas características entre el equipo normal.

Stauffer se lo señaló en silencio.

—Bien —dijo Hammersmith, se sentó y comenzó a escudriñar las estrellas con el amplificador. El dial le señaló la cantidad de luz emitida por cada astro en la forma de minúsculas pulsaciones electrónicas. Hammersmith las contempló con furiosa intensidad. Por último, se quitó el cronómetro de pulsera y comenzó a medir las oscilaciones de la aguja.

—Ojo de buey —exclamó de pronto.

—¿El Sol? —preguntó Arpe, incapaz de nuevo de apartar el acento de incredulidad de sus palabras.

—No. Es Hércules DQ, una vieja nova. Micro variable. Cada sesenta y cuatro segundos varía cuatro centésimas de magnitud. Ahora tenemos dos estrellas para trazar nuestros parámetros; ¿creen que el calculador electrónico podría darnos la posición del Sol basándose en esos datos? De todas maneras, intentémoslo.

Stauffer lo intentó. El calculador parecía haber decidido mostrarse torpe aquel día. Sin embargo, estrechó las zonas de búsqueda a un pequeño sector del firmamento, que aproximadamente contenía una sesenta estrellas.

—¿Hace el Sol algo por el estilo? —preguntó Oestreicher—. Yo sabía que es una estrella variable según las radiofrecuencias, pero ¿qué hay acerca de la luz visible?

—Si pudiésemos montar una antena de radiofrecuencia lo bastante grande, tendríamos al Sol en seguida —dijo Hammersmith con tono preocupado—. Pero con la luz la cosa se complica... Ejem. Si eso es el Sol, debemos estar más lejos aún de lo que me pensé. Doctor Hoyle, ¿quiere coger mi reloj y tomarme el pulso?

—¿El pulso? —preguntó asombrado Hoyle—. ¿Se siente enfermo? El aire es...

—Me encuentro estupendamente, he respirado más enrarecido que éste y sobreviví —repuso Hammersmith con irritación—. Tómeme el pulso para empezar, luego tómeselo a cuantos estén aquí y deme la medida. Utilizaría a todo el personal del navío si tuviésemos tiempo, pero no lo tenemos. Si ninguno de estos expertos sabe lo que voy a hacer, que tenga la seguridad que no perderé preciosos minutos con explicaciones. Maldición, hay muchas vidas en juego, ¿recuerdan?

Con los labios apretados Arpe asintió en silencio a Hoyle; no se atrevía a hablar. El médico se encogió de hombros y comenzó a coleccionar latidos del corazón, empezando por el corpulento explorador. Al cabo de un ratito tenía la cifra media que entregó a Hammersmith escrita en un pedazo de papel arrancado de su talonario de recetas.

—Bien —exclamó Hammersmith—. Señor Stauffer, haga el favor de suministrarle a nuestro Bessie estos datos. Permita una tolerancia en variaciones del dos por ciento y extraiga la cifra con un incremento de cien y un decremento de seis; luego dígame el porcentaje hallado. ¿Puede hacerlo?

—Es cosa sencilla —Stauffer programó la cinta. El calculador electrónico emitió la respuesta casi antes de que el segundo oficial hubiese terminado de mecanografiar los datos; Stauffer entregó a Hammersmith la tira de papel.

Arpe miraba con reluctante fascinación. No tenía la menor idea

de lo que hacía Hammersmith, pero empezaba a creer que después de todo existía una ciencia llamada micro astronomía.

El silencio era denso mientras Hammersmith escrutaba estrella tras estrella. Por último suspiró y dijo:

—Ahí lo tienen. De ahora en adelante no tendré más remedio que realizar tareas de novena magnitud. Ese es el Sol. Incidentalmente les diré que estamos un poco más cerca de Alfa Centauro que de la Tierra. Aunque Dios sabe que aún hay mucha distancia de aquí a uno cualquiera de los dos sitios.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Arpe.

—No estoy seguro del todo, pero sí cuanto se puede estar seguro desde esta distancia. Elija el lugar donde quiere ir, efectúe el salto, y se lo explicaré después. No podemos arriesgarnos a matar más tiempo con sermones y conferencias.

—No —contestó Arpe—. No haré tal cosa. No voy a echar por la borda lo que probablemente será nuestra última probabilidad... el navío no es fácil que soporte más de un salto... en la base de unos cálculos cuya racionalidad no veo por ninguna parte.

—¿Y qué otra alternativa hay? —preguntó Hammersmith con ligero desdén—. ¿Sentarse aquí y morir de anoxia y continuar aferrado a esa maldita tozudez?

—El capitán de esta nave soy yo —dijo Arpe, con el rostro enrojecido—. No nos moveremos hasta que tengamos una explicación satisfactoria de sus pretensiones. ¿Me comprende? Esa es mi orden y punto final.

Durante unos instantes los dos hombres se fulminaron mutuamente con la mirada, inmóviles y hieráticos como ídolos, cada uno de ellos dios absoluto de su minúsculo universo.

Los párpados de Hammersmith se bajaron. Casi en seguida pareció demasiado cansado como para interesarse de cuanto le rodeaba.

—Está malgastando el tiempo —dijo por último—. Seguramente sería más rápido comprobar el aspecto luminoso.

—Perdóneme, capitán —intervino Stauffer, excitado—. Acabo de hacerlo. Y creo que esa estrella es el Sol. Está a una distancia de unos ochocientos años luz...

—¡Ochocientos años luz!

—Sí, señor, por lo menos. La mitad de las líneas espectrales

faltan, pero las que quedan bastan para definir la característica de la estrella mostrando su asombrosa semejanza con nuestro Sol. No estoy seguro acerca de la estrella que el señor Hammersmith identifica como Centauro A, pero por lo menos es su doble espectroscopio y se halla a unos cincuenta años luz más cerca.

—Dios mío —murmuró Arpe—. ¡Ochocientos! Hammersmith volvió a alzar la vista, su expresión curiosamente similar a la de un perro San Bernardo cuyo barrilito de coñac se hubiese derramado.

—¿No basta con eso? —preguntó con voz áspera y ronca—. En nombre de Dios, pongámonos en marcha. ¡Ella se está muriendo mientras nosotros estamos aquí plantados y enfrascados en una cháchara inútil!

—Si no hay razonamientos, no habrá salto —dijo Arpe pétreo. Oestreicher le dirigió una peculiar mirada de reojo. En aquel momento Arpe sintió que todo el resquemor acumulado entre él y su primer oficial estaba a punto de estallar explosivamente, pero aún así y todo estaba decidido a no ceder y no cedería.

—Muy bien —anunció con suavidad Hammersmith—. La cosa es así. El Sol es una estrella variable. Con poquísimas excepciones, las pulsaciones no exceden de la total emisión media, la constante solar, en un máximo del dos por ciento. El período total es de 273 meses. Dentro de eso hay por lo menos unos sesenta y tres ciclos subordinados. Existe uno de 212 días. Otro dura sólo una fracción más allá de seis días y medio... olvidé el período exacto, pero es $1/1250$ del ciclo principal, por si quiere trabajar ese dato con Bessie, su cerebro electrónico.

—Deduje algo por el estilo —dijo Arpe—. ¿Pero qué bien nos hace a nosotros? Carecemos de tablas para...

—Esos ciclos producen efectos —prosiguió Hammersmith—. El ciclo de seis días y medio influencia fuertemente el tiempo meteorológico en la Tierra, por ejemplo. Y el ciclo de 212 días queda reflejado individuo por individuo en la media del pulso humano.

—Ajá —dijo Oestreicher—. Ahora comprendo. ¡Esto capitán, esto significa que nunca podremos perdernos! ¡No mientras el sol sea detectable, podamos identificarle o no! ¡Llevamos en la sangre el único rayo que necesitamos!

—Sí —afirmó Hammersmith—. Eso ocurre. Es mejor tomar una

medida de todos los puntos asequibles, puesto que un individuo puede hallarse demasiado excitado para dar una cifra justa. Yo mismo lo soy. ¿Sería patentable?, me pregunto a veces. No, es ley de naturaleza, supongo; además, resulta fácil infringir los derechos de patente, es lo mismo que patentar el afeitado... Pero es verdad, señor Oestreicher. Usted puede irse tan lejos como guste, pero el Sol permanece en la sangre. En realidad, jamás abandona su patria.

Alzó la cabeza y miró a Arpe con ojos hundidos y enrojecidos.

—¿Podemos irnos ahora, por favor? —dijo casi en un susurro—. Y, capitán... si este retraso ha matado a Helen, será usted el responsable ante mí, aunque haya de perseguirle hasta la estrella más pequeña y remota que Dios haya hecho jamás.

Arpe tragó saliva.

—Señor Stauffer —ordenó—, preparados para el salto.

—¿A dónde, señor? —dijo el segundo oficial—. ¿Volvemos a casa... o vamos a nuestro destino? Allí estaba el dilema.

—Tras el siguiente salto el «Flyaway II» no valdría para el viaje espacial.

Si llegamos hasta Centauro, se quedarían atascados allí; habrían hecho el viaje completo que permitía el sistema molecular del navío: Dos saltos.

Además... su motor es más importante que nada más a bordo. Que los pasajeros vayan donde quieran ir por todos los medios factibles, pero si no les es posible, el Gobierno quiere que vuelva el motor... ¿comprendido?

—Contratamos con los pasajeros ir a Centauro —dijo Arpe, sentándose ante el tablero de control del calculador electrónico—. Ahí es donde iremos.

—Muy bien, señor —contestó Oestreicher. Eran las tres palabras más bonitas que Arpe había oído en su vida.

La muchacha negra, exquisita incluso en su inmóvil y terrible coma, fue la primera en ser trasladada del navío al transbordador cohete que la conduciría a tierra, Hammersmith la acompañó, su rostro grande, distorsionado de angustia.

Entonces comenzó la tarea de evacuar en masa a todos los demás.

Todos —pasajeros y tripulantes del navío—, llevaban ahora máscara.

Después del salto a través del denso rayo cósmico primario que Arpe había elegido, un núcleo listado que iba hacia Centauro, de todas maneras, el «Flyaway II», filtraba aire como si estuviese construido de una materia no mucho mejor que gasa quirúrgica.

Parecía un colador.

Oestreicher se volvió a Arpe y le tendió la mano.

—Un gran invento, señor —dijo el primer oficial—. Puede cortarse el motor y conducirse rutinariamente después de haberse colimado... pero en la patria no lo sabrán hasta que les llegue la noticia... por radio dentro de unos cuatro años. Me alegro de haber viajado en la prueba inaugural.

—Gracias, señor Oestreicher. ¿No echará de menos la ruta de Marte?

—También van a necesitar capitanes interplanetarios aquí, señor —hizo una pausa—. Será mejor que vaya en ayuda del señor Stauffer para la evacuación.

—De acuerdo. Gracias, señor Oestreicher.

Entonces se quedó solo.

Tenía intención de ser el último en abandonar el navío; después de haber vivido con Oestreicher y el personal durante tanto tiempo, veía que las tradiciones no nacen de la nada.

Al cabo de un rato, sin embargo, la puerta de la estancia se abrió violentamente y el doctor Hoyle entró.

—Patrón, está usted emboscado. Será mejor que salga.

—No —dijo Arpe con voz ronca, sin dejar de contemplar por la vidriera la llameante partida del transbordador hacia aquel planeta verde y pardo, muy parecido a la Tierra, excepto por las extrañas formas de sus continentes, a casi dos mil kilómetros allá abajo—. ¿Qué piensa usted, Hoyle? ¿Tiene ella alguna posibilidad?

—No lo sé. Puede decirse que la cosa está a cara y cruz. Quizá. Wilson... era cirujano de navío en el «Flyaway I» la recogerá en cuanto aterrice. No es ningún joven, pero cuando vinieron era un médico experto y con un cirujano la edad no importa, sino la frecuencia con que opera. Pero, ha estado sin sentido muchísimo tiempo. Quizá quede un poco...

Se detuvo.

—Siga —dijo Arpe—. Dígamelo sin miedo. Sé que estaba equivocado.

—Sufrió falta de oxígeno durante largo tiempo —prosiguió Hoyle sin mirar a Arpe—. Puede ocurrir que cuando se recobre quede un poco torpe, mentalmente. Puede que no, también; no hay forma de predecir esas cosas. Pero hay algo seguro; nunca se atreverá a volver de nuevo al espacio. Ni siquiera regresar a la Tierra. La siguiente ligera caída de la tensión del oxígeno la matará. Incluso he aconsejado que no vuele en aeroplano y Wilson está de acuerdo conmigo.

Arpe tragó saliva.

—¿Lo sabe Hammersmith?

—Sí —replicó Hoyle—, lo sabe. Pero se quedará con ella. La ama.

El transbordador en que viajaban el explorador, su prometida, la hija del capitán Willoughby, su Judy, y otras muchas personas, ya no era visible.

Con una opresión en el corazón, Arpe contempló cómo Centauro III giraba allá abajo.

Aquel planeta era la puerta de salida hacia las estrellas... para todo el mundo excepto para Daryon y Helen Hammersmith. La puerta que se había cerrado tras ellos cuando embarcaron en el transbordador ya no podría abrirse para conducirles a ningún lugar. Era sólo la puerta de una prisión.

Pero también era, comprendió Arpe de pronto, una prisión que albergaría a un gran maestro... no en humanidades, pero sí de Humanidad. Arpe, que gozaba de libertad, no podía enseñar tal cosa.

Era cierto que conocía la forma de hacer algo grande... por ejemplo, viajar hasta las estrellas. Era verdad que había llevado a Celia Gopardi y a los demás donde quisieron ir. Era cierto que para su tripulación había llegado a ser una especie de héroe menor; y también era verdad que él —el doctor Gordon Arpe, en algún tiempo recluso en su laboratorio, luego improvisado capitán de espacionaves, en escasas ocasiones héroe mezquino— había recibido un beso de despedida de una estrella de la

3-V.

Pero eso era agua pasada.

De ahora en adelante no le quedaba nada más que hacer que sentarse y mirar cómo los demás perfeccionaban el motor Arpe; la

brecha de cuatro años para la comunicación entre Centauro y la Tierra le tendría apartado de aquellos experimentos como si fuese un hombre del Cro-Magnon o Daryon Hammersmith. La próxima vez que Arpe viese a un físico terrestre, no tendría ni la menor oportunidad de comprender una palabra de lo que aquel individuo dijera.

Esto era una prisión, también; una prisión que el capitán Gordon Arpe se había creado él mismo y que luego arrojó bien lejos la llave.

—¿Me perdona, capitán?

—Oh. Lo siento, doctor Hoyle. No me había dado cuenta de que aún estaba aquí —Arpe miró abajo por última vez, al planeta verde y pardo y aspiró una gran bocanada de aire—. Digo sólo «Así sea».

FIN



James Blish (East Orange, 23 de mayo de 1921 – Henley-on-Thames, 30 de julio de 1975) fue un crítico y escritor estadounidense adscrito a los géneros fantástico y de ciencia ficción. Blish jugó un papel destacado en la transformación de la ciencia ficción pulp hacia formas más maduras y expresivas, y ayudó a fundar varias asociaciones de escritores de ciencia ficción, como la Science Fiction Writers of America (responsable de los premios Nebula) o la UK's Science Fiction Foundation.